



MANUEL CHAVES NOGALES
EN TIERRA DE NADIE
Antología de artículos, narraciones y crónicas

Edición e introducción de Ignacio F. Garmendia



Junta de Andalucía
Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico

AGENCIA ANDALUZA DE INSTITUCIONES CULTURALES



Andalucía
ORIGEN O DESTINO
Quinta Consejería de la Primera Junta de Andalucía

EN TIERRA DE NADIE



MANUEL CHAVES NOGALES
EN TIERRA DE NADIE
Antología de artículos, narraciones y crónicas

Edición e introducción de Ignacio F. Garmendia



Junta de Andalucía
Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico

AGENCIA ANDALUZA DE INSTITUCIONES CULTURALES



Primera edición: 2000 ejemplares

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA. CONSEJERÍA DE CULTURA Y PATRIMONIO HISTÓRICO

Coordina: Agencia Andaluza de Instituciones Culturales. Centro Andaluz de las Letras

El Centro Andaluz de las Letras agradece la colaboración de Libros del Asteroide y la Diputación de Sevilla, coeditores de la *Obra completa* de Manuel Chaves Nogales con la colaboración del Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla

© de esta edición: JUNTA DE ANDALUCÍA. CONSEJERÍA DE CULTURA Y PATRIMONIO HISTÓRICO

© de la edición y la introducción: Ignacio F. Garmendia

© del texto: Herederos de Manuel Chaves Nogales

Diseño: Manuel Ortiz

Maquetación: Antonio Álvarez Bezar

Imágenes de cubierta y portada: Herederos de Manuel Chaves Nogales

ISBN: 978-84-9959-355-5

Depósito Legal: SE 1433-2020

Imprime: Tecnographic, S.L.

LA MIRADA LUMINOSA DE MANUEL CHAVES NOGALES

Esta antología que el lector tiene entre sus manos es un milagro, una joya rescatada del tiempo, un cuaderno de bitácora para comprender la Historia, nuestra Historia, en uno de sus momentos más terribles. *Manuel Chaves Nogales. En tierra de nadie. Antología de artículos, narraciones y crónicas*, con edición e introducción del editor Ignacio F. Garmendia, reúne lo mejor de la extensa obra de Manuel Chaves Nogales (Sevilla, 1897-Londres, 1944), autor designado por la Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico como Clásico Andaluz en 2020. Un libro, editado por el Centro Andaluz de las Letras, que se convertirá en manual imprescindible para quien quiera comprender qué ocurrió en España, y también en el resto de Europa, en una de las horas negras del siglo XX.

Ignacio F. Garmendia ha recopilado lo más destacado de la obra periodística y narrativa de Chaves Nogales. A través de estas páginas recorreremos la España de la Segunda República observando la crisis del campo andaluz, la revolución de Asturias o los problemas en Cataluña. Y también la Europa en la que el periodista sevillano advirtió con mirada visionaria cómo ascendían los totalitarismos —el nazismo, el fascismo y el comunismo— a través de los sorprendentes textos de su libro *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja*. En esta antología, destinada a ser un clásico, una mínima biblioteca de lo mejor de Chaves Nogales, no falta su reveladora descripción de la Guerra Civil con una escogida crónica que se incluyó en el libro *Los secretos de la defensa de Madrid*, escrito en medio del caos.

Y, por supuesto, el texto que debería ser lectura obligatoria en los centros escolares como ejemplo de un hombre que defendió la democracia y la libertad hasta sus últimas consecuencias: el prólogo de su libro de relatos *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España*, realizado ya desde el exilio en 1937. Ese texto escrito en estado de gracia en medio del vendaval de la Historia es una confesión que da la dimensión y la talla de un demócrata arrojado de su tiempo y de su país por culpa de los vientos sucios de la guerra y la intolerancia. Sin duda, una declaración de defensa de la libertad de pensamiento de quien fue un antifascista y un antirrevolucionario en los tiempos en los que había que estar obligatoriamente en un lado o en otro. Una época en la que no se permitía habitar en esa tierra de nadie que se ha llamado la Tercera España. «De mi pequeña experiencia personal, puedo decir que un hombre como yo por insignificante que fuese había contraído méritos bastantes para haber sido fusilado por los unos y por los otros», escribe en ese prólogo luminoso y terrible.

En esta antología encontrarán al más auténtico Manuel Chaves Nogales, el intelectual liberal, el ciudadano de una república democrática y parlamentaria. Entren en este catálogo de la lucidez para descubrir aquella Andalucía de los años veinte y treinta que vivía con pasión y contradicción la Semana Santa o la romería del Rocío. O también ese París que se convierte en ciudad-refugio cuando se declara la Segunda Guerra Mundial y que luego claudica con la llegada de los nazis. Una antología que se lee como documento clarividente de la agitada época que le tocó vivir, pero que en realidad contiene una mirada de modernidad que podríamos aplicar a nuestro presente. Lean a este autor andaluz convertido por fin en clásico de nuestras letras por méritos propios después de demasiadas décadas de olvido.

Patricia del Pozo Fernández

Consejera de Cultura y Patrimonio Histórico
Junta de Andalucía

EL IDEAL HUMANISTA

I. MEDIODÍA

No es del todo cierto, o lo es sólo si se afirma de una manera puramente descriptiva, que Chaves fuera, ni siquiera en sus mismos inicios, lo que llamamos un escritor *local* o *regional*, aunque de hecho se volcara en la actualidad sevillana o andaluza a la que no dejó de atender cuando su crecimiento profesional —muy pronto, pues el cronista agotó las etapas a una velocidad sorprendente— lo llevó muy lejos de los escenarios en los que se había formado. Sí lo es que se consideraba íntimamente religado a su tierra de origen, cuyas lacras históricas no ignoraba, y que no perdió nunca el vínculo emocional con ella, patente en la atención que le siguió prestando y sobre todo en el cultivo de una sensibilidad —y hasta de una prosa— que podríamos llamar meridional, siendo fieles al espíritu de una época que creía en esas especificidades geográficas sin deducir de ellas, o no siempre y desde luego no en su caso, otras consecuencias que las referidas a la estética, la pertenencia a una tradición cultural o el apego a un modo de vida.

No nos engañamos respecto al modesto valor de la obra de primera juventud de Chaves —hay que matizar ese *primera* porque el autor fue siempre por delante de su edad y de la Edad, y lo hizo todo joven, hasta por desgracia morir, da hasta vértigo imaginar lo que podría haber escrito y aportado un hombre de su trayectoria y experiencia en el polarizado panorama de la posguerra europea, durante esa guerra fría en la que tantos erraron un rumbo que él había trazado con nitidez décadas atrás—,

pero juzgarla con displicencia como el fruto meramente testimonial de un talento en formación es errar el juicio que merecen, por ejemplo, algunos de los tempranos «Apuntes trascendentales» o de los *recuerdos* de «Hace cinco lustros...», cuando superada la fase tardomodernista de sus escritos más claramente primerizos, demasiado relamidos y vagarosos, evanescentes e imprecisos, el veinteañero Chaves, que nunca se vio tentado por los experimentos de la vanguardia, aunque estos tengan algún reflejo en sus narraciones, ponía ya por escrito reflexiones originales, estrenaba su humor característico —una de las claves de su peculiar encanto— y daba sobrados indicios de su talento natural para contar historias.

Ecós hay de la retórica ensoñada de Cansinos en ese joven Chaves que prodiga las expansiones sentimentales y sus «ansias de ideal», también algo del absurdo de sus futuros cuentos en este registro y sobre todo mucho de su visión crítica de la realidad y de su cuestionamiento de los valores predominantes o de las ideas recibidas. Como narrador o como cronista, terrenos que no siempre será fácil acotar, Chaves se propone huir de los tópicos y de los estereotipos, incluso para reclamar lo que algunos de esos estereotipos tienen de estimulantes. La suya es una mirada verdaderamente independiente que trata de buscar la verdad de las cosas, eludiendo lo consabido o analizándolo desde una posición nada especulativa, que parte de la observación directa o de datos muy concretos, por oposición a las interpretaciones en abstracto. Aplicada al ámbito sevillano más inmediato y en general a Andalucía, esa mirada, deudora del ideario regeneracionista, enfrenta ya en los artículos de juventud y muy expresamente en *La ciudad* males muy diagnosticados —pero vigentes incluso hoy, pese a que los escritos que los cuestionan han alumbrado desde hace mucho una tradición por sí misma— como el «panderetismo» y demás excesos autocomplacientes a los que Chaves opondrá en muchas ocasiones, por ejemplo a propósito del canto *jondo*, la exaltación de lo genuinamente popular, es decir incontaminado por las mixtificaciones y adherencias de los nativos o forasteros, «ajenos a la maravillosa espiritualidad andaluza, tan bárbaramente ignorada», que convierten ese formidable legado en mercancía de saldo.

Chaves abandonó pronto su ciudad natal y no mucho después, tras su residencia cordobesa, la región a la que había dedicado páginas perdurables, pero no sería exagerado decir que conservó siempre esa sensibilidad meridional, entendida en un sentido elevado por el que conceptos como Sur o Mediodía, vinculados a las «tierras solares», no aluden a meras coordenadas. Su dedicación a la crónica, el seguimiento de la actualidad política, los viajes internacionales y los sucesivos exilios dejaron

muy atrás los tonos y los escenarios de esta obra primera, pero antes de su salida de Madrid y de España el cronista regresó en varias ocasiones a Andalucía, por ejemplo para tratar del «comunismo indígena» o de los estallidos libertarios en los pueblos andaluces, de la Semana Santa de Sevilla o de la romería del Rocío, por referirnos a textos incluidos en esta antología, donde no figuran otros como los reunidos en la curiosa serie de crónicas dedicadas a los «sucesos de Santa Olalla» o la que describe «la emoción de Huelva» con motivo del regreso de los aviadores del *Plus Ultra*, pieza, esta última, en la que vuelve a aparecer el escenario de la sevillana dehesa de Tablada, tan ligado a la historia de la aeronáutica y a la trayectoria de Belmonte. Tampoco figuran los que en tiempos de la República llevaron a Chaves a tratar de la «recolección de la aceituna» —en la misma serie, «Con los braceros del campo andaluz», a la que pertenece otra de las crónicas aquí recogidas—, de los «pistoleritos flamencos y señoritos con rifle» en «El colapso de Sevilla» o de las «cinco horas de comunismo libertario en La Rinconada». O la otra crónica que integra, junto a la que aparece en nuestra selección, la miniserie «Los enemigos de la República», que se sitúa asimismo en una de las regiones españolas que protagonizaron las turbulencias sociales en los convulsos años de anteguerra.

Antes todavía, también durante la primera época, Chaves prestó especial atención al proyecto de la «Exposición Hispano-Americana» del 29, ya presente en *La ciudad*, y parece lógico que su idea sobre los valores, las carencias y el porvenir de la región, libre del carácter esencialista que por los mismos años caracterizó la pintoresca articulación política del regionalismo, estuviera condicionada por su filiación bajoandaluza, aunque ello no lo lleve —lo vemos muy claramente en uno de los artículos de la correspondencia madrileña, donde contrapone «el andalucismo de Sevilla y el de Granada»— a desdeñar la singularidad del oriente andaluz, desde una posición tan alejada del «celo de campanario», base de esa absurda rivalidad alimentada —todavía hoy— por los políticos e intelectuales de baja estofa, como de las «viejas supersticiones del gitano y del árabe». Con las importantes excepciones mencionadas, al hilo de las sucesivas crisis del sexenio republicano, la atención más puramente teórica de Chaves a los asuntos de Andalucía corresponde a la década anterior, pero resulta interesantísimo analizar el modo en que el peso cada vez mayor de la ideología en la vida nacional tiñe sus acercamientos a temas recurrentes como la actualidad parlamentaria, las costumbres urbanas, los conflictos del campo, la liturgia religiosa o las fiestas populares.

El recuerdo de la tierra de origen aflorará asimismo en libros como el *Belmonte*, por razones obvias, o también en las ocasionales comparaciones, a las que somos

tan dados los andaluces, entre los paisajes recorridos y sus improbables paralelos domésticos. Ya afloraba en algunos de los relatos reunidos en las *Narraciones maravillosas*, por ejemplo en *La órbita*, donde leemos frases que se apartan bastante de las recreaciones edulcoradas: «El Mediodía aporta, en todas las naciones, un gran contingente a la prostitución y a la poesía lírica»; y aun antes, en fin, en las dos narraciones autónomas que formaron parte algo caprichosa, pero no en el fondo injustificada, de su primer libro de *ensayos*, ambos con *la ciudad* de fondo: el dedicado a la evocación romántica del trienio liberal y el que asume la forma de un melodrama *contemporáneo*, donde Chaves trata de expresar la agitación social de los años veinte de la mano de los amores con final feliz entre el señorito y la obrerilla, retratada en un entorno verosímil —el que correspondía a la extenuada clase proletaria— de postración y lucha por la vida.

II. ESCRITURA

En el «Prospecto» que antepuso a su única colección de relatos, aunque los publicados después podrían haber formado una segunda entrega, Chaves se muestra todavía un poco redicho, y apenas engaña cuando define los suyos como «cuentos en los que no hay nada que contar». Bastantes de ellos son un tanto inanes y deprimentes, no en vano su «maravilla no es otra que la de las almas simples ante el absurdo del mundo», adolecen a veces de excesivo patetismo o se ven, también a veces, lastrados por una moraleja ambigua o desconcertante. Pero en el conjunto hay algunos muy valiosos, como el arriba citado o «La mujer a quien robaron el alma» o el rescatado que incluimos en esta antología, y otros más convencionales pero muy bien urdidos, como «El ánima de la vieja». Lo que nos interesa, sin embargo, por encima del tono general o de los aciertos aislados, es destacar que ya en ellos y casi desde el principio, desde luego en sus grandes libros —que son todos, no hace falta ni citar los títulos, después de las *Narraciones*— pero también en las piezas más claramente informativas, la escritura de Chaves se impone a cualquier asunto que aborde, en cualquier registro o formato y al margen de su orientación —a veces difícil de deslindar— narrativa o periodística.

Tiene uno la impresión de que la insistencia, por lo demás sobradamente merecida, en las virtudes de Chaves como uno de los escritores y periodistas más clarividentes de su tiempo, ha tenido el efecto de solapar en cierta medida las cualidades de

esa escritura, de la que se celebran su claridad u otros aspectos con los que se quiere subrayar lo que aquella tuvo de perfecto vehículo para la expresión de sus ideas, olvidando los rasgos intrínsecos que explican por qué el narrador y cronista —no tanto el crítico de literatura, arte o espectáculos, que se limita a hacer periodismo— sigue siendo un autor leído por lectores no especialmente familiarizados con los debates de su época. La *Obra* de Chaves contiene, desde luego, como la de los otros grandes periodistas españoles de su siglo, piezas de oficio o circunstancia, porque nadie puede ser sublime sin interrupción y menos trabajando en la redacción de un periódico, e incluso a veces, siendo una de sus reconocidas especialidades, le falla el humor, por ejemplo cuando trata en términos no siempre divertidos de la *cuestión femenina*, pero por lo general resulta asombrosa, tanto más dado su ritmo de producción y teniendo en cuenta que lo que conocemos de algunos periodos pueden ser sólo las puntas del iceberg, la calidad y la brillantez de una prosa que deslumbra por su ironía, por su frescura o desparpajo y por la sabia alternancia de los registros culto y coloquial. Una lectura detenida de esa prosa permite apreciar que su característico gracejo, llamémoslo popular, no se opone al empleo de un léxico que en más de una ocasión obliga a los lectores contemporáneos —y llevaría a quienes lo disfrutaron entonces— a consultar el diccionario, siendo así que los cultismos, lejos de resultar pretenciosos, se inscriben con naturalidad en el fluir de su discurso.

En este sentido, no extraña que los editores o los compañeros de redacción, en los avances de autopromoción que precedieron a las ediciones seriadas de muchos de sus trabajos, se refirieran a Chaves calificándolo, como si fuera un oxímoron, de periodista culto, especie rara en una profesión que no deja demasiado tiempo para las lecturas. Y ello, como decimos, no se contradice —más bien al contrario— con su formidable oído para reproducir el habla de la calle o de las gentes del pueblo llano, a la que tanto el narrador como el cronista estuvieron muy atentos. Dotado de un olfato indudable, Chaves, por otra parte, supo adaptarse ejemplarmente a los formatos y a los públicos, en las sucesivas cabeceras con las que colaboró o cuando después de su salida de España se dirigía —abriendo el arco de su perspectiva y de sus preocupaciones específicas— a los numerosos lectores latinoamericanos o bien —en un estilo más didáctico, que repasa o recuerda datos no tan conocidos fuera de la península— a los franceses o anglohablantes. De los artículos de Chaves, siempre impecables en lo formal, admira su doble capacidad sintética y analítica. De su narrativa, tan moderna, tan llena por lo demás de marcas de época, su pertenencia al mundo intemporal de la gran literatura.

III. IDEARIO

Desde las posiciones más bien conservadoras que se perciben en sus artículos de juventud, no insensibles en lo social y abiertas a un impulso reformista moderado, Chaves evolucionó hacia una forma de liberalismo que no se corresponde del todo con los rasgos que asociamos a ese término —asumido expresamente por el autor en muchas ocasiones, no sólo en el famoso prólogo de *A sangre y fuego*, por ejemplo cuando se autodefine, en uno de los artículos que envió a *La Nación* de Buenos Aires, como «intelectual liberal al servicio del pueblo», con expresión que puede resultar paradójica o incluso chocante, a oídos de quienes piensan que al pueblo sólo lo defienden los *populistas*, pero caracteriza perfectamente la posición desde la que nos habla— y acabó por identificarse de pleno con el republicanismo de don Manuel Azaña, que pese a sus no pequeños errores fue a nuestro juicio, a considerable distancia del resto, el gran político español de aquella hora envenenada. Desde el principio se muestra Chaves refractario a los cantos de sirena de las ideologías redentoras, con esa lúcida conciencia del que sabe, porque además lo ha visto con sus propios ojos, en qué se traducen los intentos de instituir —por la fuerza— el paraíso en la tierra. Pero no sólo hay condena en sus palabras, hay un bravo e inteligentísimo alegato que se sirve de la mencionada ironía para ridiculizar a los *creyentes* —de igual modo que se burla del archisabido anatema contra el *materialismo* en «La inmoralidad y la Iglesia»— aludiendo, por ejemplo, a la «tradición jesuítica» del partido comunista, llamando *nazarenoide* al sectario Goebbels o complaciéndose en describir los grotescos aspavientos —su «nacionalismo gesticulante», escribe a propósito de los furibundos payasos de L'Action Française— con los que se adornan los oradores de la derecha reaccionaria.

En otros autores, el anticomunismo que denunciaron los ciegos, sofistas y lacayos de la distopía soviética en la posguerra europea, desprende como un olor a podrido, porque lo sabemos en sintonía con la delirante paranoia de la caza de brujas en Estados Unidos, por ejemplo, o porque como en el tristísimo caso español partía de la retórica casposa y extemporánea de la *cruzada*, tan disparatada que resultaría cómica, si no supiéramos que les costó la vida o la libertad a muchas víctimas inocentes de la represión franquista. Pero Chaves, cuya temprana semblanza del líder y general en jefe de los sublevados deja buena cuenta de la opinión que le merecía el supuesto «César visionario», no cae jamás en esos excesos. Su oposición a la dictadura del proletariado, tan indeseable como cualquier otra, estuvo clara desde el primer mo-

mento, cuando incluso los liberales alababan los logros del nuevo Estado soviético. Y a la vez, y sin dejar de ver las limitaciones del modelo ni de condenar sus horrores ya desde la fase épica de la Revolución, negando de partida el mito de su degeneración posterior, el cronista no se guardó de dedicar sinceros elogios a los revolucionarios, por ejemplo cuando afirma, en *La vuelta a Europa en avión*: «Yo, que no soy comunista, quisiera saber qué fuerza ideológica hay actualmente en el mundo capaz de provocar un heroísmo semejante».

No sin razón, los historiadores nos previenen contra el juicio anacrónico que supone observar el proceso de la revolución de Octubre a la luz de lo que vino *después*, esto es, enfrentar la justa rebelión de los siervos, cuyo malestar tenía raíces muy profundas y causas perfectamente identificables, con la burocracia avasalladora que daría sustento al criminal Estado soviético, pero lo que demuestra la obra de Chaves es precisamente que ya *entonces* —él mismo habla de los «horrendos bolcheviques» en un artículo de 1918, cuando aún no existía la URSS y los comunistas ni siquiera habían consolidado su conquista del poder— se podía ver que aquello no llevaba a buen puerto. Como haría en la Alemania nazi, durante las crisis de la Segunda República o en la España desgarrada por la guerra civil, Chaves vio y se atrevió a contar lo que veía, y no mentía ni calló por cálculo, conveniencia o afinidad ideológica, como hicieron tantos otros. Este valor, este *compromiso* en el más noble sentido de una palabra tan devaluada por el abuso, importa más que la habitual insistencia en su cualidad profética, porque en la práctica el articulista también se equivoca e incluso lo hace a menudo, cuando su distancia de los hechos, por ejemplo de la misma guerra civil tras su salida de España, le impide, como solía, formarse una opinión fundada sobre el terreno. No es por lo tanto su carácter visionario lo que nos admira, sino su incansable pedagogía cívica, su cerrada defensa de los derechos inalienables, el culto y la pasión de la maltratada democracia.

En el antes citado «Prospecto» a las *Narraciones maravillosas*, es decir, veinte años antes de su conmovedora muerte prematura, cuando quedaba muy poco para la derrota y el hundimiento de los nazis, no por desgracia para el final del régimen de Franco ni para la caída del despotismo soviético, Chaves declaró su propósito de «perseguir hasta el fin el ideal humanista de la cultura occidental, a que pertenezco, dando una sensación clara y fuerte de lo humano», y puede decirse que se ciñó a esa declaración hasta sus últimos días. Esa fidelidad a su empeño lo llevó a habitar en momentos trágicos de su vida en una tierra de nadie, de la que ni siquiera lo libraría la muerte. El espectacular rescate de su figura y de su obra se debe a muchas

personas generosas, pero no son ellos o no son sólo ellos quienes merecen nuestra gratitud, sino sobre todo el cronista, que sigue viviendo en sus páginas y nos convoca hoy con la misma oportunidad que entonces, cuando en aquella Europa de la inminente confrontación o ya arrasada por la barbarie fue de los pocos que mantuvieron la cabeza fría, para advertir a sus contemporáneos y advertirnos a nosotros de que la civilización es un bien frágil, de que detrás del odio y de las pulsiones autoritarias acecha siempre el espantoso rostro de la tiranía.

Ignacio F Garmendia

Editor y crítico de literatura

El título de esta antología, *En tierra de nadie*, recoge la conocida expresión —*No Man's Land*, atestiguada en las Islas desde el bajo Medioevo— que se ha aplicado tanto al espacio sin dueño entre las trincheras enemigas, donde se acumulaban los cadáveres sin enterrar durante las jornadas más negras de la Gran Guerra, como a los territorios no sujetos a jurisdicción en la mitificada historia del *Far West*, también calificado como *antiguo* o *salvaje* en el fecundo imaginario norteamericano. Y es asimismo el título que le dio un viejo amigo de Chaves, el profesor, articulista y crítico de cine Carlos Colón Perales, a otra antología de artículos propios que le publicó la Diputación de Sevilla a finales de los noventa, cuyo original recordamos haber leído, por encargo de nuestro querido y común amigo Alberto Marina, un remoto verano en la sierra de Aracena, por la parte de Fuenteheridos. Compartimos ese encargo con otro amigo y compañero de aquellos tiempos, el crítico de música Pablo J. Vayón, y es de justicia traerlo aquí porque Colón, como decimos, uno de los tempranos reivindicadores de la Obra de Chaves, estuvo en el origen de la línea editorial de la añorada Fundación Luis Cernuda y de la excelente Biblioteca de Autores Sevillanos en la que el buen Alberto y su cómplice Juan Antonio Rodríguez Tous acogieron las primeras recopilaciones de Chaves que hizo María Isabel Cintas. El mismo Carlos recordaba al cronista en su pregón de la Semana Santa de Sevilla, pieza inusual en el género y por lo mismo valorada más allá del ámbito que conforman los destinatarios habituales de tales piezas, y a él se debió además la feliz iniciativa que acompañó la puesta en marcha de *Diario de Sevilla*, cuando a finales de aquellos noventa el nuevo periódico, nacido de la matriz de la histórica cabecera en Cádiz y su provincia, regaló a sus primeros lectores un ejemplar facsímil de *La ciudad*, que releímos en esa edición y nos ha servido estos meses de guía para fijar la nueva transcripción de la ópera prima de Chaves en la *Obra completa* de Libros del Asteroide.

I. PRIMERA ÉPOCA:
BAJO EL SIGNO DEL MEDIODÍA

APOSTILLAS A UNA CRÓNICA

1918

Hace dos o tres días publicaba *ABC* una bien trazada crónica, suscrita por su revistero de toros, Corrochano, en la que éste, al reseñar una típica faena de tienta y evocar algunos momentos de sevillanismo vividos entre cantadores y bailadoras en la Venta de Eritaña, tocaba de pasada y al buen tuntún uno de los tópicos más deprimentes y dolorosos que han operado sobre nuestra región.

Tenía el escritor grandes admiraciones para la destreza y bríos de nuestros cabalistas, elogios para nuestros cantadores, alabanzas para nuestras bailarinas, entusiasmo para el ambiente de la tradicional Venta de Eritaña —esa venta que hicieron y mantienen los extraños para culpar con ella a los naturales si llega el caso— y sólo ante un grupo de trabajadores sevillanos se cree el cronista en el deber de lanzar la nota irónica acusadora de nuestra pereza fatal e irremediable.

Día tras día, a pesar de todas las revisiones de valores, de todas las reivindicaciones y todas las realidades, esa leyenda de indolencia y pereza sigue agraviando a Andalucía, indestructible y encastillada en la mecánica sucesión de tópicos que se manejan al hablar de nuestra región.

Acusar de pereza a Andalucía es cosa tan cómoda y fácil como hablar de miseria al referirse a Galicia, y del mazapán, si se trata de Toledo. Y se trabajará heroicamente en Andalucía, y en Galicia habrá ricos y pobres, y en Toledo apenas subsistirá un viejo dulcero que aderece mazapanes; pero vayamos a convencer de ello a quienes se aferran en pensar según otros piensan y a ver como vieron otros hace cincuenta años.

Se trabaja hoy en Andalucía, pese a todos sus inconscientes detractores, con esa fe y entusiasmo de los pueblos que buscan su regeneración; se lucha en las grandes capitales por el triunfo de los ideales nuevos; a golpe de piqueta nuestros hombres derriban todo lo viejo e inservible para poner rápidamente los cimientos de los modernos edificios; las ciudades se ensanchan y engrandecen, amasando los muros

Precedido del expresivo antetítulo «Andalucía no es así», el temprano artículo de *El Noticiero Sevillano* muestra ya la intransigencia de Chaves frente a tópicos tan extendidos como el de «nuestra pereza fatal e irremediable», a propósito de una gacetilla del prestigioso cronista taurino Gregorio Corrochano. Sobrevuela las palabras del joven articulista una tal vez ingenua creencia en los beneficios del progreso que se asocia a la mayor productividad del campo o a la moderna actividad fabril, pero también a unas condiciones de trabajo más justas, en línea con unos deseos de regeneración que en el caso andaluz debían enfrentar la persistente «leyenda de indolencia».

de sus construcciones con las energías de nuestros obreros, y los campos duplican sus productos, abonados por el sudor de los recios campesinos, que se inclinan sobre la tierra azotados por el sol implacable de nuestra Andalucía. Se trabaja, y muestra de ello es el florecimiento triunfal de esta desconocida Sevilla que, juntamente con el perfume de sus naranjos, eleva al cielo las chimeneas de sus fábricas como índices de su laboriosidad y su progreso.

Créanlo, Corrochano y cuantos de Andalucía escriben loando sus toreros, sus bailarinas y sus cantadores y desprestigiando a sus obreros: Andalucía no es así.

Y aun se trabajaría más en nuestra privilegiada región, si el escritor en vez de venir a reseñar las típicas tientas de becerros, viniese a estudiar y propagar nuestra industria; si señoras como doña Carmen de Federico, en vez de invertir unos millones de pesetas en adquirir ganadería brava, dedicasen su capital a explotaciones agrícolas e industriales; si el visitante en vez de ir a Eritaña fuese a San Bernardo, a la Cartuja, a Triana; si en vez de admirar toreros y pagar cantadores, el extraño y el propio dieran pan y trabajo al obrero y se interesaran por la labor del artista.

Entonces, admirado Corrochano, aquellos albañiles que usted vio conversando de asuntos taurinos, entre cigarro y cigarro, no dejarían pasar las horas soñando con los éxitos del redondel, y cuando el trabajo suficientemente retribuido fuese una garantía del pan en el hogar y el bienestar en la vejez, la labor de esos hombres tendría toda la eficacia de la necesidad atendida y el porvenir asegurado.

Mientras no han creído en el trabajo, porque su remuneración ninguna aspiración satisfacía, todos han soñado con ser toreros como El Gallo, cantadores como Chacón y tocadores de guitarra como esos que los escritores admiran y estudian.

Hoy se trabaja y se paga al obrero —aunque no del todo— y Andalucía no es así.

[DIVAGACIÓN SOBRE LOS PATIOS]

1921

Nuestros patios son tristes. Están saturados de tristeza, y cuando se ríe en ellos es por aturdimiento, por oposición al medio, por un violento deseo de sobreponernos a la congoja, que suavemente se nos mete en el alma. Tal vez por esto mismo, nos obstinamos en hablar de la alegría de nuestros patios; porque es la que más conscientemente nos mueve; alegría que hemos provocado por el deliberado deseo de estar alegres.

El mármol, el agua, la palmera —sus tres fundamentos— tienen un mismo valor estético. La tristeza, la muerte. Ortega y Gasset nos decía que esta tristeza de los patios sevillanos asemejábase a la tristeza de las casas en que se ha muerto un niño, cuando todavía acuden las vecinas a ver la carita de cera del cuerpecillo amortajado.

El patio sevillano es triste, definitivamente triste. De esa tristeza, saben sólo nuestras mujeres y nuestros niños. Frente a esta sensación, se alza la turbonada de los que sólo vieron en el patio su deseo de reír, de los que no supieron anularse durante una hora y dejar que las arcadas blancas hablasen por ellos. Escuchad atentamente lo que dicen estos patios sevillanos; dejaos en la cancela esa Sevilla que se os ha metido en el corazón a golpe de luz, de tópico y de falsa literatura.

Hay patios alegres, francamente jocundos, ¿quién lo duda?, pero no son ellos los que guardan el alma de Sevilla. Ésos son los clásicos patios de San Lorenzo y Santa Marina en Córdoba, los patiezuelos de los pueblos, con sus guijas relucientes, su floración escandalosa, su enjalbegado refulgente y su cielo agresivo. Son alegres esos patios de los pueblos coloreados por el trajín, el patinillo, pero no el patio, en el que fracasa, a su pesar, el optimismo de los saineteros.

Siempre fue el mismo este patio sevillano, al que hemos atribuido un sentido doliente, aunque nunca el dolor de la herida con los bordes abiertos. Dejad pasar dos horas en cualquiera de nuestros patios; invariablemente os bañará con su melancolía, y cuando así estéis purificados, os hablará de su eterna tristeza, adherida a las formas perdurables de la sala hipetra; recordará aún aquel terror sagrado de los egipcios, que

En este fragmento del Libro primero de *La ciudad*, el más extenso y ensayístico de los tres que conformaron su entrega inaugural, Chaves pone de manifiesto la insólita profundidad de su escritura lírica, que muestra una admirable familiaridad con la Historia y toma distancia expresa de los prejuicios y la «falsa literatura».

lo crearon, y los fenicios, que lo trajeron a tierra de túrdulos. A través de la indiferencia de los portadores —fenicios y cartagineses— los naturales debieron sentirlo y comprenderlo, tal como el pueblo de los faraones lo quiso. Corren los siglos; Roma hace pasar su antropomorfismo sobre la ciudad, la conmueve con sus obras colosales, le hace labrar piedras en homenaje a sus prohombres, consigue, a veces, arrebatarla y llevarla en pos de sus conquistadores, y en todo caso, saquea sus riquezas al mayor esplendor de la ciudad eterna. Roma pasa casi sin dejar recuerdo; piérdese el foro, húndese el anfiteatro, y sólo arraiga el primitivo patio, traído de Oriente, desde el cual la gente sevillana, los esquilados colonos de Julia Romulea, debieron sentirse a sí mismos, satisfechos de haber encontrado sus almas perdidas en el atrio. Refugiada en la sala hipetra, mirando entristecida la infinitud del firmamento, la ciudad debió oír, como un remoto son, el estrépito que al pasar producían las cohortes. Viene después la predicación del Galileo; la ciudad desierta afirma su personalidad, fórmase en definitiva, y el patio, complacido, acoge amorosamente el ansia ultraterrena de los cristianos primitivos, que hallaron en él algo extraño al sentido triunfal del alma gentílica. Con el cristianismo, viste el patio las formas claustrales, y empieza para él, libre ya del terror de los primeros tiempos, una nueva vida de dolor, amor y trabajo en los monasterios, que recogían afanosos los materiales dispersos de las civilizaciones anteriores. Así, cuando arriban las tribus musulmanas, maravillánse al pisar los ennoblecidos patios de la Bética, y ponen a contribución su fantasía para halagarlos y cuidar su espíritu. También el árabe sabía sentir el patio de una manera cierta, también traía el ansia de la meditación en lo sobrenatural, y por eso supo provocar su resurrección, entre la fastuosidad de las yeserías policromadas, la gracia sentenciosa de los arrabás y los reflejos maravillosos de su azulejería. De entonces, quedole el surtidor para llorar eternamente y la taza de mármol como lacrimatorio. ¿Qué hace ese surtidor sino llorar aún alguna infinita tragedia, acaso la tragedia del patio? Hácese después la reconquista, y los mudéjares obtienen el patio sevillano como una revelación. A partir de este momento le vemos llegar a su plenitud y ejercer sobre la ciudad su influencia, serenamente pesarosa y aristocrática, como si lamentase la ruina de aquella portentosa civilización musulmana, que moría lentamente en su ámbito, del que lo mudéjar hacía su último baluarte. En tanto, el sentido feudal de los conquistadores buscaba los rincones de las casas como en la calle, se estacionaba en las encrucijadas, y el patio tuvo que ceder la preferencia a las cuadras inmensas, los corredores y los pasadizos siniestros, los angostos miradores y las galerías y las celdas inquisitoriales. La familia y el harén han desaparecido, la universidad no existe, y los

gremios y las cofradías nacientes, la obra del colectivismo bárbaro y primitivo, el saber individualista y huraño, y la religión guerrera, no sienten el patio, ni lo necesitan. En él se refugian los servidores, se entroniza la gallofa, se hacen los aprestos, triunfan los lacayos, organizanse los trenes y las expediciones, y limpian, friegan, espulgan y juegan en su ámbito los comparsas de aquella civilización que estudiaba, pedía por el amor de Dios y ejecutaba reos en las sombras. Pronto apunta el renacimiento, que había de salvarlo de la estulticia servidora y la ruindad de los lacayos; el duque de Alcalá vuelve de Italia, con sus mármoles clásicos y su Vía Crucis; vienen los genoveses y regresan también nuestros capitanes; entonces el patio da acogida cordial a la resurrección de lo clásico, y vuelve a ser el receptáculo del alma de la ciudad, elevándose desde aquel arranque pícaro e intensamente popular —el patio de Monipodio— hacia su eterna severidad. Analiza, después, los motivos de lo plateresco, medita entristecido sobre las preocupaciones que el barroquismo le presta, y ve pasar unas centurias silenciosas, en las que toda la savia de la ciudad y la región, y las ciudades y las regiones todas, no basta a mantener al imperialismo, que se obstinaba en fecundar con sangre un nuevo continente. Ve pasar el patio las cosechas de oro indiano, aprende su infecundidad y se hace humanista y algo filósofo. Poco a poco, la mujer se apodera de él y va infundiéndole su espíritu, hasta que pasado el terror de la invasión, acoge a los junteros, fomenta la oratoria, se convierte en botillería y en club, y prepara el advenimiento del café y el casino. Paralelamente a esta metamorfosis, se entrega complacido en las manos de la mujer sevillana que lo fregotea entusiasmada, lo enjalbega, cuelga de él sus jaulas y sus santos, siembra sus macetas, coloca sus rinconeras, sus mecedoras, sus biombos, y le saca de su frialdad, haciéndolo más íntimo. Pero la historia íntima de la mujer sevillana es una triste historia. El patio la cuenta a todo el que la quiera oír, por si hay quien la comprenda, y por eso, porque está saturado de esta pena femenina, que aún es más pena en las explosiones de alegría, el patio actual, contra todo prejuicio, es triste, definitivamente triste.

Por si no fuese bastante esta pena femenina de la que le suponemos saturado, recordemos que el patio es, y ha sido siempre, un anhelo que no llega a satisfacerse plenamente. Desde el hogar, el patio es el ansia de luz y de libertad, el pedazo de cielo, la inmensidad; desde el camino, el patio es el hogar, el placer de las limitaciones, el goce de ese mundo pequeñito, que para nuestra comodidad creamos al edificar nuestra casa. Pero el patio fracasa para el recluido y para el caminante. Siendo niños, aprendimos ya que aquel trozo de cielo no era el cielo todo, y aquella libertad de correr y jugar no era la libertad de todos los juegos y todas las travesuras; entonces

nos entristeció el fracaso de aquella primera libertad que la tutela maternal nos daba; después, cuando anhelábamos el calor del hogar y nuestra prometida nos recibía invariablemente en el patio —que recibía también a los mendigos y a los desconocidos— supimos que tampoco están en su ámbito los placeres de la intimidad, que nos vedaban al detenernos en la familiaridad superficial del patio. Una vez más, tenía la virtud de entristecernos.

El patio sevillano es siempre un tránsito, y como todo tránsito —en estas tierras solares— doloroso. En él se pasa, pero no se está; pasamos la siesta y la velada, los días buenos del invierno y las noches de estío; pero, aunque lo pasemos bien, no deja de ser doloroso este pasar y no estar.

He aquí por qué nuestros patios —mármoles, arcadas blancas, algo de yesería, la taza de una fuente, unas plantas de sombra, mecedoras, jugueteros, en las galerías algunos viejos lienzos representando santos y mártires absurdos— no tienen el calor de vida, lo que se llama el carácter, en otros patios andaluces claramente definidos a la primera ojeada, por el género de vida de sus moradores, su alegría y su tristeza, sus flores o sus telarañas.

No es así el patio sevillano; su alma es suya, no es el alma que le prestan los quehaceres de sus moradores, ni siquiera la posición espiritual de éstos, que las más de las veces contradice. El patio de Novedades tendrá siempre algo que no es Novedades.

Es la de nuestros patios un alma invariable, un poco entristecida; alma sabia que sabe plegarse a todas las exigencias, y prestarse a todos los desplazamientos de la fantasía, pero sin romper nunca su unidad.

EL HISPANOAMERICANISMO DE LA EXPOSICIÓN

1922

Es lo cierto que no existe en toda nuestra ciudad la más insignificante inquietud americanista. Preciso es decir que no hay entre nuestros hombres representativos ninguno que sienta honda y sinceramente esa preocupación por lo americano, que no sólo en España, sino en toda Europa, es la aspiración ideal, el cauce abierto a todas las ansias de expansión, tal como la expansión de los pueblos será posible después de esta dura prueba de la gran guerra.

Por eso nos avergüenza un poco ese nominalismo americanista y nos vemos a nosotros mismos tan distantes, tan alejados de una real aproximación hispanoamericana. Es un poco pueril y ridículo el afán de un pueblo que, como el nuestro, quiere irradiar, proyectar su sombra esquelética sobre todo un continente que vive ahora su mediodía triunfal, sin mirarse antes a sí mismo, sin medir sus fuerzas y su capacidad, ni conocer siquiera la fuerza centrífuga y centrípeta de su alma.

Además usamos todavía en los banquetes y en todos los actos de confraternidad los conceptos ruines y topicales de aquel americanismo paleolítico que tan infecunda ha hecho la acción de España durante muchos años, y sabemos desentendernos bizarramente de toda obra eficaz y de toda inquietud, esa inquietud que nos haría dedicar un poco de amor y trabajo a la vida americana, ya que aspiramos a que derive hacia España el inmenso caudal de actividad y emoción que adivinamos —sólo adivinamos— en los pueblos del otro lado del océano.

Pero a despecho de esta incapacidad actual, de esta pobreza de espíritu, de esta carencia total de personificaciones en tal sentido orientadas, de esta terrible pereza intelectual y esta ignorancia absoluta, hay que creer en una misión providencial de Andalucía respecto de América.

Hay, sin embargo, que saber cuál es esta misión providencial, que no es indudablemente la que se figuran los americanistas profesionales. Éstos se habrán visto sor-

Son numerosos los artículos que el Chaves veinteañero, sobre todo en las páginas de *El Liberal* de Sevilla para el que ejerció, mientras vivía aún en Córdoba, como corresponsal «desde Madrid», dedicó a analizar los comparativos y las expectativas de la que acabaría llamándose Exposición Iberoamericana de 1929, a menudo muy críticos con el modo en que las autoridades desaprovechaban la oportunidad de ir más allá de los fastos o, como aquí, se abandonaban a la retórica de un «americanismo paleolítico», que ignoraba por igual el legado cultural y la pujanza —en esa década prometedora— de las repúblicas hermanas del continente.

prendidos ante las palabras desnudas del señor Coll y Cuchí, presidente de la Cámara de Representantes de Puerto Rico, en el reciente banquete con que le obsequiaron los intelectuales madrileños en el Palace Hotel. «Hay —dijo— un hispanoamericanismo al que no interesa la catalogación del Archivo de Indias.»

Para quienes desoigan esta advertencia, estimándola como una blasfemia, no existe duda ni inquietud; mas para los que no quieran volverse de espaldas a la vida actual definitivamente y aspiren a que la Exposición Hispano-Americana sea una obra fecunda, decisiva para nuestro porvenir y orientadora, esta ruptura con el pasado, este desinterés que indudablemente existe muy justificadamente, es la ruina, el fracaso de las aspiraciones americanistas de Sevilla, que hasta el presente no tenía más títulos que esa catalogación para fundamentar su privilegio.

Por eso nos inquieta la pasividad de Sevilla; por eso nos esforzamos en hallar un contenido ideológico a ese nominalismo; por eso buscamos un camino nuevo, un cauce amplio para la transfusión espiritual con que soñamos. Porque no tenemos más que el Archivo de Indias —hablamos del Archivo de Indias como de un símbolo— y hay un americanismo al que no le interesa.

En cambio, otros centros españoles van condensando y reduciendo a figuras geométricas esta aspiración americanista que nosotros tenemos aún como cosa informe e inaprensible.

Cataluña nos da en esto un saludable ejemplo: su americanismo es cosa viva que se deja sentir en las fábricas y en las casas de banca, en el periódico y en la biblioteca. Es porque ha sabido libertarse de la vieja concepción de las relaciones hispanoamericanas y se produce con arreglo a una visión actual. De un modo certero fijó Eugenio D'Ors la posición americanista de Cataluña con unas breves frases, en las que distinguiendo lo que es la *separación* de la *emancipación*, señalando la dependencia de la América Latina para con España y la nulidad para la cultura de aquellos imperios florecientes en los últimos cien años, advierte «mil síntomas que anuncian que tal estado de cosas va a cesar ahora. Mil síntomas por los que ya se revela, en aquellos países, el advenimiento de una civilización propia...Y uno de esos síntomas, tal vez el más elocuente, es la creciente simpatía que allí se siente por España». Su glosa termina con esta fórmula: «La verdadera independencia de América empieza hoy».

También esto, como la afirmación del señor Coll y Cuchí, socava los cimientos de la significación americanista de Sevilla. Nuestra influencia en la América española tenía que ser puramente espiritual, y hoy que América tiene su espíritu

nuevo, es preciso que nosotros cuidemos también el nuestro, ajustándolo también a normas de universalidad y modernidad. De lo contrario corremos el peligro de no entendernos: ese retorno a lo español, que ya hoy advierte en las repúblicas ya verdaderamente emancipadas, no puede sorprendernos en la posición burocrática de archiveros oficiales de un registro civil.

Es preciso que Sevilla se desazone un poco ante este problema, que se inquiete y sacuda su espíritu para no dejar pasar junto a ella las grandes posibilidades que hoy la cercan.

Precisamente, en estos días se ha lanzado una iniciativa que está siendo objeto de un vivo interés, por cuantos se preocupan de esta gran aspiración nacional, y seguramente no ha habido en nuestra ciudad quien la haya escuchado. En la revista barcelonesa *Mercurio* —una excelente condensación del americanismo catalán—, don Luis Araquistáin ha expuesto la posibilidad y conveniencia de constituir un Estado Hispanoamericano o Confederación de Sociedades Españolas de América y de aquellas de España relacionadas de alguna forma con el hispanoamericanismo. La revista *España*, haciendo suya la iniciativa, se ha dirigido a todos los presidentes de esas Sociedades, preguntándoles si la idea les parece viable y cuándo y en qué forma creen que se podría celebrar en Madrid el primer congreso constituyente.

Sevilla, que quiere hacer una Exposición Hispano-Americana, no debía estar ausente de todo esto. Si no quiere fracasar en su empeño debe estar vigilante para atraer a sí cuanto en el momento actual signifique un progreso en las relaciones hispanoamericanas.

Si fuera así, en este momento se recabaría que la celebración de ese congreso tuviese lugar en Sevilla, coincidiendo con la apertura de la Exposición Hispano-Americana; pero ¿con qué título podemos formular esa demanda?

GENTE DEL SUR

1922-1923

[I]

Piérdese la constitución centralista de la nación española, más que nada por dejación e incapacidad del propio centralismo, y ahora, al paso que algunas provincias favorecidas por un reciente bienestar económico se atribuyen misiones providenciales y son auscultadas cuidadosamente por quienes quieren trazar la trayectoria ideal de nuestra patria en lo futuro, las viejas provincias predilectas, las ciudades más representativas de lo genuinamente español —lugares históricos que empujan a la evocación, una academia herrumbrosa del siglo XVIII, un semillero de consejas patrióticas, color local para servir a la españolada, un gran cacique al modo de Barroso o Borbolla, unos fósiles republicanos, gran riqueza agrícola o pecuaria y una gleba sobria y sufrida—, las ciudades que preferentemente nutrieron el centralismo y le siguen adictas, aparecen como inactuales, exhaustas, vendimiadas. En esta nueva posición de los pueblos ibéricos ensartados aún en la Monarquía, las provincias del Sur, las que más se significaron en la adhesión y en la cooperación al régimen decadente, caen envueltas, sin salvedades, en la liquidación de los viejos valores que desde hace más de veinte años viene ensayándose. El ciudadano de esta característica ciudadanía española que tiene sede pontificia en Sevilla ha perdido todo interés de actualidad. Las preocupaciones espirituales son viejas, falsos sus valores morales, su ideología, quintañona. Tienen sin embargo un interés indesechable estas gentes del Sur, tan viejas y tan trabajadas.

PRÓCERES

La ciudad andaluza es aristocracia, holgura, bienestar, reposo. Mientras en el campo el *amo* pelea a los braceros la panilla de aceite y la hogaza de pan, el guiso de garbanzos y los cuatro reales, el hijo del amo, el buen hijo del amo —el que no es flamenco ni

Más que el breve y famoso artículo aparecido en el primer número de la revista *Mediodía*, «Sevilla desde dentro y desde fuera», donde Chaves denunció la autocomplacencia de la ciudad y la inanidad del género, por él mismo cultivado, de la divagación literaria, este otro publicado por entregas en la gran revista *España*, predecesora de la *Revista de Occidente*, señala a nuestro juicio su más acabada contribución a la materia de Andalucía, anterior y en parte coincidente con algunos de los puntos tratados por Ortega en su célebre *Teoría*.

rumboso, el que no se queda en señorito y llega a ser señor— se viene a la ciudad y construye una casa con un hermoso patio y una amplia azotea; ha conseguido un título académico y ha rodado durante tres meses por el extranjero; pasan los años y el hijo del labrador adquiere sin el más mínimo esfuerzo ni la más insignificante aportación a la ciudadanía el crédito y el respeto del ciudadano benemérito. Ya entonces se cree en deuda con el mundo y busca amparo en cualquier remedo de actividad espiritual que encubra su pereza. Para esto, precisamente para esto hay academias, ateneos, revistas, exposiciones, periódicos, fiestas de la raza, banquetes de confraternidad, hispanoamericanismo y juegos florales.

Todo esto tapa gentilmente la terrible pereza mental de esta gente prócer que de aquel amor a las artes suntuarias que heredaron de los árabes, de aquellos fécondos ocios del cuerpo que eran actividad del espíritu, de aquella magnificencia característica de la escuela sevillana, no han conservado más que lo externo, lo que siempre fue falso, la sonora oquedad de Herrera, Rioja, Lista, Reinoso...

Los aristócratas *pour sang* son aún peores. Ausentes de toda aristocracia espiritual, perdido en absoluto aquel sentimiento artístico que aristócratas sevillanos como el duque de Alcalá daban a su aristocracia, tienen como única esperanza que algún americano extravagante pague a peso de oro las antiguallas familiares o los olvidados papeluchos de sus archivos. Juegan al póker, tientan becerros en las dehesas y esperan en Mister Huntington, el hispanófilo ful que más hábilmente ha negociado con la idiotez de esta pobre gente.

[II]

TRABAJADORES

Unas flores de ingenio en una enorme dehesa de ignorancia. Ésta es nuestra visión del pueblo andaluz. Una pobre gente trabajadora cuya vida triste se arrebola y alivia muy de tarde en tarde con el desgarrón de una copla flamenca intraducible. Una dolorosísima aptitud de pueblo viejo, sabio y trabajador que no encuentra al fin el modo de su actividad.

La clemencia del clima y la inclemencia de los amos han dotado a la gente que trabaja de una maravillosa sobriedad. Un hoyo lleno de aceite en el pan, unas sopas de ajo, un buen dornillo de gazpacho, unas jalmas sobre las que tenderse, una copita de cazalla, aceitunas, alcarraras, camarones... No hay más.

Y esto basta para que la gente viva. Todo lo demás, sobra. El sol y el campo abierto dan amplitud a esta vida estrecha de los jornaleros, cuya terrible sobriedad va aguzándoles los huesos que se clavan en la piel, rugosa y curtida, como si hubiese andado en manos de guadamacilero cordobés.

Producen mucho y consumen poco o casi nada; por eso, aunque muchos veneros de riqueza estén olvidados o desconocidos, subsisten en Andalucía las ciudades, hechas para el regalo, con sus casas suntuosas, sus caciques, sus señoritos y sus prostitutas.

EL GUERRA

El Guerra vale por toda una clase social y tal vez por toda una ciudad: Córdoba.

Entre la gente difuminada y perdida de Andalucía, el Guerra, con su chaqueta corta, su pantalón abotinado y su sombrero cordobés se destaca vigorosamente y es acaso la única personalidad andaluza perfectamente dibujada. A su lado la demás gente es híbrida, falta de consistencia y de humanidad.

El Guerra, que llama algarines a los políticos, los escritores y los periodistas, que hace labrar sus tierras como un señor feudal haría trabajar a sus siervos, que tiene en más estima a los perros de su jauría que a sus admiradores y se sienta en su sillón del club Guerrita como un rey legendario en su trono, es lo único fuerte y grave de toda Andalucía.

Su ignorancia, su animalidad no reconocen límites. Precisamente en su barbarie radica su grandeza. Y precisamente porque está muy cerca de la vida inorgánica y es como un trozo de nuestra misma tierra amasado y cocido, tienen sus movimientos un valor incalculable. Siguiéndole atentamente podría formarse una curiosa antología guerrista, que sería como el índice de una de las más potentes ideologías andaluzas.

He aquí algunas flores de esta antología:

Hospitalidad. Con ocasión del viaje a Barcelona del mariscal Joffre hubo alborotos en la ciudad condal; cuando leían al Guerra los periódicos que reseñaban lo ocurrido, Rafael dijo sentenciosamente:

—No nos hace falta que venga nadie de fuera; todo el que se mete en nuestra casa viene a pisarnos la mujer o a robarnos el dinero.

Virilidad. Protegía el Guerra a una pobre mujer y para ayudarla —y no a su costa— pidió a uno de sus amigos, entonces presidente del Consejo de Ministros, que se concediese un estanco a su protegida. El político contestaba con evasivas muy corteses y Rafael, ya indignado, tuvo que telegrafiarle. «Presidente Consejo Ministros. Madrid. A ver si *vi* a tener que *dir*. Guerrita.»

Al día siguiente estaba hecha la concesión del estanco.

Política. Cuando el terrorismo barcelonés se hallaba en su período álgido y poco antes de que empezara a aplicarse la ley de Fugas se planteó una crisis ministerial que fue resuelta encargando del poder a un jefe conservador, ya desaparecido, amigo del Guerra. Éste le alentó con un telegrama redactado en los siguientes términos: «Ya está el toro en la plaza; es Miura y está *atoreao*. Vamos a ver si se le da la cara. Guerrita».

Democracia. Tiene el Guerra buenos amigos, aun en las más altas esferas y acaso por cierta comunidad de gustos y aficiones se le dispensa de toda etiqueta y circunspección. El Guerra que lo sabe y se vanagloria de ello, fue una mañana a esperar a un elevado amigo suyo y estando en la estación divisó a uno de los personajes que es costumbre le acompañen. Rafael encarándose con él, le dijo:

—Oye, tú, ¿y tu señorito?

—¿...?

—Sí; tu señorito. ¿Qué pasa?

Quijotismo y cultura. Hablábase de la honestidad incierta de una dama de la aristocracia y cuando cada cual le atribuía un devaneo, Rafael, a quien la dama distinguía con su intimidad, salió a su defensa:

—*Tò* eso es mentira. La condesa no ha tenido nada que ver con nadie. Yo no sé de ella más sino que debe estar muy *colá* con un inglés al que no conozco. Es un tío que tiene *retrato* en su despacho y algunas veces se queda *embobalicá* mirándolo y dice: «¡Qué gran espíritu el de ese hombre!». Ése es el único flaco que yo le he visto a la condesa.

Tuvimos ocasión de visitar el despacho de la condesa; en lugar preferente campeaba un magnífico retrato de Lord Byron.

[III]

El labrador y el ganadero comparten la hegemonía de la tierra andaluza. En las ciudades sobreviven las viejas industrias típicas, se ensayan lánguidamente algunas industrias modernas y las artes industriales —cerámica, rejería, filigrana— pugnan por renacer; en la costa trabajan aún con procedimientos milenarios pescadores y salineros y en Riotinto, Peñarroya, Almería unas hordas regidas por caporales extranjeros, sirven angustiosamente a las explotaciones mineras. Todo esto carece, no obstante su valor multitudinario, de verdadera significación. El labrador y el ganadero son los señores, la aristocracia de Andalucía.

Ellos dan el tono de la cultura, de la política, las artes y las ciencias. Toda la vida andaluza puede referirse a la ideología del labrador o del ganadero.

Para distinguirlos claramente, los asimilaríamos al árabe y al berberisco. El labrador andaluz ha heredado del árabe no sólo los procedimientos de cultivo, sino una concepción definitiva de la vida. Árabe es la holgura, la serenidad, el boato de la casa labradora; árabe la hospitalidad, la protección a las artes suntuarias, la dilección poética, la inhibición, el señorito, la misma filosofía labradora.

El ganadero, como el berberisco, se produce siempre por un ansia irrefrenable de posesión; lo que no puede poseer lo destruye implacable; el ganadero es el señorito, el que goza y arrasa, el que en las tabernas y las mancebías rompe y rasga porque *to está pagao*.

Y así se dan en la tierra andaluza la suprema aristocracia y la infinita barbarie.

EL DEL COLOR LOCAL

Esa cosa idiota del color local que tan furiosamente se cultiva en España, tiene en Andalucía un ferviente sacerdocio. Este colorismo cultivado afanosamente por los extraños en el siglo XIX, ha llegado a ser cosa nuestra, y ocurre al fin lo inaudito, que Carmen sea más andaluza que la misma Andalucía y que toda la verdad de nuestra tierra tenga que acomodarse a esta visión ficticia.

Así se ha formado el sacerdocio del color local; fondistas, hoteleros, artistas, escritores, concejales, han ido exaltando la ignorancia, la barbarie y la incompreensión hasta crear ese tipo absurdo del sacerdote del color local.

Es ese hombre gordezuelo y sensual al que va bien en la vida. Amigo de sus amigos, convidador, dicharachero, con todo el tiempo por suyo y toda la humanidad metida en su ombligo, consagra en absoluto su vacía existencia a la exaltación de la media docena de aberraciones populares que se han llamado castizas.

Mujeriego en las aceras, patriota en la taberna, valiente en las ausencias, cristiano viejo en las hermandades, republicano en la plaza, romo en la comprensión, sensiblero, bebedor y falso, terriblemente falso, este sacerdote del color local tiene, como único ideal, la intangibilidad y el acrecentamiento de esas cosas pintorescas que él no hubiese visto a no habérselas marcado los extraños con sus exclamaciones de asombro.

Ahora, esta idiotez colorista se agrava; toma empaque académico y prestancia de intelectualidad. Y es temible imaginar lo que harán de Andalucía los nuevos sacerdotes del color local disfrazados con la pompa severa de los intelectuales contemporáneos.

EL AZAR

Como la vida es fácil y basta a veces con un poco de sol y otro de pan para no morir, el andaluz ofrenda al azar todas sus reservas. Por esto son formidables jugadores de azar los andaluces.

Esta general pasión por el juego mantiene siempre en auge los casinos políticos en que se apoya el caciquismo y aun los círculos militares. Y al mismo tiempo aureola y prestigia el tipo del jugador profesional.

Hace ya algún tiempo llamaban en Sevilla El Señor del Gran Poder, a uno de los más célebres contratistas de juego; y aún hoy don Valentín ejerce un indiscutible señorío, intima con los aristócratas, habla de tú por tú a los personajes políticos y es el hombre de confianza de caciques y caudillos. Fernández Silvestre se honra con su amistad y en sus viajes a Andalucía, antes que a nadie cumplimentaba a su amigo el jugador.

Pero mucho más que en las ciudades pesa el juego en la vida rural de Andalucía. Trátase a diario este problema, viéndolo siempre palpitante y ostentoso en las grandes urbes y a través de los tahúres de *smoking* y calzón corto, pero su verdadera faz pasa inadvertida, oculta en los casinejos liberales y conservadores de los pueblecitos andaluces, donde el ganadero pierde sus piaras, el labrador sus cosechas y el bracero sus jornales al mayor esplendor de la truhanería con tufos o con bastón de borlas.

IV

CORREDORES Y TRATANTES

El labrador de estas provincias agrícolas del Sur —no el terrateniente— trabaja en el surco todo el año para crear y mantener este tipo castizo del corredor que se enriquece o derrocha el dinero a manos llenas en triunfal camaradería con el torero, el crupier y el señorito.

Andalucía es una región de aristocracias. Cada clase social tiene la suya; el aristócrata florece, naturalmente, y la vida social entera se acomoda a esta florecencia que recaba toda la vitalidad de la tierra para gastarla en pompa inútil, en pétalos, corolas y pistilos. Pero sin polen.

Y así como cada clase social se arruina para dar una espléndida flor de aristocracia, el pegujalero se empobrece para mantener el señoritismo del corredor, del tratante. Cúmplese así la regla que en las ciudades andaluzas, como en las italianas, y

en general en todas las de formación renacentista, hace al comercio padre de la aristocracia. La única excepción de esta regla es la del gitano, que siendo comerciante y aristócrata por idiosincrasia sufre que se persiga su comercio por la Guardia Civil y su aristocratismo por los *civiles* de la espiritualidad.

Corredores y tratantes son los defensores del casticismo, los *tíos de buten*, los postulantes de lo netamente andaluz. Ellos llenan los patios entoldados de los cafés en ese espléndido mediodía sevillano, cordobés o granadino, con sus grandes sombreros, sus palabras gruesas, sus tumbagas y sus caras morenazas de garañones. Ellos mantienen esa prostitución en clausura característica de Andalucía, en cuyas casas de lenocinio permanecen las mujeres años y años sin pisar la calle esperando tras las celosías y las cancelas la llegada del corredor rumboso, del tratante que sabe gastarse su dinero. Ellos pagan los *cantaores*, los parásitos del flamenquismo, los betuneros —¡formidable ejército de betuneros!—, las alcahuetas, las floreras y los afeminados; ellos sostienen los tradicionales ventorrillos, acreditan las marcas de Manzanilla y Jerez falsificados y son, en definitiva, la supervivencia de una época en la que por penuria espiritual se exaltaron las degeneraciones del sentimiento popular.

LOS HOMBRES REPRESENTATIVOS

Alguna vez he oído decir: «¿Cómo es posible que los hombres representativos de Andalucía sean los más ineptos, los más mediocres y retrasados de todos los que representan a las regiones de España en esta vergonzante representación que da el centralismo, con su parlamento, sus ministerios, sus academias y sus sinecuras? Cada región destaca lo más característico: ¿es que lo más característico de Andalucía son esos hombres mediocres, torpes, rezagados?».

Sí; en Andalucía las clases superiores y las clases populares están en blanco, carecen de caracterización, y lo único definido, lo único aglutinado y realmente colectivo, es la mesocracia, el producto mísero de la ciudadanía española en el siglo XIX, esos abogaditos espigados, esos comerciantes, esos caciquillos, con sus hijos, sus yernos y sus clientes. De entre ellos se reclutan los llamados hombres representativos y la verdadera Andalucía, cuya sustancia no está precisamente en esa tropa, permanece inculta y tiene que pasar desconocida a despecho de sus multitudes exuberantes y sus finas aristocracias. La dignidad, el orgullo y la pereza de los mejores —los de arriba y los de abajo— dejan libre el campo a ese tipo infecundo del ciudadano más o menos constitucional y ortodoxo, que rumia eternamente los mismos pastos espirituales y da una cifra tan menguada de nuestra capacidad al acaparar los títulos de representación.

MUJERES

Se cree que la vitalidad de Andalucía, perdida en los aspectos colectivos, se concentra en la intimidad. Y la apetencia, en el prurito, en las pasiones. Y se cita el ejemplo de don Juan.

Nunca he comprobado tal cosa. En la intimidad, en el más íntimo de los movimientos espirituales, en el amor, no aparece jamás esa pretendida intensidad. El andaluz, en el amor, es más circunspecto, más abstinente, de cuanto se puede imaginar. Y la andaluza más aún. En cualquiera aldehuela del Norte se peca más y más naturalmente que en una ciudad andaluza.

El amor subsiste gracias al condimento; al prestigio terrorífico de que se le rodea. Despojado de esa hojarasca romántica, Andalucía correría el peligro de despoblarse en el transcurso de unas generaciones.

LOS ESCRITORES DE PROVINCIAS

1924

Días atrás, honrando la memoria del cronista de Granada don Francisco de Paula Valladar, dedicaba Fabián Vidal uno de sus más certeros comentarios a los oscuros y beneméritos patricios que allá en el fondo de las provincias españolas «se preocupan de cultivar el pequeño huerto florido del ayer, de desempolvar y descifrar viejos papelotes, de escribir las biografías de los grandes hombres que fueron gloria de la región, de recopilar leyendas, de recoger sucesidos históricos, de formar anales, de defender contra las injurias del tiempo y de los hombres las iglesias olvidadas, los castillos arruinados, las casonas de bellas puertas y complicados escudos de piedra, todo lo que perdura como testigo y legado de los siglos idos».

Este elogio del escritor cortesano a los humildes escritores de provincias con ser tan cumplido, tan hondo y tan sincero, no debe bastarnos.

De buena gana yo tomaría estas palabras cordiales de Fabián Vidal como punto de partida para una campaña de revisión que diese el debido realce a la obra merítisima de esos hombres entre los que se hallan a veces los espíritus más refinados, más cultos y sutiles, perdidos, anulados en la indiferencia o el desdén de estas ciudades españolas que por no haberse encontrado a sí mismas, padecen aún la necia obsesión de buscar en el centro, en esta aglutinación amorfa de nuestro centralismo, su razón de ser.

Y como ellos están vueltos de espaldas a toda esta simulación de tráfigo intelectual que por aquí se hace, quedan abandonados aun por la misma ciudad de sus amores, que pone su ideal en minar el último gesto cortesano, aunque este mimetismo sea al fin lo más triste y ridículo de las actividades provincianas, lo más deleznable y más irremisiblemente condenado.

En medio del fracaso de estas sugerencias centralistas, lo único que se salva en provincias es la obra de esos otros hombres que, desechando la atracción centrípeta, conforman su labor intelectual a un verdadero y amplio concepto de ciudadanía,

La emocionante reivindicación de Chaves, que parte del cronista granadino De Paula Valladar pero se extiende a todos los «humildes escritores» de la periferia, está en sintonía con la defensa que otros contemporáneos hicieron de las «viejas provincias españolas» frente al centralismo de Madrid, vinculando la laboriosa e ignorada tarea de estos artesanos, oscurecida por las novedades más rutilantes, a la «geografía espiritual de España».

ante el cual se ve, por el contraste, cómo la obra total del centro es una obra traducida, obra de típica provincia intelectual.

Se desestima a esos hombres, por su falta de agilidad, de dinamismo; no se advierte, en cambio, que están poderosamente enraizados y que tienen una motivación clara y sucinta.

Se les tilda de pobres de espíritu, y ya quisiéramos poner nosotros en nuestra obra la espiritualidad, la devoción, el misticismo, la abnegación que ellos ponen en la suya.

El más oscuro de estos cronistas provincianos, el más ramplón de todos, infunde a su obra un amor y una honradez que son transparencia y luz para los verdaderamente inteligentes; el más rezagado, el de mayor pereza mental, da a su obra un valor documental, una emoción, que pocas veces se logra con las lucubraciones y las ingeniosidades cortesanas.

¿Dónde están, por otra parte, aquí en Madrid la espiritualidad, la aristocracia mental, el ambiente intelectual depurado? Ni en redacciones, ni en tertulias, ni en centros culturales se halla jamás la unción, el ambiente intelectual puro de las viejas provincias españolas, de esos Archivos municipales en los que un hombre paciente y cultivado cataloga sus papeletas o devana sus filosofías.

Frente a esta visión de cultura neta y limpia, Madrid ofrece la confusión de sus ambientes literarios, sus promiscuaciones, su falta de valoración, su incapacidad para discernir.

Reparar las colecciones de periódicos y revistas, rebuscar en los puestos de libros viejos, es descubrir la absoluta falta de valor de esos novelistas de gran público, de esos cronistas brillantes que indudablemente tuvieron un momento —como éstos de ahora— en el que llenaron toda la actualidad y creyeron e hicieron creer que sus obras tenían una trascendencia y un valor intrínseco de que carecían.

A los puntos de la pluma acuden los nombres de este maestro de periodista, de aquel novelista insigne que fueron famosos un día y ya nadie les recuerda; pero ¿para qué citar con mengua sus nombres justamente olvidados, pese a la cordialidad de los supervivientes de aquellos fugaces éxitos, que quisieran hacerlos perdurables?

Nada debemos a ninguno de estos hombres; no hay ningún joven que tenga nada que aprender de ellos; es a los otros, a los humildes escritores provincianos, a quienes por lo menos deberemos algún día la geografía espiritual de España.

De ellos aprenderemos a distinguir los puntos cardinales de la espiritualidad nacional, hoy fragmentada y perdida en esos volúmenes descuidados y esos folletos mal impresos que removemos desdeñosos en los puestos de libros viejos.

II. CONSAGRACIÓN DEL PERIODISTA: EL TIEMPO AVIADOR

EL DESASTROSO FIN DE LA HUMANIDAD

1924

La vida era cada vez más difícil y el malthusianismo crecía. Sus abominables prácticas habíanse extendido no sólo por las grandes ciudades sino por las villas y aldeas, y la sencilla pastora, como la dama de gran mundo, sabían pecar y eludir la penitencia.

Llegó un momento en que nadie tenía hijos. La humanidad iba a terminar de un momento a otro. El egoísmo de esta generación postrera no se contentaba con alargar la vida todo lo posible, merced a los repetidos injertos de glándula intersticial, sino que cortaba el camino implacablemente a todo nuevo ser. No nacían niños. Y eso que los curas se partían el alma echando bendiciones nupciales y aun se escribían novelas de gran sentimentalismo.

Próximo ya el acabamiento del género humano, se enteraron los políticos de lo que ocurría. Los sociólogos dijeron que ellos estaban al cabo de la calle hacía muchísimo tiempo, pero la verdad es que nadie se dio cuenta del peligro mientras no faltaron diez o doce años, a lo sumo, para que se precipitase el juicio final.

Cundió la alarma y los sóviets de todo el mundo —porque todo el mundo era sovieta— estudiaron atentamente el problema y resolvieron sacar a los sabios de las mazmorras en que a pan y agua los tenían, demandándoles una solución inmediata para el pavoroso problema. Los sabios —que eran más sabios desde que no comían ostras, ni se daban banquetes, ni fumaban grandes puros— aguzaron el intelecto, y propusieron que en adelante los niños se hiciesen en laboratorios especiales, en los que unos matraces de nueva invención sustituirían con ventaja al anticuado e incómodo claustro materno.

Se hicieron felicísimos ensayos y se comenzaron a construir los edificios gigantescos de unas grandes fábricas de niños. El procedimiento era sencillísimo. Llegaban los presuntos padres, depositaban una moneda por una ranura, una máquina automática les extraía de un brazo, o de donde fuese, una pequeña porción de sustancia vital, se hacía de ella un cuidadoso cultivo y sin más molestia que la de pasar nueve meses después a recoger el encargo, cádate a un padre y una madre hechos y derechos. ¿Era sencillo?

Incluido en las *Narraciones maravillosas*, es probable que este irónico relato —donde como en otros casos Chaves alude también al «malthusianismo»— sea una de las primeras figuraciones que mencionan la «era sovieta» con intención distópica, en unos momentos en los que el nuevo Estado, fundado dos años antes, en diciembre de 1922, gozaba de muy alto crédito, no sólo entre los simpatizantes de la izquierda internacionalista.

Pues ni así iban. Y las fábricas soviéticas de bebés al por mayor quebraron por falta de clientes.

Los gobiernos, frente al fracaso de este sistema de incubadoras y ante los apremios del tiempo, pues la humanidad se extinguía a toda prisa, volvieron de nuevo los ojos a los sabios. Les acortaron aún más la ración, les prohibieron terminantemente las deliberaciones, las consultas y los congresos, y esperaron inquietos sus soluciones.

Al fin se presentó una, genial, radicalísima, salvadora. El mundo no se acabaría, porque, quieras que no, nacerían hijos y en grandes cantidades, como lo demandaba aquella terrible amenaza. Se había encontrado el medio de que toda semilla vital fuese fecundada. No habría escapatoria; mediante unos injertos maravillosos de no sabemos qué glándula de pescado, las mujeres tendrían hijos por cientos, por millares, por millones. El estudio de los fenómenos de la reproducción en los peces había dado la clave del problema. Se había llegado a la hueva humana.

Se empezó a usar el procedimiento y los resultados fueron prodigiosos. Matrimonios que en veinte años no habían tenido un solo descendiente, se encontraban con tres o cuatro mil hijos en pocos meses. Hubo entonces que resolver otro grave problema; el de asegurar la vida a las miríadas de seres que iban apareciendo. Nuevo injerto a las huevas y los niños en formación adquirirían tal vitalidad, que ni el calor ni el frío, ni el hambre ni la sed podían aniquilarlos. Se consiguió captar de la atmósfera los elementos de nutrición necesarios, y bastaba que los chicos aspirasen un poco de aire libre para que se sintiesen hartos, como al desprenderse del pecho de las nodrizas.

Empezó a poblarse el mundo con una rapidez incalculable. A la vuelta de cuatro o cinco años, las casas estaban abarrotadas de seres; en las calles la gente, desbordándose de las aceras, inundaba el arroyo e interceptaba la circulación de vehículos, los campos se cubrían de seres humanos que no cabían en las ciudades, y pronto, la avalancha humana llegó hasta las orillas de los mares, cayendo al agua muchos miles de personas que no tenían un palmo de tierra para posar la planta.

Cuando el Supremo Hacedor, en uno de sus ratos de ocio, revolvió el arca de sus viejas producciones, encontró a la tierra en tan terrible situación. Se horrorizó, no dejó de reprocharse su descuido, y cogiendo el mundo con unas tenazas, lo sacudió violentamente en el espacio para desprender aquella humanidad parásita. Después, lo lavó cuidadosamente con un poderoso desinfectante, lo envolvió en unas gasas deletéreas, y, junto con unas bolitas de naftalina celestial, lo envió al museo arqueológico que para su solaz y recreo tienen los dioses. Porque por allá arriba son muy aficionados a la arqueología.

EL HOMBRE QUE FUE MUJER

1925

Me ha sucedido una cosa extraña, maravillosa. Anoche llegué a casa muy cansado; estamos montando una gran maquinaria y todo el día trabajé como un jornalero. Menos mal que soy fuerte, casi un atleta. Estaba cansado, sin embargo, y apenas tuve tiempo para desnudarme y tirar los pantalones sobre el espaldar de la cama. Ni siquiera llegué a fumar mi pipa acostumbrada; a la segunda chupada estaba dormido.

Dormí bien. Cuando creí llegada mi hora de siempre me levanté, estuve lavándome y recuerdo que me dio por perfumar cuidadosamente mi pañuelo, rizarme y empolverarme. Salí a la calle andando despacito y con menudos pasos. Sin saber por qué me encontré con que llevaba en la mano una sombrilla de seda bordada. ¡Cosa más extraña! No me preocupé mucho, sin embargo. ¡Es uno tan absurdo!

Al doblar la esquina advertí que alguien me seguía. ¿Por qué? ¿Vendrán a robarme? Volví la cabeza y me tranquilicé.

El que yo creía un terrible atracador era un elegante joven que ensayaba la mejor de sus sonrisas al notar que yo volvía la cabeza. Me habré equivocado, pensé; seguramente no venía tras de mí.

Pero, sí, sí. A poco que anduve pude convencerme de que aquel almibarado jovencito venía siguiéndome. ¡A mí!

Me sentía en una situación embarazosa. Apreté el paso nervioso. Irritado, sin saber ya siquiera adónde iba. Sin darme cuenta me hallé en un paseo público casi desierto. Quise serenarme. La culpa la tenía yo, ¡qué diablo! ¡A quién se le ocurría ponerse polvos en la cara!

Mis reflexiones fueron interrumpidas por una voz insinuante que casi en mi mismo oído susurró:

—Señorita...

Estuve a punto de convertirme en estatua de sal. La voz volvió a sonar más cerca aún, si era posible:

—Señorita...

Único de los conocidos que fue publicado por *El Sol*, este relato, aún aunque posterior a la recopilación de las *Narraciones* de Chaves, se presentaba precedido en el diario madrileño del antetítulo «Humoristas españoles». Tiene la peculiaridad y la grandeza de disparar, por así decirlo, en todas direcciones, por ejemplo cuando formula esta memorable sentencia: «No se debe creer que la mujer enamorada de un idiota es tan idiota como su amado».

Me miré; la señorita era yo, Pedro Ranero, ingeniero jefe de los talleres de la ALC. Colgado del brazo izquierdo llevaba un bolso de señora, envolvía mi cuerpo un sombrero vestido de batista, unos breves zapatos aprisionaban mis pies y un sombrerito de paja adornado con flores se ceñía a mi frente. La señorita era yo. Pedro Ranero, ingeniero jefe. Sólo pude dar unos pasos vacilantes y dejarme caer en un banco. La señorita era yo.

Imaginaos mi estupefacción cuando el jovenzuelo aquel, tomando por aquiescencia mi silencio, se sentó a mi lado. Creo que ningún hombre se ha visto en un caso semejante, y confieso que no supe qué hacer. Estuve a punto de volverme hacia aquel mequetrefe y sacarle de su error, dándole a entender a puñetazos que yo era Pedro Ranero, ingeniero jefe, y no una señorita *necesitada*, como él había creído.

Pero ¿era yo realmente Pedro Ranero, ingeniero jefe? ¡Ah, si hubiese podido probarlo! Pero no podía; aquel vestidito de batista, aquellas medias de seda, y, sobre todo, aquella voccecita armoniosa que a mi pesar salía de mi garganta hacían imposible toda afirmación varonil. Opté por seguir la corriente y ver en qué pararía aquello. Ya desharé el equívoco en cuanto pueda, pensé.

Estaba seguro de mí mismo. Jamás he podido explicarme el poder de atracción que sobre las mujeres ejercen los hombres. El hombre, sobre todo cuando se dirige a la mujer en son de amor, es un ser perfectamente estúpido y desagradable. Solamente se explica la debilidad femenina por una estupidez mayor aún que la del varón. Una mujer, después de todo, es un animalillo decorativo, perfumado y suave, que halaga los sentidos; pero un hombre es un animal antediluviano de una osamenta esquinada, peludo, hiriente, hecho todo él para desagradar. Y no se me hable de imperativos del instinto y la especie en una sociedad que practica con harta frecuencia el malthusianismo. Ya sé que los novelistas eróticos explican muy detalladamente todo esto que yo no acierto a comprender claramente; pero los novelistas eróticos no me inspiran confianza. Se lo sacan todo de la cabeza.

—Señorita... yo la amo.

Estas palabras me devolvieron a la realidad de *mi estado*.

—Caballero: le ruego no insista. Sería inútil.

—Señorita...

Entablamos un diálogo que no reproduzco porque, salvando diferencias de idioma, clase social y circunstancias, es el mismo que a diario repiten en toda la redondez

de la Tierra los millones de seres que se sienten tocados de ese estúpido fervor que es la pasión amorosa.

Lo maravilloso, lo inaudito, es que yo, Pedro Ranero, ingeniero jefe —porque aunque no pudiera probarlo no tenía dudas sobre quién era yo—, presté oído a las frases idiotas de aquel jovenzuelo impertinente; y yo, Pedro Ranero, ingeniero jefe, metamorfoseado por arte de birlibirloque en una casta doncella, aunque conservase la íntima contextura espiritual de Pedro Ranero, ingeniero jefe, y tuviese plena conciencia de sí mismo y de sus juicios anteriores sobre el amor, me dejé ganar la voluntad por aquel barbilindo amanerado que, enamorándose a la alta escuela, ponía al mismo tiempo en práctica otros modos del amor no tan quintaesenciados.

Nos separamos tiernamente. Yo no dejaba de reconocer que aquel sujeto era un perfecto majadero; pero me sentía colocado bajo un signo fatal que me forzaba a rendirme. Mi voluntad se había rendido. Pero mi inteligencia no; ¡qué caray! Yo seguía percibiendo la estupidez insigne de aquel ganso, aunque un hado fatal me hiciera amarle. Entonces entreví por primera vez la tragedia femenina. Es espantosa. Hay que sentirla como yo la sentí pesar sobre mí.

Hombres sensatos a quienes irrita el espectáculo de jovencitas bellas e inteligentes, enamoradas de perfectos pingüinos; jóvenes intelectuales a quienes subleva la predilección que por los cadetes más cadetes sienten las mujercitas de espiritualidad más limpia; adversarios irreconciliables del donjuanismo, a los que crispa la debilidad femenina frente a las estúpidas bravatas del seductor: no hay que culpar a las mujeres de esta fatalidad.

Ellas son tan sensatas e inteligentes como nosotros podamos ser. Miden exactamente la fatuidad, la inopia mental, la franca estupidez de sus cortejos, y, sin embargo, les aman. Cumplen así un designio providencial. No se debe creer que la mujer enamorada de un idiota es tan idiota como su amado. Ella sabe calar hasta lo más hondo y descubrir netamente la inferioridad del hombre a quien ama. No os hagáis ilusiones, pobres hombres que poseéis las bellas e inteligentes mujeres. Ellas conocen vuestro secreto, el terrible secreto de vuestra estupidez... y os lo guardan.

Lo digo yo, Pedro Ranero, ingeniero jefe, el único hombre que ha sido mujer por arte de birlibirloque y por arte de birlibirloque se rindió también.

Todo esto me pasó un día, que no sé por qué han excluido arbitrariamente de su concierto los calendarios. Fue un miércoles, lo recuerdo bien. Aquel día me levanté y me acosté siendo mujer. Al día siguiente también era miércoles. ¡Cosa más extraña!

MOSCÚ SE DIVIERTE

1929

No creo que a raíz de haberse implantado en Rusia la dictadura del proletariado, cuando el ir bien vestido por las calles era un peligro y cuando los *cochinos burgueses*, desposeídos de todo, eran reclutados por los guardias rojos para limpiar las calles de nieve o se veían obligados a vender los periódicos bolcheviques voceando «el furibundo artículo de Zinóviev contra los burgueses», hubiese previsto nadie que diez años después se conmemoraría el triunfo de la revolución con las fiestas netamente burguesas con que se ha conmemorado en Moscú el pasado mes de octubre.

Después de once años de pesadilla, Moscú se divierte. Pero no a la manera proletaria, como quisieran los comunistas, sino a la manera burguesa; no en las grandes paradas de la Plaza Roja, ni en los pabellones del Parque de la Cultura y el Descanso, ante las demostraciones industriales y los cuadros estadísticos de la producción soviética, sino en los innumerables cabarets que solapadamente han ido abriéndose en los últimos años, los teatros, las cervecerías, los comedores de los grandes hoteles y, sobre todo, en el magnífico *music-hall* de Moscú, que con sus muchachitas amables y su champán francés a ciento veinte rublos, no tiene nada que envidiar a los más famosos del mundo capitalista.

En este momento la atracción más formidable de Moscú son las *girls* del *music-hall*, que todas las noches lanzan al aire sus pantorrillas para regocijo de los proletarios como antes danzaban en honor de los señores burgueses. La aparición de estas *girls* en el panorama de la Rusia roja representa la consolidación definitiva del gobierno de Moscú y el fracaso de la moral comunista. Se ha creado una nueva burguesía.

No se trata ya de un espectáculo de arte puro encaminado al ennoblecimiento espiritual de las masas, como las exhibiciones de danzas clásicas por las alumnas de la escuela de baile de la Duncan, ni del Teatro de Arte de Stanislavski, ni de las óperas del Gran Teatro, sino de una diversión netamente burguesa, de un esparcimiento frívolo, propio para gente que quiere hacer fácilmente su digestión sin complicaciones espirituales. Chicas desnuditas, movimientos automáticos, música de negros, posturas grotescas. Típica diversión para burgueses.

Publicado por *Estampa*, este delicioso reportaje no fue aprovechado por Chaves, al contrario que otros concedidos en el mismo viaje, para *La vuelta a Europa en avión*, pero se basa asimismo en las observaciones del cronista durante su estancia en el país de los sóviets. Sorprende la mordacidad con la que Chaves refleja lo que otros muchos viajeros de todas las nacionalidades no *veían*, en sus rituales visitas al edén proletario.

Yo me imagino la indignación que este renacimiento de los gustos burgueses producirá en los comunistas de pura sangre, en aquellos delirantes que declararon el charleston baile inmoral y contrarrevolucionario. La inmensa mayoría de los bolcheviques cree de buena fe que el comunismo ha creado un nuevo tipo moral que repudia los halagos a la sensualidad, el sentimentalismo, el rebajamiento de la dignidad humana, toda la inmoralidad del régimen capitalista. Yo he hablado con militantes que hacían una vida austera de proletarios y se mostraban implacables ante la complacencia en las superfluidades y la frivolidad. Recordaban a cada paso como una advertencia profética la frase de Lenin: «Hemos dado muerte a la burguesía; pero su cadáver está aquí, pudriéndose y enrareciéndonos el ambiente». La profilaxis contra las toxinas burguesas era implacable: gimnasia, música sinfónica, teatro de arte, bibliotecas, controversias oratorias... El comunismo concebido como una religión.

Pero pasado el fervor de los primeros tiempos de la revolución, esta disciplina proletaria empieza a relajarse.

Moscú quiere divertirse. Los obreros empiezan a desinteresarse de los problemas sociales; están cansados; son ya demasiadas luchas, demasiados discursos, demasiadas votaciones. Quieren divertirse un poco.

El gusto antiguo por las comodidades de la vida, el vestido elegante y la casa confortable, renace. En las funciones del Gran Teatro aparecen tímidamente los primeros *smoking* y los primeros descotes. Las heroínas de la revolución, que perdieron su juventud en cárceles y deportaciones, se visten ahora con trajes claros y se adornan con pamelas floridas para agradar a los jovencitos que salen del Komsomol, a los que con tanta buena voluntad ayudan en los comienzos de su carrera política desde los altos puestos que desempeñan, como premio al heroísmo de su juventud perdida en la lucha revolucionaria.

En los grandes hoteles crece de día en día ese ambiente de frivolidad y cosmopolitismo característico de las grandes urbes capitalistas.

En el Hotel Savoy, por quince o veinte rublos diarios, uno dispone de un cuarto suntuoso con un magnífico lecho de bronce, unas ostentosas cornucopias, unas telas francesas con grandes marcos dorados, un bolchevique que le pone a uno el abrigo y otro que le lustra los zapatos... Finalmente, ahora, en el *music-hall*, el halago sensual de esas treinta *girls* americanas con sus danzas descoyuntadas, la vajilla de plata repujada y el champán en las copas de bacará.

Moscú se divierte. Como cualquier putrefacto país capitalista.

EL ANSIA DE PAZ

1929

A paso ligero los excombatientes han tardado más de hora y media en desfilar, formados en columna de honor, ante la tumba del soldado desconocido, este símbolo que cualquiera de ellos pudo haber encarnado. Se rendía así homenaje a la memoria de Clemenceau, el gran muerto escamoteado a la pompa de los funerales oficiales.

Entre dos filas de soldaditos jóvenes y bizarros, que presentaban armas correctamente, los viejos *poilus*, encerrados en sus gabardinas y sus abrigo burgueses y cubiertos con sus hongos y sus flexibles estrictamente civiles, han pasado aprisa y con aire desgarrado, sin saber marcar el paso, rota la uniformidad militar de sus filas por el ritmo sincopado de sus piernas de palo. Sorprende gratamente que estas legiones que ganaron la guerra no tengan ningún aire militar. Sólo los excombatientes que se agrupan al desfilar bajo las banderas de L'Action Française conservan profesionalmente el aire belicoso, mueven los brazos a compás y taconeán bizarros. Los demás, el buen pueblo que por la fuerza de las circunstancias se vistió el uniforme y ganó la guerra, pasa con un aire sencillo de gente que ha hecho su trabajo. Viéndolos desfilar se deshace el temor de que esta gran parada de excombatientes sea —como han insinuado algunos periódicos de la izquierda— más bien que un homenaje al «padre de la victoria», un acto de afirmación nacionalista y de fe en el militarismo. No; no hay que temerlo. El espectáculo que da a los jóvenes esta generación que hizo la guerra, estos hombres de treinta y cinco a cincuenta años, con sus miembros amputados y sus rostros trabajados por el sufrimiento, no es un espectáculo a propósito para encender los fervores guerreros.

Esta mañana yo he sentido más netamente que nunca el horror a la guerra y el odio a su barbarie al ver pasar a la cabeza del cortejo aquel pelotón vacilante de los ciegos de la campaña, que se apretaban unos contra otros y se daban las manos para avanzar formando un bloque por la amplia calzada de los Campos Elíseos, flamantes de banderas que ellos no podían ver. Ninguna propaganda antimilitarista tendrá nunca la eficacia que aquella horrible procesión de los grandes mutilados hundidos en sus cochecitos.

Desconocida hasta hace muy poco, esta espléndida crónica parisina, publicada por *El Liberal* de Madrid, es una de las más hermosas formulaciones de pacifismo que hemos leído nunca, escrita en un momento en el que el movimiento empezaba a poblarse de insidiosos quintacolumnistas al servicio de las potencias totalitarias.

No importa que entre los humildes trabajadores de la victoria vayan los militantes de L'Action Française, ni que los muchachitos de la Juventud Patriótica voceen estentóreamente sus periodiquitos de combate, en los que insultan a Briand y claman contra el internacionalismo. La humanidad camina lentamente; la experiencia se pierde al pasar de una generación a otra, y estos muchachitos ¡son tan jóvenes, tan fogosos! Pero no importa. Ha habido un momento en el que la manifestación se ha detenido súbitamente y todo ha quedado suspenso. Ha sonado el cañonazo que marca el minuto de silencio, y los millares de seres congregados alrededor del Arco de la Estrella, inmóviles y silenciosos, se han encontrado de improviso a solas con su pensamiento. Si hubiese sido posible saber lo que en ese minuto de silencio ante la tumba del soldado desconocido pensaban los millares de almas allí reunidas para rendir homenaje al vencedor; si hubiese sido posible penetrar durante ese minuto de reposo en la conciencia de los que hicieron la guerra y de los que la vieron, de los viejos y los jóvenes, los de la derecha y los de la izquierda, quizá se encontrase como denominador común un sentimiento colectivo más fuerte que todos, un sentimiento universal que a veces se esconde vergonzosamente y a veces aparece desvirtuado, pero que siempre alienta en lo más hondo de todo hombre civilizado: el ansia de paz.

Tres horas después de la gran parada de los excombatientes se han reunido en Champigny los socialistas y pacifistas, con asistencia de varios compañeros alemanes, para rendir homenaje a los muertos —alemanes y franceses— de la guerra del 70. Ha sido una contestación al posible significado nacionalista del acto celebrado ante la tumba del soldado desconocido. León Blum, Albert Thomas y el diputado del Reichstag Wels han gritado la voluntad de paz que hoy mueve al mundo y han condenado la guerra con sus más fervientes palabras.

Pero así como los socialistas recelan del pacifismo de los excombatientes, los comunistas niegan el pacifismo de la Segunda Internacional, cómplice del imperialismo, a la que acusan de preparar la guerra contra Rusia. Y entrometiéndose provistos de silbatos en el mitin de Champigny, los comunistas han organizado una contramanifestación en favor de la paz universal.

Y para que la jornada fuese completa, yo, que he visto de cerca el terrible militarismo de la URSS, que he presenciado sus grandes paradas militares y he advertido la preparación bélica del proletariado bolchevique, hubiese deseado que existiera en París un núcleo de manchúes capaces de organizar a su vez una manifestación pacifista contra el comunismo de Moscú imperialista e invasor de Manchuria.

MONTMARTRE, SEDE DE LA FLAMENQUERÍA

1930

EL MAESTRO JUAN MARTÍNEZ

¿Quiere usted admirar el baile flamenco? ¿Le gusta un bolero bailado con estilo? ¿Le interesan las danzas populares de Andalucía? ¿La Farruca? ¿El garrotín? ¿Quiere usted ver cómo el baile flamenco clásico se estiliza y depura? Pues vaya usted a París.

—¿A París para ver el baile flamenco?

—Sí, señor; a París. No busque usted buenos bailarines flamencos en España. Salvo en algún rincón castizo de Barcelona, no encontrará usted en toda la Península la ocasión de admirar unos *panaderos* bien bailados. Hay que ir a Montmartre y buscar al maestro Juan Martínez, el depositario de la buena tradición del baile flamenco, el único que todavía hoy baila como mandan los cánones; o a Vicente Escudero, el vanguardista revolucionario del flamenco; o a doña Antonia Mercé, la *Argentina*; o a Miralles, o la *Teresina*, o a la *Joselito*...

El baile flamenco se ha acabado en España. Lo desdeñábamos, lo poníamos en ridículo, y emigró. Se ha ido; sin que nos demos cuenta siquiera, se ha ido. ¿A que no recuerda usted haber visto bailar flamenco en ningún sitio desde hace un año? En cambio, en París yo he visto el triunfo clamoroso de un *bolero español* en una *soirée* memorable en la que se exhibían, desde las danzas clásicas de los discípulos de Diáguilev a los pasos litúrgicos de los japoneses y los bailes populares nórdicos de la Balashova.

El maestro Juan Martínez, bailarín flamenco, hijo de bailarín flamenco, que ha recorrido el mundo entero ofreciendo la maravilla de su arte, me dice en este rinconcito de la Place Pigalle, donde los *flamencos de París* han fijado su sede:

La famosa crónica de *Estampa*, al margen de su encanto y de su valor documental en relación con la importante presencia del flamenco en el París de entreguerras, donde brilló como ninguna otra la figura del sin par Vicente Escudero, tiene como se ha señalado tantas veces el interés añadido de presentar por primera vez al hombre —bien real, como muchos otros de los que cruzan esas páginas prodigiosas— que protagonizó con su nombre *El maestro Juan Martínez*. También es habitual citar, y lo hacemos de nuevo aquí, la frase con la que Chaves define su método de un modo que alcanzará su máxima expresión en el *Belmonte*: «Claro que el maestro Juan Martínez no dice estas mismas palabras. Él habla a su modo, con sus imágenes castizas plagadas de galicismos; pero a lo largo de su charla internacional, que pondría los nervios de punta a un académico, yo sé que quiere decir eso; y lo traduzco así». Lo cierto es que todos los entrevistados de Chaves se expresan, como esos personajes en los que se nota la mano del autor, con una sintaxis impecable, por fortuna para ellos y desde luego para los lectores.

—En España se ha perdido el gusto por el baile flamenco clásico. Hay todavía quien sabe bailar, pero tiene que olvidarlo porque del baile nadie puede vivir allí. Yo he visto, con pena, cómo al flamenco le meten pasos de baile ruso y cómo lo descoyuntan convirtiéndolo en un ejercicio, sin gracia, de contorsionistas o gimnastas. Al público no le gusta más sino que el bailarín se tire al suelo y dé grandes porrazos. ¡Cuándo se ha visto eso en el flamenco, Señor!

»En todo el mundo no había un baile como el nuestro —sigue diciéndome el maestro Juan Martínez—; yo he tenido en mi academia a los bailarines más famosos, que han venido a aprender los pasos del flamenco; bailarinas rusas, bailarinas de puntas; todas han venido a caer en *lo nuestro*, sorprendidas y maravilladas. Últimamente vino a verme una muchachita americana que, según me dijo, quería aprender el flamenco, por afición. Desde el primer momento me di cuenta de que se trataba de una bailarina profesional, y terminó confesándome que, efectivamente, tenía una academia de baile en Norteamérica y había venido a París para aprender nuestro arte y enseñarlo después a sus discípulas.

»Son unos cuantos artistas, amantes verdaderos de su arte, los que desde el extranjero conservan la tradición del buen baile. En París hay siempre una sala en la que puede admirarse un buen número de baile español. Esto, sin contar las *soirées* privadas, lo que pudiéramos llamar *flamenco di camera*, ni las atracciones españolas de los cabarets y los *music-halls*. A pocos pasos de aquí tenemos, en el corazón de Montmartre, el Cabaret Sevilla, donde triunfan la *Joselito* con su farruca y Montoya con su guitarra.

Pero, sobre todo, en París está el centro de contratación de artistas para el mundo entero, y nuestros bailarines flamencos salen desde aquí para Egipto, los Balcanes o América. En todas partes el flamenco sorprende y entusiasma. En todas partes, menos en España...

Y el maestro Juan Martínez considera el destierro de los flamencos con la misma tristeza de todos los desterrados.

El virtuoso del flamenco, Vicente Escudero —este vanguardista rabioso, este flamenco, pasado por Picasso, que sale a bailar estilizaciones rítmicas de Falla con unas castañuelas de hierro—, viene y me dice:

—¿Cree usted que España está preparada para unas exhibiciones de flamenco?

—Hombre; la verdad, no sé. Su flamenco de usted es una cosa ya tan europea, tan quintaesenciada, que a lo mejor los flamencos de allí no lo entienden.

—Yo quiero ir a España, pero tengo miedo. Ahora mismo vengo de hacer una *tournee* por Turquía, Rumanía, Bulgaria, Egipto, Grecia, etcétera. En todas partes mi arte ha sido admirado y respetado. ¿Lo estimarán igualmente en España? ¡Hay por allá abajo tan poca estimación por el buen baile!

—Realmente —tengo que decirle—, en España, los bailarines de flamenco tienen en este tiempo poco éxito; pero lo de usted, a pesar de ser netamente flamenco, acaso lo reciban ahora como cosa nueva, y a través de sus estilizaciones lo acepten y les entusiasme pensando que es un exotismo. Vaya usted a bailar en España. Yo no me atrevo a profetizarle nada, pero creo que debía usted ir...

—No sé; no sé. ¡Tengo tanto miedo a no gustar en España!

Me he quedado un poco perplejo. La verdad; lo esperaba todo menos esto de que se pueda bailar flamenco en todo el mundo menos en España.

He ido esta tarde a la clase de baile flamenco del maestro Juan Martínez, en el corazón de Montmartre. Muchas alumnas; francesas y españolas. Nada de baile clásico, ni de puntas, ni de sociedad; flamenco puro.

El maestro me presenta a algunas de sus discípulas francesas.

—Ésta, Suzanne —me dice—, parisién castiza, baila mejor que muchas que han nacido en la Cava. Aquella otra es una señorita de la buena sociedad francesa que baila flamenco por afición. El éxito del flamenco en los salones es cada día mayor y, como ésta, hay muchas damitas francesas que sueñan con el éxito de una farruca bien bailada en el círculo de sus amistades.

»No se sospecha siquiera en España lo que es nuestro baile. No hay más que repasar mentalmente las diversas clases de danza que existen desde que el mundo es mundo. Entre las cuatro o cinco maneras de bailar que la humanidad ha tenido, cuenta como cosa fundamental el flamenco. No hay nada igual. Y, créame usted, muchos bailarines clásicos, de esos que resucitan movimientos y actitudes de la Antigüedad, quisieran tener en la masa de la sangre el brío, el impulso vital que hace falta para acometer un *bolero*.

Claro es que el maestro Juan Martínez no dice estas mismas palabras. Él habla a su modo, con sus imágenes castizas plagadas de galicismos; pero a lo largo de su charla internacional, que pondría los nervios de punta a un académico, yo sé que quiere decir eso; y lo traduzco así.

—Vienen también —agrega— algunas artistas españolas, que se presentan en París a triunfar, a las que se les ha olvidado al salir de España lo más importante:

II. CONSAGRACIÓN DEL PERIODISTA: EL TIEMPO AVIADOR

aprender a bailar flamenco a conciencia. Cuando ya están aquí es cuando sienten, o se les hace sentir, esa necesidad, y entonces vienen a que yo les ponga unos cuantos bailes castizos. Pero esto no lo diga usted.

Debo decirlo, maestro Martínez. Hay que decir que es en París donde se enseña y se aprende a bailar flamenco; donde el artista flamenco puede ganar su pan, con más o menos dificultades, pero con la posibilidad de subsistir, y donde hasta pueden emprenderse grandes aventuras de arte puro, como las de Antonia Mercé y Vicente Escudero, a las que el público responde con tanto entusiasmo y generosidad.

[NUEVO PERIODISMO]

1929

Esto de obra periodística, al no profesional, y aun a muchos profesionales, se les alcanza difícilmente. Para la gente, hay sólo el literato o el científico que escribe en los periódicos al que se respeta —se entiende por respetar el no leer—, y el antiliterato o anticientífico, es decir, el reportero, una especie de agente iletrado que acarrea noticias. Ésta es opinión, no sólo del vulgo, sino de hombres como Baroja, que establecía aquella injusta división de «periodistas de mesa» y «periodistas de patas». Esto acaso fuese cierto en el periodismo del siglo pasado, cuando los campos no estaban deslindados como hoy y en las redacciones había unos tipos de literatoides o politicoides que querían ser académicos o directores generales sin fuerzas para ello y navegaban al socaire del periódico, asistidos por unos pobres diablos menesterosos que les llenaban las hojas, aportando noticias redactadas con una prosa auténticamente vil que se retribuía con setenta y cinco pesetas de sueldo al mes y una especie de patente de corso. El periodismo no es esto. Parece mentira que aún sea necesario decirlo. Pero todavía, cuando se habla de virtudes periodísticas, la gente que es incapaz de aquilatarlas, piensa en virtudes embozadamente literarias, científicas o filosóficas. Y no es eso.

Aquel buen hombre analfabeto que antes iba a los ministerios a recoger las notas oficiosas no tiene entrada hoy en las redacciones. Tampoco tienen nada que hacer los literatos y los hombres de ciencia al viejo modo, aquellos caballeros necios y magníficos que creían estar haciendo labor creadora o investigación seria cuando se sacaban artículos de la cabeza sobre todo lo divino y lo humano entre el reparto de una edición a los suscriptores y el cierre de otra. No se ha fijado bien la atención en lo incorrecto, lo incivil y antieuropeo que era el articulista clásico que todas las mañanas ponía el paño al púlpito y discurseaba a su albedrío. ¿Por qué? El nivel de

Tomado del muy relevante «Prospecto» a *La vuelta a Europa en avión*, menos citado que el celeberrimo de *A sangre y fuego*, pero fundamental para entender de qué hablamos cuando nos referimos al *nuevo periodismo* de Chaves y de su generación, en la que hubo otros periodistas de primera línea, este fragmento —y el prólogo completo, acogido a la autoridad de Keyserling— es de lectura obligada si se quiere contextualizar su forma de cultivar la crónica. Antes nos ha dejado, en palabras aquí no recogidas, su definición de *libro periodístico*: «el traslado al volumen de la técnica del periódico». Que además llevara a este último, como harían después muchos otros, las técnicas de la literatura, es la razón por la que ambas dedicaciones son casi indisolubles en su caso.

la cultura media del lector de periódicos es el mismo del señor que hace los artículos. Imagínese lo grotesco que sería un tipo que por las mañanas se introdujese en nuestro despacho y, sin título ninguno para ello, se pusiese a hablarnos *ex cathedra*, hoy, del concepto de protectorado civil, mañana del problema de las deudas de la guerra, pasado mañana del moderno arte ruso. «¿Usted por qué opina? —le preguntaríamos—. ¿Es que una elemental destreza verbal le autoriza para agraviar a unos cuantos miles de lectores que tienen por lo menos una cultura equivalente a la suya?» En definitiva, eran unos negros catedráticos que escribían para un público de negros. El público lector no es esa masa semianalfabeta a la que cualquier cosa que se le eche será buena. Sería curioso conocer la opinión del lector medio sobre ese señor articulista (Fulano, Mengano o Zutano) que todas las mañanas le mete por debajo de la puerta sus impertinentes prosas.

Para ponerse a escribir en los periódicos hay que disculparse previamente por la petulancia que esto supone, y la única disculpa válida es la de contar, relatar, reseñar. Contar y andar es la función del periodista. Araquistáin en su viaje a las repúblicas americanas, Luis Bello en su visita a las escuelas de España, Álvarez del Vayo en sus frecuentes excursiones por el panorama espiritual de Centroeuropa, y algún otro, son claros ejemplos de este periodismo nuevo, discreto, civilizado, que no reclama la atención del lector si no es con un motivo: contarle algo, informarle de algo.

[EL TIEMPO ES AVIADOR]

1929

El tiempo es aviador y hay que hacerse un poco aviador. Una buena butaca y un cigarrillo a dos mil metros de altura, en el interior de uno de esos confortables aviones modernos, puede transformar la estética contemporánea más hondamente que cien polémicas a ras de tierra.

El paisaje lo ha ido construyendo —interpretando— el hombre a lo largo de los siglos, según su visión puramente horizontal. Pero visto ahora vertical u oblicuamente, el viejo paisaje del terrícola repugna a la mirada del aviador. El mundo es feo desde allá arriba; feo y mezquino. Cuando vuelen diariamente millares de personas se irá modificando la estructura de las casas, las ciudades y los campos. Una ciudad vista desde un aeroplano pierde toda su gracia y su sentido horizontales.

En un viaje aéreo, lo primero que salta a la vista es la despoblación. Pasan bajo el aeroplano kilómetros y kilómetros de corteza terrestre sin un vestigio de vida, y se tiene la impresión de estar volando sobre un planeta deshabitado. Se ve la tierra intacta, inexplorada, aburriéndose en la espera inútil de gandules a quienes mantener. Abarcando de una sola mirada un panorama de centenares de kilómetros, en los que apenas se divisa una casita perdida, se ve que este gran queso que es el planeta está apenas empezado. Somos pocos; cabemos más, muchos más. El hombre no ha tomado posesión de la tierra más que porque se la ha repartido teóricamente.

Muy de tarde en tarde se ve, como una esponja, un pueblo. La fuerte cohesión de sus calles, el color amarillento de sus tejados y sus viviendas amontonadas le hacen ser exactamente como una esponja. En la inmensidad deshabitada, esa aglomeración súbita de gentes que es un pueblo, da la impresión de que el hombre, en los miles

Este otro fragmento, reelaborado muchas veces por Chaves y aquí tomado del primer capítulo de *La vuelta a Europa en avión*, también merece ser recogido como expresión de esa modernidad que Chaves —al contrario que algunos de sus compañeros de oficio, en los que pesaba demasiado la herencia de la crónica *modernista*— asumía como imperativo de su época. E importa precisar que ese relativo filoneísmo no se opone a una desconfianza de fondo respecto a la lectura entusiasta que hicieron, además de los autores de la *avant-garde*, muchos de los escritores e intelectuales que se dejaron seducir por la estética fascista, como pone ejemplarmente de manifiesto otro pasaje del mismo libro: «Se necesita ser tan idiota como Marinetti para rendirse así a una cosa inferior. Creo que, por el contrario, el hombre de verdadero espíritu, el que tiene la plena conciencia de que, a pesar de todos los prodigios de la técnica, son las fuerzas puramente espirituales las que rigen el mundo, afirma su personalidad precisamente cuando se siente rodeado de ese estrépito de la mecánica».

de años que lleva sobre el haz de la tierra, no ha conseguido salir todavía de una vida rudimentaria de animal perteneciente a las especies inferiores. Desde una altura de dos mil metros se ve que tenemos sobre la Tierra la misma fórmula primaria de existencia social que las esponjas en el fondo de los mares.

La Tierra —esto se ve enseguida— no es nuestro domicilio natural. La Tierra es una vieja calva, fea, llena de arrugas, basta y grandota, con la que no puede uno entenderse. Más que nuestra madre la Tierra, es nuestra tía la Tierra; nuestra tía abuela.

Cuando se la mira atentamente a una distancia adecuada, se advierte que es demasiado vieja para ser nuestra madre; no nos forjemos ilusiones; no somos sus hijos. Seguramente ella no nos considera más que como una despreciable degeneración de su descendencia. Sospecho que, mejor que con nosotros, se entendía esta vieja gruñona con aquellos animales fabulosos de ochenta o cien metros, aquel mamut y aquel ictosaurio prehistóricos a los que debió acoger en el regazo de sus valles más amorosamente que a nosotros. A nosotros nos tolera por desidia; es una vieja sucia que por no sacudirse aguanta este enjambre de piojos que es la humanidad.

Cuando viajen todos en avión se tendrá otro concepto de las cosas. Hay que ir haciendo un «modo aviador». Hasta ahora el hombre, cuando volaba, no hacía más que maravillarse; tenía un aire maravillado de ave de corral a la que súbitamente le hubiesen nacido unas potentes alas. Y se limitaba a cantar el prodigio del vuelo con ese cacareo que han tenido hasta ahora todos los cantores del aire, incluso D'Annunzio, más gallina asustada y cacareante que nadie. El «modo aviador», el sentido cotidiano del vuelo, es cosa que empieza a formarse ahora. Es preciso que viajen en avión todos, los tenderos y los canónigos y las amas de cría. Mientras la acción de volar no sea universal no haremos nada. Ejemplo: la lección de fluida persistencia que nos da la estela de un buque en el mar. Esa cosa movediza y cambiante que son las aguas del mar al abrirse, tiene, vista desde el avión, una fijeza indestructible. La estela de un buque en el mar es la cosa más duradera, más permanente y exacta del mundo. Mientras los horteras no digan a sus amantes, como símbolo de firmeza, que serán tan constantes como la estela de un barco en el mar, no habrá triunfado el «modo aviador», las incorporaciones de la acción de volar a la sensibilidad humana.

Ya hay bastantes aportaciones. La aviación ha empequeñecido el mundo. Terminará por transformar radicalmente el sentido que de él teníamos. La Tierra, hasta que los

aviones empezaron a surcarla, no tenía la medida de lo humano. Era demasiado grande para nosotros, que de hecho habíamos de sentirnos en ella como ratoncitos perdidos en alguna sala de un inmenso palacio. Hoy hemos tomado posesión de ella y ya podemos poner en nuestras tarjetas de visita, sin ninguna prosopopeya: «Fulano de Tal, habitante del planeta Tierra». Esto era lo que nos faltaba: tomar posesión auténticamente.

El hombre civilizado no estaba satisfecho mientras no le fuese posible recorrer íntegramente su dominio, pero sin riesgos ni heroísmos, y en poco tiempo. Era necesario saltar de uno a otro continente con la misma sencillez con que se pasa de una habitación a otra dentro de casa.

Ya sé que ésta no es una necesidad cotidiana. Para vivir bastan unos metros cuadrados de tierra; pero éste era un problema previo de soberanía. El emperador no conoce seguramente sus estados y ni siquiera los salones de su palacio; le basta con un cuartito donde tiene una cama, una mesita y un rayo de sol. La vida no exige más. Pero para sentirse emperador, para serlo, ha de satisfacer esta necesidad espiritual de tener bajo su planta sus estados. No hace falta que los recorra; le basta con poderlos recorrer.

Esto es lo que, gracias a los aviones comerciales, puede hacer hoy el hombre en su planeta.

Todos los esfuerzos de la humanidad han sido para esto: para que yo ahora, sencillamente, sin ninguna molestia ni heroicidad, me acomode en un butacón de la confortable cabina de uno de estos pajarracos metálicos y salga a dar la vuelta a Europa en unas cuantas jornadas con mi estuche de aseo, unas camisas, unos pijamas y unos libros. Los quince kilos de equipaje reglamentario. No se necesita más.

NOVELA DE LA VIEJA BAILARINA Y EL GRAN DUQUE ARRUINADO

1931

El gran duque Andrés Vladímirovich, primo del zar y nieto de Alejandro II, general del ejército ruso, ayudante de campo del emperador, senador, caballero de la orden de San Andrés, de la del Águila Negra y de la de los Santos Cirilo y Metodio, etcétera, completamente arruinado en la emigración, contrajo matrimonio desigual en Cannes hace varios años con la famosa bailarina rusa Matilda Félixovna Kschesinskaia, mujer de gran historia y quince años más vieja que él.

Esta figura de la célebre bailarina Kschesinskaia, hoy gran duquesa, es una de las más novelescas de la emigración rusa. He ido a verla a la academia de baile clásico que tiene establecida en París, en la Rue Vion-Whitcomb. Cuando me la presentan, se halla en medio del salón de su academia vestida con una tunicuilla somera y dando lección a sus alumnos. Es una mujer de edad indefinible, pequeña, sarmentosa, toda nervios, que grita y salta como un mono con una agilidad inconcebible a los sesenta y seis años que tiene.

He charlado con ella, no sin emoción. Esta mujer pequeñita y con la cara surcada por terribles arrugas en las que el sudor va depositando el colorete en grotescas estrías a medida que el violento ejercicio de la lección de baile agota su resistencia, fue la mujer más famosa de la Rusia imperial, la que mejor conoció el fausto de la corte de los zares, la amada del zar Nicolás II.

Alumna desde su infancia de la Escuela Imperial de Danzas hizo una rápida y brillante carrera artística. Codiciada por todos los grandes señores de la corte y mimada por los públicos, se encontró en el momento culminante de su existencia con el amor apasionado del zarévich adolescente. Era en la época fastuosa de los últimos años del reinado de Alejandro II y Matilda Félixovna Kschesinskaia tuvo el orgullo de sujetar encadenado a sus caprichos de artista al heredero del trono de los Románov. La historia de aquellos amores daba a la bailarina en todo el imperio el prestigio de mujer excepcional y maravillosa. Lo que debió ser su vida en aquella

Resulta difícil elegir entre las mil historias, más o menos dramáticas o tragicómicas, que se contienen en el gran libro reportaje *Lo que ha quedado del Imperio de los zares*, algunas tan maravillosas como la del desdichado artista Beklemíshev y sus hijas Cleopatra y Catalina, por citar otra de nuestras preferidas, pero elegimos esta por lo que tiene de representativo de la mezcla de humor y compasión que impregna la mirada de Chaves.

corte de lujo asiático es difícil imaginarlo. Yo he querido, inútilmente, evocar su pasado, descubrir su ademán y su gesto pretéritos plantado ante esta ruina de personilla con los nervios disparados que patalea penosamente para ganar diariamente su pan dando lecciones de baile en esta academia de un barrio de París. Es casi imposible descubrir en ella el trazo de la que fue el primer amor de Nicolás II el Taciturno.

Llegó a ser fabulosamente rica. Tuvo en San Petersburgo un suntuoso palacio en el que reunió todas las cosas gratas de la tierra, las obras de arte inimitables, los muebles costosísimos, la decoración miliunanochesca, las joyas, las pieles, el más alquitariado confort... Su vida debía ser para la pequeña Matilda como un cuento de hadas.

Pero vino la revolución. Hubo que abandonarlo todo y huir al extranjero. El soberbio palacio se clausuró y quedó solitario en espera de tiempos mejores. Los tiempos mejores no llegaron, sin embargo. Mientras la bailarina recorría Europa manteniendo su tren de vida fastuosa, la revolución iba apoderándose, casa por casa y piedra por piedra, de toda Rusia. Un día llegó a Petrogrado un personaje implacable, animado y sostenido por un oscuro poder que buscando alojamiento para su cuartel general vio el palacio de Kschesinskaia y con ademán imperial lo mandó abrir y se plantó en medio de sus salones pisando con sus botazas llenas de barro las ricas alfombras, Lenin.

El palacio de la vieja amada del zar fue el primer alojamiento de Lenin y el pequeño grupo de bolcheviques que Alemania depositó en Rusia con el ademán del que prende fuego a la mecha. Desde aquel momento, el palacio de la bailarina se convirtió en el foco de agitación más formidable de Petrogrado. Lenin y sus lugartenientes, Trotski y Zinóviev, fraguaban sus planes de destrucción del Imperio ruso en aquellas estancias confortables, llenas de bibelots. Allí, entre aquellos cojines y aquellas tapicerías, el hosco economista que había padecido hambre y odio durante toda su vida y su mujer, la Krúpskaia, que jamás debió rendirse a un halago sensual, debieron sentir exacerbada, al roce con el bienestar, su pasión antiburguesa. Todos los días acudían a la puerta del palacio de la bailarina millares de obreros y soldados rebeldes que iban a pedir aliento y orientación a aquel hombre terrible. Desde los balcones del palacio de la Kschesinskaia pronunció Lenin una de sus más terribles arengas encaminada a lanzar a las masas contra la Duma para derribar al gobierno de Kérenski. Aquel palacio, nido de bolcheviques, llegó a ser la obsesión del gobierno provisional. En varias ocasiones los *junkers* se ofrecieron a Kérenski para asaltarlo y acabar con el grupo de los agitadores. Pero Kérenski no se atrevió. Sólo en el mes de julio, cuando Lenin vio que sus gentes habían sido derrotadas en el primer in-

tento de tomar el poder se decidió a abandonar el famoso palacio ya desmantelado, arrasado por el paso de aquellas muchedumbres que iban a buscar impulso para su instinto destructor en sus cuidados salones.

Mientras, la Kschesinskaia deshacía en Europa los restos de su fortuna y al fin tropezaba en la Costa Azul —refugio predilecto de los aristócratas rusos emigrados— con otra víctima de la revolución: el gran duque Andrés. Unieron su infortunio y se casaron.

Pero el haberse convertido en gran duquesa no resolvía los problemas económicos de la arruinada bailarina. El gran duque Andrés era pobre. Había que ganarse la vida, y la Kschesinskaia, al cabo de sus años, se plantea el problema de empezar a vivir. Montó entonces en París esta academia de baile clásico en donde la hemos encontrado entregada a su dura faena. Durante seis u ocho horas diarias la que en otro tiempo fue amada por Nicolás II, la actual esposa de un gran duque, lucha para vencer la torpeza de sus alumnos a los que lentamente va iniciando en los secretos del baile de puntas. Es una faena abrumadora. El piano repite mil veces los mismos compases, y al tiempo que sus alumnos, la Kschesinskaia salta y piruetea, sudorosa, acansinada, interrumpiendo el ritmo a cada instante para formular sus observaciones, marcando uno a uno los pasos.

—*Odyin, dva; odyin, dva, tri...*

Otra vez.

—*Odyin, dva; odyin, dva, tri...*

Y así una vez y otra y mil, hasta caer rendida en una silla con sus sesenta y seis años angustiosamente extenuados. Creo que en la Rusia soviética habrá pocas mujeres del proletariado que se ganen la vida tan penosamente como esta gran duquesa.

El gran duque Andrés, su marido, sigue siendo el gran señor de siempre. Conserva sus maneras impecables de miembro de una casa reinante aparejadas con una simpática y condescendiente amabilidad. Algunos días aparece por la academia de baile de su mujer con los bolsillos llenos de bombones y con ademán de gran señor los reparte entre las alumnas al tiempo que les acaricia paternalmente la barbilla.

Es todo un gran señor.

III. LOS AÑOS DE LA REPÚBLICA: UNA ESPERANZA MALOGRADA

COMUNISMO INDÍGENA

1931

Los que hablan con pavor de la propaganda comunista en los campos andaluces no sospechan siquiera la invencible resistencia que los agentes del comunismo encuentran en Andalucía y la decidida repugnancia con que les miran las masas trabajadoras. No hay peligro comunista en Andalucía. Se podría impunemente sembrar el campo andaluz de agentes soviéticos con la seguridad de que mientras más intensa fuese su propaganda más ferviente e irritada sería la repulsa de los braceros. Hay quienes creen que estos movimientos rebeldes de ahora son los primeros brotes de un sarampión revolucionario que se inicia gracias al relajamiento de la disciplina social que ha provocado el cambio de régimen. Olvidan que la historia de las agitaciones obreras en Andalucía tiene ya muchos capítulos y que el comunismo bolchevique, que riñó aquí su batalla en 1917, tiene perdida toda esperanza, hasta el extremo de que cuando se decide a actuar tiene que enmascararse. No hay agente soviético que sueña con hacer prosélitos entre los braceros andaluces con el programa del Partido Comunista en la mano. El comunismo, para actuar aquí, tiene que dejar de serlo y convertirse en anarquismo, sindicalismo, comunismo libertario o radical socialismo revolucionario.

¡Que vayan a decirle a los braceros andaluces que hay que instaurar la dictadura del proletariado, que es preciso robustecer el Estado, mantener un formidable Ejército Rojo y como primera providencia fusilar a los discípulos de Kropotkin, Bakunin y Malatesta!

ANARQUISTAS Y GUARDIA CIVIL

No hay verdaderos comunistas en Andalucía, es verdad. Pero bajo la falsa rúbrica del comunismo hay unos fermentos de subversión, que son los que provocan esas explosiones sangrientas y estúpidas que con relativa frecuencia se registran. Esta indisciplina social es la única causa de sucesos como los de Villanueva de Córdoba,

Publicada en el diario *Ahora*, donde Chaves ejercía funciones de dirección, como la gran mayoría de su obra periodística durante los años de la República, esta crónica apareció como tercera entrega del reportaje «Con los braceros del campo andaluz», en el que destaca también la dedicada a la figura de «El señorito». Aunque puede que el cronista minusvalore, aquí y en otros lugares, el sentimiento de secular humillación que padecían los jornaleros, acierta al lamentar su sacrificio en aras de una «ilusión mesiánica».

Gilena, Bujalance, Andújar, etc., a los que se les atribuye arbitrariamente un valor sintomático que no tienen.

Los comunistas de los pueblos andaluces son unos comunistas que harían enloquecer a Lenin y Trotski. En los pueblos —y este es el viejo mal de la España rural— las fuerzas políticas se dividen tradicionalmente en dos grandes mitades, en dos únicos partidos: el de los que mandan y el de los que padecen los abusos de poder del que manda. Lo mismo da que se llamen liberales y conservadores, que se titulen viejos políticos y upetistas, que se definan como monárquicos o republicanos o se dividan en socialistas y comunistas. En definitiva, no hay más que una división permanente: la de los que están con la Guardia Civil y los que están con los anarquistas.

Y así, cuando mandaban los conservadores, los liberales eran anarquizantes, y ahora en donde mandan los republicanos los socialistas son de la anarquía, y viceversa.

Baste decir que en mis andanzas por Andalucía yo he encontrado núcleos comunistas de Lerroux y hasta de don Niceto. Y no pueden ustedes figurarse lo absurdo que resulta eso de encontrarse a los de la derecha liberal republicana actuando con la táctica y el vocabulario moscuteros. Esto explicará aquella noticia sorprendente que corrió por la prensa cuando los sucesos de Villanueva de Córdoba, según la cual el jefe de policía, nada menos, era comunista. A lo mejor el hombre era comunista de Lerroux.

Esta división es tan exacta, que hasta el Partido Socialista, que es acaso el que hoy tiene en España una disciplina más férrea, una táctica más definida y una orientación más clara, cuando quiere actuar en Andalucía tiene que tomar fatalmente ese tono de rebeldía sentimental y anarquizante que ha de tomar siempre el partido de *los otros*, los que no están con la Guardia Civil. Yo me imagino la perplejidad del señor Largo Caballero ante la ideología de sus correligionarios de Salteras, por ejemplo, que no se diferencian de los anarcosindicalistas más que porque es la UGT y no la CNT la que les firma los *carnets*.

Poca fuerza tienen aún los socialistas en Córdoba y Sevilla; pero la poca que vayan conquistando no la deberán a su táctica peculiar, sino a la que le tomen prestada a los sindicalistas. Y lo mismo les pasa a los comunistas y a los radicales y a los radicalesocialistas y todos los que quieran utilizar políticamente a las masas. Lo primero es predicar que hay que acabar con la Guardia Civil.

MODALIDADES DEL COMUNISMO

He estado en el Centro Obrero de Villafranca de Córdoba, donde hay un considerable núcleo comunista. Este centro se halla instalado en una casita de paredes cuida-

dosamente enjalbegadas, con un patinillo lleno de macetas de albahaca y arriates de flores. Más que un centro de lucha social parece el escenario de un sainete andaluz.

—Éste debía ser —me dice el fotógrafo— el Centro Comunista Álvarez Quintero.

Este centro se denomina autónomo; pero su autonomía según parece, está condicionada por un ligero matiz lerrouxista. He aquí los comunistas de Lerroux, de que hablábamos. Téngase en cuenta que esta curiosa modalidad no puede ser una inculcación para los jefes políticos, a los que no les es posible controlar la significación de todas las fuerzas que en determinados momentos les apoyan, y que a lo sumo tienen que limitar su intervención a unos intentos de orientar a los que les siguen, intentos pocas veces coronados por el éxito. En España todavía la masa arrolla sistemáticamente a los caudillos.

Estos comunistas de Villafranca intentaron hace unas semanas solemnizar un entierro civil con una manifestación obrera que querían fuese presidida por la bandera roja del Partido Comunista con la estrella de cinco puntas, la hoz y el martillo. El gobernador de Córdoba prohibió la manifestación y la bandera. Entonces abandonaron, momentáneamente, el comunismo y su bandera, y se acordaron de su republicanismo radical. Ya que no se podían manifestar como comunistas, se manifestarían como lerrouxistas. Las autoridades no quisieron pasar por el subterfugio, y se dio el caso de que fue prohibida por primera vez bajo la República la exhibición de la propia bandera republicana.

He estado charlando con estos terribles comunistas. Buena gente. Buena gente, que vive mal y un día cualquiera se prestará a ser carne de máuser estúpidamente; llevada al sacrificio por unos agitadores profesionales, a los que no mueven más que unas ruines ambiciones políticas o unas fantasías de delirantes. No hay ningún movimiento social serio en Andalucía.

Carlos Marx se horrorizaría al ver el crimen que en su nombre se comete con estos pobres hombres, incapaces de una organización política razonable, que desde los tiempos de Pérez del Álamo y Fermín Salvochea vienen sacrificándose en aras de una ilusión mesiánica, que les hace poner el pecho en la boca de los fusiles.

[MANUEL AZAÑA, PRESIDENTE DEL CONSEJO]

1931

A punto ya de terminarse en las Cortes constituyentes la discusión del Código fundamental del Estado republicano, hemos creído que podíamos hacer un gran servicio a la opinión yendo a preguntar a los hombres que gobiernan España cuál es su pensamiento, qué es lo que quieren hacer, cuál es el esquema intelectual de su país tal como lo han concebido al contraer la enorme responsabilidad de torcer el rumbo de la nación.

Gobierna hoy España un hombre cuyas condiciones de gobernante eran, no hace más que unos meses, absolutamente desconocidas para la gran masa; su nombre mismo apenas había trascendido del círculo estrecho de una aqulitada devoción literaria. Este hombre, don Manuel Azaña, se encarga del Ministerio de la Guerra al ser derribada la Monarquía y al día siguiente acomete la reforma militar más vasta y audaz que se ha planteado en país alguno de Europa. En unos meses el ministro de la Guerra de la República realiza su pensamiento y da un tajo decisivo al secular problema del ejército. ¿Acertado? ¿Erróneo? La opinión del país, representada en las Cortes constituyentes, sanciona favorablemente la gestión del señor Azaña al poner en sus manos el poder aprovechando la primera vez que se plantea el problema del gobierno después de la proclamación de la República.

¿Cuál es el pensamiento íntimo del presidente del Consejo sobre la gobernación del país? ¿Cómo formula su concepción del futuro Estado español? ¿Con qué criterio piensa abordar los problemas pendientes?

Hemos ido a preguntárselo.

Y ha tenido a bien contestarnos.

Transcribimos íntegramente la entrevista de Chaves al presidente del primer gobierno republicano, que abría en *Ahora* la serie dedicada a sus principales miembros, recién comisionados para cambiar el rumbo del país tras la caída de la monarquía, no porque se trate de una pieza especialmente memorable, sino por su evidente significación histórica. En ella el entrevistador desaparece, como era su costumbre, por cierto muy distinta de la que suelen adoptar los insufribles reporteros estrella, para poner el foco en las palabras del entrevistado. Sumado a la causa de Azaña, Chaves oficia de periodista puro, repasando el ambicioso programa del gobernante en lo que no deja de ser una relación de buenos deseos, expresada hacia los inicios de su mandato.

LA CUESTIÓN MILITAR

El origen de la preponderancia del ejército. Punto de partida de la exaltación de don Manuel Azaña a la presidencia del Consejo es, pues, su gestión ante el problema militar. Abordemos previamente este problema militar:

—¿Por qué lo ha enfocado usted así? ¿No se podía haber resuelto de otra manera? ¿Cree usted que ha quedado definitivamente resuelto con sus reformas? ¿Cuál va a ser la política militar de España?

—El problema militar tal como se lo ha encontrado planteado la República era el resultado de una equivocada dirección del Estado español en esta materia, desde la implantación del régimen constitucional, o sea desde hace más de un siglo.

»Al desaparecer el régimen de Monarquía absolutista —el verdadero antiguo régimen—, el Estado parlamentario liberal era sumamente débil, porque estaba en manos de unos centenares de familias burguesas y le faltaba el apoyo de las instituciones tradicionales de España y no contaba tampoco con las masas populares, que no eran liberales, ciertamente, sino absolutistas y fanatizadas.

»En esta situación, no teniendo el Estado parlamentario liberal organizadas sus jerarquías propias ni arraigadas sus instituciones en el país, la fuerza militar, o sea el ejército, que era el único resorte poderoso que le quedaba al gobierno, adquirió dentro de la sociedad española una posición preponderante y decisiva. Era decisiva la preponderancia del ejército en las luchas entre los partidos parlamentarios, y era decisiva la importancia del ejército en las luchas dinásticas. La guerra civil entre doña Isabel y don Carlos fue sostenida por los elementos militares en ambos bandos, y la conclusión de la guerra civil, mediante un pacto, incorporó al ejército nominalmente constitucional muchos elementos que habían hecho la campaña carlista. De esta manera, la dinastía tenía que contar, como con un colaborador indispensable, con la adhesión de los caudillos militares, y los partidos también contaban con ellos para intimidar a la persona reinante y, a la sombra de un militar influyente, llegar al poder.

El militarismo palatino o el problema militar de la Restauración y la Regencia. »De estas circunstancias, que no vale la pena de puntualizar más, vino todo aquel régimen de militarismo palatino y de conspiración en los cuarteles, que tenía por característica, para diferenciarse del golpe de Estado de Primo de Rivera, el ser provocado y aprovechado por partidos políticos del régimen. Esta situación se prolongó a través de la Restauración, que se originó, como nadie ignora, de un pronunciamiento militar aprovechado por los partidos alfonsinos. El problema que tuvo que resolver la Res-

tauración en relación con el ejército fue el de asegurarse su obediencia y el de romper la tradición de militarismo en combinación con los intereses de la dinastía. Este problema sólo lo resolvieron la Restauración y la Regencia de un modo aparente, satisfaciendo o adelantándose a satisfacer las ambiciones personales de los grandes caudillos del ejército, que apoyaban a los Borbones.

Insuficiencia técnica y exceso de personal. »Conviene advertir que cada vez que en estos asuntos se habla del ejército se toma la parte por el todo, porque rara vez todos los componentes del ejército, o sea la oficialidad y la tropa, han tomado verdaderamente parte principal en estos conflictos, que han sido siempre dirigidos y aprovechados por las altas jerarquías militares.

»A este aspecto político del problema militar hay que añadir el técnico profesional, que también estaba en malísimas condiciones, precisamente a causa de las guerras civiles y coloniales del siglo XIX. Desde la guerra de la Independencia el ejército español no ha tenido que intervenir en ninguna empresa militar de gran estilo, y ha sido empleado exclusivamente en las campañas coloniales o en las contiendas civiles, que, como nadie ignora, son malísimas escuelas de aprendizaje para la profesión.

»De las guerras coloniales se originó uno de los males más hondos que padeció el ejército, que era el exceso de personal, exceso que llegó a su mayor grado después de la guerra de Cuba.

Usurpación del poder militar por Primo de Rivera y el rey. »La intervención del ejército en el golpe de Estado de 1923 fue, más que nada, una usurpación del poder militar cometida por Primo de Rivera y sus colaboradores en connivencia con el rey; aprovecharon para ello, en primer término, el descontento del país por la situación política y utilizaron además la debida sumisión de los organismos militares a los poderes constituidos. Esta usurpación vino favorecida y preparada en cierto modo por la acción de las juntas de defensa, que nacieron a impulsos de un deseo de saneamiento de la institución militar, y como no podía menos de ser, lejos de producir este buen resultado, introdujeron el desbarajuste en la institución armada: la indisciplina y la coacción sobre los poderes legítimos del Estado.

El aspecto político y el profesional. »La República ha tenido que hacer frente a todos los aspectos de este problema. En el orden político, poniendo al ejército en las condiciones legales y morales de adhesión al régimen constituido, y reduciéndole a

sus funciones propias que son la preparación de los hombres para la guerra, y en el aspecto profesional, reorganizando la estructura militar de España con la mira puesta en mejorar la instrucción del mando y de la tropa y en la dotación de los elementos materiales necesarios para que las unidades que subsisten puedan llenar cumplidamente su cometido.

Por qué se suprimieron las capitanías generales. »Ha sido, por tanto, menester suprimir del ejército todo lo que era supervivencia histórica y constituía un verdadero anacronismo en la organización del Estado español, como las antiguas capitanías generales de las regiones, que eran verdaderos virreinos, en los que el capitán general no sólo tenía las atribuciones propias del mando militar, sino que intervenía en la justicia, en los conflictos sociales, en la acción gubernativa del Estado y preponderaba sobre todos los demás órganos representantes o delegados del poder central.

»Se ha reformado la justicia militar, reduciéndola a sus verdaderos límites, o sea el límite propiamente militar, suprimiendo la atracción del fuero de guerra. Se han reducido en el Estado Mayor General las categorías superiores, poniendo por límite a la carrera militar el empleo de general de división, en consonancia con la organización divisoria.

No más soldados que los que pueda dar y sostener el país. »Se ha hecho una reforma total de la organización dejando las unidades en el número correspondiente al rendimiento de la población española y a los recursos que normalmente pueda votar el parlamento, con lo que se obtiene la ventaja de con menos gastos instruir eficazmente mayor número de hombres.

»Había regimientos que contaban con ochenta hombres; actualmente ningún regimiento tiene menos de mil doscientos soldados.

La Ley del Retiro es la más generosa que se ha dictado en país alguno. »El problema de exceso de personal, que era el de más bulto para el público, se ha resuelto mediante la Ley de Retiro Voluntario, que es la más generosa que ha dictado ningún país de Europa cuando se ha visto en la necesidad de reducir su organización militar. Además de la economía que desde ahora se obtiene en el presupuesto con el retiro de unos diez mil oficiales, representa esta operación para el Tesoro público en los años que transcurran desde el presente hasta que desaparezca el último oficial acogido a la Ley de Retiro un ahorro de seiscientos cincuenta millones de pesetas.

Cómo se está modificando el reclutamiento de la oficialidad. »Además de esto, en el orden profesional, se está variando el reclutamiento de la oficialidad; se ha suprimido la diferencia de escalas activa y de reserva, que era una monstruosidad exclusiva del ejército español. Se abrirá la escala activa a las clases de tropa. Se ha creado un centro de estudios superiores militares para la selección de los altos mandos; se han dictado también instrucciones, que ya se están poniendo en práctica, para la realización periódica de ejercicios en los cuerpos que servirán de base para la calificación de los oficiales, con notas que se tendrán presentes para su ascenso a los grados superiores de la milicia; se ha emprendido la mejora de los acuartelamientos, y desde este presupuesto comienza la adquisición de material moderno de campaña, cuya renovación total es urgente e indispensable.

Para el porvenir. selección en los mandos y robustecimiento moral. »Cumplidas estas reformas y las que están en proyecto, es preciso no perder de vista que el problema del ejército en España estará ya en vías de solución y que habrá de enfocarse sobre dos puntos capitales: el problema de la selección de los mandos y el problema del robustecimiento moral y espiritual de la institución militar. El mando no consiste solamente en la posesión de las insignias, sino en la competencia profesional y la autoridad moral; y la disciplina no es sólo el resultado de la obediencia ciega a la ordenanza, sino la adhesión espiritual al régimen y a la causa nacional, que el ejército está llamado a defender en paz y en guerra.

EL PROBLEMA DE GOBIERNO

No gobierno enteramente según mis ideas personales. »Que yo me haya encargado del poder ha sido, como nadie ignora, absolutamente en contra de mi voluntad, y estoy convencido de que prematuramente. Yo no voy a decir que me repele el ejercicio del poder, porque no tendría sentido tomar parte principal en la política si no tuviera uno la convicción de que su paso por el poder puede ser útil a la nación. Que mi elevación a la presidencia del gobierno sea prematura no depende de que yo me considere un político en agraz, sino de que no gobierno, ni enteramente según mis ideas personales, sino muy gustosamente sujeto a la disciplina de una coalición y sostenido por un parlamento cuya mayoría se forma también de partidos coaligados.

»En estas condiciones, la acción del gobierno que presido tiene que condensarse principalmente en los problemas que hemos heredado. Estos problemas son, en pri-

mer término, el del orden público, el económico, la reforma agraria y los Estatutos. No hablo del problema constitucional porque ya está en vías de llegar a término.

EL MANTENIMIENTO DEL ORDEN

Se creía que la República favorecería la indisciplina social. »El orden público tiene una importancia excepcional para la República, porque la campaña que contra el nuevo régimen se ha hecho desde antes de su implantación pretendía fundarse cabalmente en el temor de que la República favorecería la indisciplina social y no tendría medios de imponer la ley ni tampoco de mantener la cohesión que la nación española necesita.

»Naturalmente, la República tiene por base un concepto de la libertad personal en todas sus manifestaciones, y en lo que respecta al orden político más singularmente, respeto a la libertad de opinión, de manifestaciones, etc. Estas libertades, así como los derechos consignados ya en las leyes en materia social, han de ser escrupulosamente respetados por el régimen republicano; pero se entiende que ha de desenvolverse dentro de la más estricta legalidad.

La República no puede permitir que se relajen los resortes de la autoridad. »Sería erróneo el suponer que una República nacida de una revolución pueda o deba permitir que en las manos del gobierno se relajen los resortes de la autoridad y del mando. Cabalmente ha de ocurrir lo contrario, y a una mayor libertad, con la consiguiente responsabilidad en los ciudadanos y en los gobernantes, ha de ir aparejada una disciplina política y social mucho más rígida que en los regímenes que se mantenían sobre la autoridad de la tradición. Esta disciplina ha de fundarse en el cumplimiento del deber cívico. Yo no creo que el principio de autoridad sea un ente metafísico al que se deba ofender periódicamente sacrificios sangrientos, ni creo tampoco que la autoridad de un gobierno se fortalece vociferando desde las alturas del poder disposiciones tremebundas. La autoridad nace del cumplimiento del deber, porque el principio de un régimen libre es puramente moral, y únicamente como un resultado o un reflejo de la sumisión al deber moral nace la respetabilidad y el prestigio de quien gobierna. Asimismo la energía en el mando, tiene más de silenciosa que de ruidosa, y la impresión de sentirse gobernados no nace de la presencia continua de la acción gubernamental en la conciencia de los ciudadanos, sino en el descanso que produce la vigilancia del gobierno, que sabe no correr detrás de los conflictos, sino conjurarlos e impedir que se produzcan.

»El gobierno mejor será aquél que, como un órgano fisiológico sano, funcione bien y no se deje sentir. En estas ideas se funda el concepto que tengo yo del orden público y de los medios de mantenerlo dentro del régimen actual.

»Es, por otra parte, una cosa manifiesta que las alteraciones ocurridas en España desde el advenimiento de la República son, por su fondo y sus consecuencias, de poca importancia, y que nadie que sea sincero podrá negar que hace siete u ocho meses hubiera tenido por imposible que la República llegase hasta donde ha llegado sin ningún trastorno grave, ni político ni social.

EL PROBLEMA ECONÓMICO

»Este aseguramiento del orden público se enlaza directamente con el problema económico general, que tiene dos aspectos: la restauración de la Hacienda pública, maltratada por diez años de dictadura, y el restablecimiento de la confianza, para que los negocios recobren su actividad. Frente a estas cuestiones estimo indispensable que, con toda urgencia las Cortes voten un presupuesto nivelado, en el que, mediante el sacrificio fiscal posible, se dé el primer paso para la normalización de la vida económica del Estado español, y, en conjunción con esto, que se realice la reforma agraria que ha de llevar a los campos andaluces y extremeños, con medios de trabajo y de mejoramiento de los campesinos, un orden nuevo que asegure la paz social.

NI EL PRESUPUESTO NI LA REFORMA AGRARIA SERÁN LEYES DE DESPOJO

»Debe tenerse presente que ni el presupuesto ni la ley agraria podrán constituir leyes de despojo, sino de reforma social justísima y de restablecimiento de la normalidad hacendística española mediante reorganización de los servicios y reforma de los tributos. Se pedirá a la riqueza española el sacrificio que sea necesario, pero determinándose exactamente los límites del sacrificio, de modo que todo el mundo pueda saber la cuantía del que le corresponde, desapareciendo el estado de alarma que con fines de descrédito se pretende difundir entre las clases poseedoras. Es decir, que, tanto en el orden fiscal como en el de reforma del régimen territorial, todo el mundo deberá saber que el sacrificio que se imponga es la garantía y el seguro para conservar lo restante de su posición o de su fortuna.

»La nivelación del presupuesto, a la que estoy decidido a llegar a toda costa, es el primer escalón para el saneamiento financiero de España e incluso para el saneamiento de su moneda. Se restablecerá con ello el crédito del Estado y será posible

pensar, para dentro de algunos meses, en las operaciones necesarias para dar un gran impulso al trabajo nacional y al desenvolvimiento de los recursos naturales del país.

La reforma de la Administración. »La reforma ya decretada en la Administración pública es un primer paso para la transformación completa de los servicios del Estado. Las Cortes son las que han de decir sobre el caso la última palabra cuando se vote el presupuesto; pero es preciso tener en cuenta que el gobierno está decidido a aplicar en los respectivos ministerios y servicios de ellos dependientes, el principio en que se inspira el decreto del 28 de octubre, sin que esta aplicación pueda parecer un atrevimiento ni una empresa del otro jueves.

EL DECRETO DE FUNCIONARIOS

Fantasías sobre el decreto de funcionarios. lo que es inatacable. »Acerca del decreto de funcionarios se han dicho demasiadas cosas, que no están ni en su texto ni en su intención. El aumento de días y de horas de trabajo es una reforma inatacable y que no consiste más que en poner a los funcionarios públicos en el mismo pie de rendimiento que están todos los trabajadores de la nación, y todavía se queda por bajo si se les compara a lo que sucede en la Administración pública de otros países extranjeros. Asimismo es inatacable cuanto en el decreto se dispone respecto a la celeridad en el despacho de los asuntos, a la intervención del público en la rapidez y tramitación de los expedientes y en los recursos que se conceden a los interesados cuando se quedan desatendidos en sus derechos.

El funcionario debe vivir exclusivamente de su función. »El principio que debe inspirar una buena reforma de la Administración, en lo que atañe al personal, es que el funcionario público viva exclusivamente de su función, que tenga conciencia profesional y que se entere de que es un colaborador del gobierno y un servidor del interés público.

»También estoy convencido de que las leyes y reglamentos más rigurosos y terminantes servirán de poco si los funcionarios, en vez de guiarse por su conciencia profesional, se abstienen de colaborar en el mejoramiento de los servicios.

La norma que se seguirá en las reducciones de personal. »En cuanto a las reducciones de personal proyectadas, que ya se están aplicando en cada ministerio para el futuro presupuesto, significan un principio o regla general, pero nunca podrán conducir a la

desorganización de los servicios, ni puede suponerse que impidan la creación de otros servicios nuevos exigidos por la ampliación y el desarrollo de los fines del Estado.

»Dentro del criterio de mejorar a las clases de funcionarios públicos, el gobierno está decidido a llegar al límite que la situación del presupuesto consienta; pero no debe perderse de vista que en la crisis actual, tanto en España como en el mundo, nadie que viva de su trabajo puede aspirar de momento a un mejoramiento rápido de su condición actual ni a crearse un nivel de vida superior al que cada uno ha venido teniendo, y harto será que podamos conservarlo.

CON QUÉ CRITERIO SE HA DE GOBERNAR

Nada de ideales inasequibles que, al final, llevan a la desesperanza y al pesimismo. »Yo tengo una gran confianza en el porvenir de España, si este porvenir no se entiende como una nueva era de expansión internacional y de conquista, que es en lo que ha solido hacerse consistir el ideal español por las generaciones que nos han precedido. De presentar a los españoles, como propio de su nación, ese ideal inasequible, nacía, al confrontarlo con la realidad, la desesperanza y el pesimismo que han dominado en los directores de la política española, y aun en todo el pueblo español, durante el siglo pasado.

»Creo en el porvenir de España porque creo en las virtudes naturales de mi pueblo, en su innato sentido de la justicia y en su fundamental honradez, bien patente en los puntos de vista éticos que suele tener para juzgar las cuestiones de gobierno.

Al cabo de cuatro siglos, el pueblo español va a gobernarse por sí mismo. »Creo asimismo en el porvenir del pueblo español, porque es ahora, al cabo de cuatro siglos, cuando se va a hacer la experiencia de que el pueblo español se gobierne por sí solo. Estoy persuadido de que dejando a los españoles dirigirse por sí mismos, según su propia manera de ser, que no está vinculada con ninguna dirección histórica de la política española, se gobernarán bien, y que si España no puede ni debe pensar en reconstruirse una posición preponderante en el mundo, tiene, en cambio, inmensas conquistas que realizar y nuevos descubrimientos que hacer en el orden social, en las ciencias, en las artes, en la dignificación del trabajo; es decir, en el orden de la civilización.

Una nueva manera de hablar desde el gobierno. »Es evidente que esta manera de concebir la política en España tiene cierta novedad cuando se proclama desde el gobierno, pero es también evidente que la transformación del espíritu público español, inicia-

da, como todos sabemos, en los comienzos de este siglo, no había conseguido hasta ahora hacerse notar en las esferas del gobierno, y que sólo cuando llegan al poder las generaciones educadas en estos últimos veinticinco años, lejos de todo compromiso con los partidos y los sistemas en vigor durante la Monarquía, puede pensarse en llevar a la gobernación del Estado a aquellas normas nuevas que han venido labrándose en su espíritu y que van a conducir a poner la política y el gobierno en el mismo nivel que las demás actividades espirituales de la nación.

ESQUEMA INTELECTUAL DEL PORVENIR ESPAÑOL

Horizonte remoto. «Quizá le está reservado a España hacer pacíficamente el primer ensayo de transformación social de un pueblo, porque yo no puedo estimar que la revolución comenzada el 14 de abril se concluya con el voto de una Constitución y de unas leyes orgánicas, ni con el funcionamiento de un régimen que, si no tuviese un horizonte más remoto y un norte más elevado, correría el peligro de anquilosarse en una vida de pequeño burgués.

El sentido íntimo del poder. «Yo soy político porque soy optimista, y creo que la función del gobernante —que no es lo mismo que la del político— tiene que consistir en llevar el esquema intelectual de su país futuro a la realidad social o legislativa. El apartamiento voluntario en que yo he vivido durante veinticinco años, dedicado a las letras y al estudio y conocimiento de mi país y de otros extranjeros, me han dado esta confianza que me enseña a no conceder importancia a las mezquindades personales, y a lo que suelen llamar enojos y pequeñas pasiones de la política y a atenerme a sus fines esenciales y duraderos que, para un hombre cultivado y sensible, representa un armazón interior equivalente al del Arte o al de la Religión.

[PATRIOTISMO REPUBLICANO]

1932

Todo lo bueno que hay en el mundo es para los ingleses. Mallorca ha empezado a ser para ellos. Dentro de unos años será el lugar de placer más codiciado del mundo. Como los ingleses tardan tanto en enterarse, han tardado un siglo, desde Chopin y Jorge Sand, en saber que aquí se estaba bien; pero desde hace ya algunos años esta mansa invasión de ingleses que se dedican al descubrimiento de Baleares es la señal inequívoca de que estamos en uno de los lugares privilegiados de la tierra.

Este contacto con los ingleses no ha traído a las islas más que bienandanzas; primero, la libra esterlina; después, el *comfort*; más tarde, las buenas maneras británicas; finalmente, el patriotismo y la españolidad.

A pesar de ese reproche de nacionalismo, que, como el nacionalismo vasco, no es otra cosa que la enemiga al régimen republicano, se siente aquí el orgullo de ser español como no se siente en la Península. El patriotismo, virtud más que nada insular, no es la característica más acusada de los españoles. Nuestro patriotismo sólo se produce por contraste, como afirmación de una personalidad ante el mundo. El español no se acuerda de que lo es más que cuando siente un anhelo de universalidad, cuando empieza a comprender y los ama a todos los pueblos. Por esto, por insulares y por hallarse en contacto con los mejores patriotas del mundo, los ingleses, son patriotas los mallorquines.

Su patriotismo privaba hoy en la castiza plaza de Cort, de Palma, bajo el tejaron artesonado de las Casas Consistoriales, con un diapason más fuerte que el de todas las ciudades españolas que en este viaje presidencial llevamos recorridas. Hay que decirlo así. En ninguna parte se ha tributado al jefe del Estado republicano un recibimiento tan expresivo de la unanimidad del sentimiento español dentro de la República como éste que le han hecho hoy los mallorquines. Toda la España repre-

Inserta en la serie que dedicó a cubrir el viaje de Alcalá-Zamora por las provincias del Levante, en unos momentos —casi un año después de la proclamación del nuevo régimen— en los que la República seguía concitando enormes expectativas, la crónica de Chaves transmite un optimismo que no se vería refrendado por los hechos. La lectura de esta y otras piezas de esa primera época, cuando todo invitaba a pensar que el país iba a enterrar para siempre a sus viejos demonios, provoca esa forma de melancolía que se deriva de la decepción, pues lo que nos cuentan esos años efervescentes y repletos de obstáculos, en los que la soñada regeneración amagó con hacerse realidad, es la historia de una esperanza malograda.

sentativa y simbólica, las altas dignidades eclesiásticas, como las militares y las civiles, han hecho su reverencia ante el primer magistrado de la nación, mientras estallaban en el aire diáfano de la bahía los veinticinco zambombazos de honor y se cubrían de banderolas multicolores esos juguetitos primorosos e inútiles de la nación que son los buques de guerra.

Todo este ritual que tradicionalmente era la representación práctica de la patria había venido muy a menos. Aun los mismos que lo practicaban habían aprendido a desdeñarlo, tanto por lo que se prodigaba como porque en los últimos tiempos faltaba un personaje importantísimo en la liturgia: el pueblo. Sin él, el rito era una mascarada.

Hoy el pueblo compacto, desordenado, arrollador y fuerte, ha recobrado su papel, y desde la bahía hasta el Ayuntamiento ha ido en procesión triunfal detrás del presidente de la República, restableciendo por primera vez bajo el nuevo régimen la respetabilidad y la grandiosidad de los símbolos del patriotismo.

Todas aquellas ceremonias oficiales de la patria las hemos visto hoy por primera vez a una luz nueva, y hasta cuando los niños de las escuelas, como en tantas otras recepciones oficiales de la dictadura, agitaban incesantemente sus banderitas, no nos parecía como antes un espectáculo ridículo y grotesco. Era sencillamente porque detrás de los niños, que van donde les llevan y gritan lo que les dicen, había una masa de hombres que van donde quieren y gritan libérrimamente lo que les parece.

TODOS, ANARCOSINDICALISTAS

1933

Córdoba. A medida que nos adentrábamos en las callejas del barrio de Santa Marina, las pisadas sobre las anchas losas de las aceras se iban haciendo claras, sonoras y distintas. En el silencio del conticinio, la voz de los raros transeúntes se impostaba, crecía al resonar en el ámbito de las callejuelas, y la figura humana se engrandecía a medida que las casas se achicaban y arrimaban las unas a las otras. En estas callejuelas de Córdoba, el hombre, el ciudadano, tan venido a menos, tan empequeñecido, en medio de las grandes vías urbanas, recobraba su importancia, la enorme importancia de ser hombre. La figura humana plantada en medio de la calleja estrechita, con el cielo estrellado encima mismo de la cabeza, el cielo casi por montera, tomaba un realce impresionante y sus ademanes adquirirían súbitamente dignidad y trascendencia.

Entonces surgió el primer anarcosindicalista.

Estaba, detrás de una cortinilla de junco, en el patiezuelo de una tabernita, ante una *medio de a veinte*. Una triste sombra de mendigo que andaba arrastrándose junto a las paredes había levantado tímidamente la cortinilla y le pedía una limosna. El primer anarcosindicalista, muy plantado ante su vaso de vino de Montilla y su coro de amigos, reprendía al mendigo dándole una severa lección de dignidad humana. Y con una voz clara, escuchándose a sí mismo, complacido indudablemente de sentirse tan rotundo y resonante en el ámbito silencioso del barrio adormido, le adoctrinaba en rebeldías.

—No se piden limosnas por el amor de Dios. Eso es una vergüenza.

—Tengo hambre. ¿Qué hago? —decía el triste.

—Se roba. Si tienes hambre, vete al Gran Capitán, y allí, delante de todos los señoritos de los casinos, lo dices así: tengo hambre, quiero comer, vengo a que me deis pan, por las buenas o por las malas. Vete al Casino de la Amistad y dile al *marqués de Dios* que te dé la cartera, o le sacas los redaños del cuerpo.

Y el primer anarcosindicalista hacía una pausa para dejar rodar por las callejas atemorizadas el eco apocalíptico de sus palabras altisonantes.

Segunda de las dos crónicas que Chaves dedicó a tratar de los «Enemigos de la República», al hilo de los sucesos de Casas Viejas, cuando la agitación y la deslealtad empezaban a minar la confianza en el régimen. Apoyando sin fisuras la legalidad republicana, el cronista reparte las culpas de lo sucedido entre los predicadores irresponsables y el cinismo —patente en su actitud «subversiva y anarquizante»— de la burguesía y la aristocracia terrateniente.

En la bocacalle se agigantaban también sobre la blancura del muro enjalbegado las sombras torcidas de los guardias de asalto y de sus tercerolas, cuyos cañones se alargaban inverosímilmente al ser proyectados sobre la pared.

MENTALIDAD ANARCOSINDICALISTA

Éste es todo el anarcosindicalismo andaluz. La bravata impresionante de los que, teniendo la suficiente sensibilidad para percibir la injusticia social, son incapaces de una reacción inteligente, de una actuación social lógica, perseverante y tenaz. Virtud o vicio de nuestra heroicidad racial. Es más fácil ser héroe un día que hombre durante toda una vida. Todos esos millares de anarcosindicalistas que hay en Andalucía son capaces de plantarse un día delante de los casinos y descuartizar al *marqués de Dios* —como decía el hombre de la calleja cordobesa—, pero incapaces, absolutamente incapaces de defender hora tras hora y día tras día su dignidad humana, su condición de ciudadanos y sus derechos de trabajadores frente a los poderes arbitrarios, feudales, que les han impedido llevar una existencia digna.

Por eso todos son anarcosindicalistas, y pocos, o ninguno, socialistas o comunistas. Ésta es la verdad social de Andalucía. Todos, anarcosindicalistas. Pasarán muchos años antes de que los socialistas puedan decir, sin el resquemor de engañarse a sabiendas, que tienen alguna fuerza en Andalucía. Por azares locales y arbitrariedades de la política de campanario, es posible que la UGT controle las fuerzas proletarias de algunos pueblos; pero esos socialistas de los campos andaluces no tienen de socialistas más que el nombre, arbitrariamente adquirido en un vaivén cualquiera de las luchas aldeanas contra el caciquismo. Llámense como se llamen, no son otra cosa que anarcosindicalistas. Los llamados «obreros de la base» de Andalucía siempre entenderán mejor —aunque sean socialistas y tengan su *carnet* de tales— el lenguaje prosopopéyico de los delirantes propagandistas de la FAI o de la CNT que las palabras prudentes de Besteiro o Largo Caballero. Y lo mismo que a los socialistas les pasa en Andalucía con los obreros de la base a los comunistas. La única diferencia que hay es la de que, en el socialismo, los jefes (ya que no las masas) saben exactamente lo que quieren y son auténticamente socialistas, y en el comunismo, ni los jefes ni las masas saben «de qué van», como dicen los chulos. Se encuentra uno en los pueblos andaluces con dirigentes comunistas que a lo mejor han sido antes de la UR, y oyéndoles hablar se ve enseguida que no es imposible que el día de mañana entren en un sindicato católico. La historia del comunismo español —no sólo andaluz— está llena de estas conversiones fulminantes, de estos quiebro patéticos de iluminados

que al revolver de una esquina se encuentran en el camino de Damasco con un padre Gafó cualquiera.

LOS REVOLUCIONARIOS MÁS TEMIBLES

Esta fuerza anarcosindicalista es el enemigo más fuerte de la República. Momentáneamente, claro es. A la larga no tiene ningún valor. El movimiento anarcosindicalista lo liquidará la República en unos años, quizá ya en unos meses. Es tan absoluta y fatal su esterilidad, que si no fuese un juego demasiado inhumano y no fuese el nuestro un país excepcional, en el que todavía se da con demasiada frecuencia el iluminado, el héroe, el hombre capaz de hacer barbaridades, era cosa de que los gobernantes burgueses lo apoyasen indirectamente o, por lo menos, no lo dificultasen demasiado, en la seguridad de que así paralizaban la acción, que cada vez ha de ser más enérgica, de las organizaciones de clase, socialistas y comunistas. Algo de esto se ha dado ya en Andalucía, donde, por necesidades estratégicas de su lucha con los socialistas, los radicales han tenido que entenderse con las Casas del Pueblo francamente anarcosindicalistas. Aunque el propio señor Lerroux no lo sepa, es más frecuente de lo que se pudiera sospechar el caso del radical con mentalidad anarcosindicalista y del anarcosindicalista que en definitiva no alberga en su fondo más que un inocuo y sentimental miembro de comité local del Partido Republicano Radical. Yo he encontrado por esos pueblos de la provincia de Córdoba anarcosindicalistas de Lerroux y hasta de don Niceto.

Esto sin contar con el otro anarcosindicalismo, el más peligroso de todos, el de los señoritos, que son *más avanzados que nadie*.

Porque lo curioso de estas luchas sociales de Andalucía es su desigualdad. Frente a una fuerza destructora no hay ninguna fuerza conservadora. Los gobernantes de la República tienen que contener los embates del anarcosindicalismo sin más fuerza de que echar mano que la Guardia Civil y sin más asistencia que la de unas docenas de personas razonables de la clase media, porque las fuerzas que debieran ser socialmente conservadoras permanecen indiferentes, y si las apuran mucho, se pasan al enemigo, unas por falta de convicciones, otras por debilidades sentimentales, otras por frívola aspiración de no quedarse atrás, otras por turbio y punible afán de derribar el régimen.

Sin perjuicio de poner el grito en el cielo cuando ven que les van a quitar los cortijos, los señoritos tienen de ordinario una actuación ciudadana completamente subversiva y anarquizante. No creen en nada de lo que representan. Yo les he oído

hablar en los casinos y en los cafés y me he maravillado de su nihilismo. Creo que no existe hoy en Europa una clase social tan revolucionaria como la burguesía y la aristocracia territorial de Andalucía.

«POUR L'ESPAGNE ET LE MAROC»

Pero con ser esta del anarcosindicalismo la única realidad social de Andalucía, cada vez el peligro revolucionario que la FAI y la CNT puedan representar es más remoto. Cada vez están más maduras. No nos equivoquemos por la intensidad y la desesperación de las últimas intentonas. El comunismo libertario dejó de existir hace exactamente doce días: murió en La Rinconada aquella mañana que el pueblo anarcosindicalista triunfante se planteó por primera vez el problema de nombrar sus primeros guardias de asalto y sus primeros carceleros. Esta caricaturesca afirmación tiene, con ser tan grotesca y arbitraria, un exacto sentido. Si fuera posible hacer la experiencia, valía la pena de que las clases burguesas dejasen el campo libre a los anarcosindicalistas para que hiciesen su pintoresco ensayo. Uno de los pocos hombres de cabeza clara que he encontrado en Andalucía le decía la mañana de la última intentona al dueño de una fábrica de Sevilla que temía, acongojado, el curso que pudieran seguir los acontecimientos:

—No se preocupe usted demasiado: si esta tarde vienen los anarcosindicalistas a apoderarse de la fábrica, désela usted y márchese; estropearán un poco las máquinas, romperán algunos cristales, hasta es posible que se lleven el dinero burgués que tenga usted en la caja. Esto es inevitable. Pero márchese sin desesperarse. Tarde o temprano irán a buscarle a usted. Lo malo será el día que le pidan a usted la fábrica no los terribles anarcosindicalistas, sino los comunistas o los mismos socialistas. Entonces defiéndala usted con las uñas y los dientes, porque si se quedan con ella no se la devolverán jamás.

La CNT y la FAI, a costa de estas penosas etapas que estamos atravesando, a costa de tantas vidas inocentes y tantos daños irreparables, van liquidándose. El anarcosindicalismo, vieja aberración nacida en Centroeuropa, ha ido desplazándose desde el centro de la civilización hacia la periferia. De Francia pasó a Italia; luego, entró en España por Barcelona. Poco le queda que hacer ya en Cataluña al anarcosindicalismo. Ahora es Andalucía la que padece ésta que Lenin llamó «enfermedad infantil del obrerismo». Lo de Andalucía se acabará pronto. Dentro de poco, siguiendo su trayectoria fatal, tendremos anarcosindicalismo en Marruecos. ¡Grandes tipos de anarcosindicalistas van a ser las gentes de Abd el-Krim!

Y dentro de diez o quince años leeremos que se plantean estos pavorosos conflictos de la acción directa, el apoliticismo y el comunismo libertario, en Liberia y Dahomey.

LAS ALMAS EN PENA DE LOS DE CASAS VIEJAS

Si fuera posible resucitar a los muertos de Casas Viejas, y, como niños grandes que eran, llevarles a una escuela para que aprendiesen a leer y escribir; si, después, fuera posible hacerles ir pasando por las lentas y penosas etapas que determinan en el adolescente la formación espiritual del individuo, primero, y luego, la aparición del espíritu de clase; si fuera posible que volviesen a encontrarse otra vez en colisión con el Estado, los retacos en la mano, frente a frente con la Guardia Civil, y cupiera imaginar que, conscientemente ya, sabiendo lo que querían, se hiciesen matar, ¡qué pavorosa desolación la de esas pobres almas en pena de ciudadanía al advertir que se habían hecho inmolar estúpidamente!

Esto es lo que más nos acongoja de esta tragedia de Casas Viejas. La inocencia paradisiaca de unas almas sacrificadas por la estupidez. El hecho es tan monstruoso, que él solo basta para conmover los fundamentos de las más caras convicciones democráticas. ¿Vale el respeto a las normas de la democracia la pena de tolerar con los brazos cruzados que unos irresponsables que escriben artículos o pronuncian discursos incoherentes, en los que ni siquiera aciertan a expresar lo que quieren, arrastren a la muerte a unos hombres que acaso fuesen los mejores de entre todos nosotros, los más sanos, los más puros, los únicos que han sabido poner sus convicciones por encima de sus vidas?

Hay, o debe haber, un limbo para los héroes que se equivocaron, para el sacrificio estéril, para la heroicidad inútil y estúpida. ¡Descansen en él las pobres almas en pena de los héroes inútiles de Casas Viejas! Pero no contribuyamos a poblar ese limbo terrible con los mejores hombres de España. Salgamos al paso de esa propaganda criminal del anarcosindicalismo, si no con procedimientos dictatoriales de gobierno, con la fuerza democrática de nuestra contrapropaganda. Responsables de la muerte de los de Casas Viejas lo son tanto como los propagandistas del anarcosindicalismo los que no tienen alma bastante ni convicciones lo suficientemente firmes para alzar frente a ellos la voz de su razón. Esto lo hemos de hacer nosotros, todos; no el gobierno. El gobierno, el Estado, surgida la colisión, no puede hacer otra cosa que imponer con la boca de sus fusiles el cumplimiento de la ley que el pueblo a sí mismo se ha dado.

Esto será siempre igual, en el Estado monárquico que en el republicano, el socialista o el comunista.

[UNA SEMBLANZA DE GOEBBELS]

1933

He ofrecido hacerlo y lo cumplo. Cuando solicité una interviú con el doctor Goebels, que es, a mi juicio, el tipo más interesante de la nueva Alemania —incluyendo en esta subordinación de interés al propio Hitler—, me pusieron, naturalmente, algunas cortapisas. Ser ciudadano de la República española y periodista liberal no es hoy, para los gobernantes alemanes, una invitación a la confianza. Los españoles estamos haciendo exactamente lo contrario de lo que hacen los alemanes, y ya suponen ellos que no vamos a traicionar nuestras convicciones nacionales en beneficio de las suyas. El señor ministro de Propaganda —me dijeron— contestará a tres preguntas que usted le haga, pero, si no quiere correr el riesgo de ser desautorizado, estas tres preguntas y sus respuestas deben publicarse textualmente, sin comentarios ni interpretaciones; cada pregunta, con su respuesta, a renglón seguido. Nada más.

Así lo prometí y así lo cumplo. Permítaseme, sin embargo, decir a mis lectores quién es este doctor Goebels.

Es un tipo ridículo, grotesco; con su gabardinita y su pata torcida, se ha pasado diez años siendo el hazmerreír de los periodistas liberales. Toda Alemania está llena de anécdotas pintorescas sobre este tipo estrafalario, al que —verdad o mentira— se le ha colgado todo aquello que puede hacer polvo a un hombre. Siendo, como es, el azote de los judíos, se ha dicho incluso que era judío, aunque, según parece, la única verdad es que su suegra llevaba un apellido israelita.

Pero Goebels era un tipo enconado, duro, implacable, que todos los días, después de andar ajetreado en menesteres revolucionarios, se encerraba en la redacción del *Angriff* —el órgano en la prensa del nacionalsocialismo— y dictaba a una mecanógrafa un artículo de fondo. Este artículo de fondo del *Angriff*, que Goebels

Publicado como entradilla a la minientrevista de Chaves con el siniestro ministro de Propaganda de la Alemania nazi, aparecida en *Ahora* con el título de «¿Habrà fascismo en España?», el fragmento aquí reproducido antecedió a las tres preguntas pactadas, como él mismo cuenta. Calificaríamos la semblanza de despiadada —a la vez que genial, incluyendo la oportuna alusión a la «estirpe dura de los sectarios» en clave española— si no se tratara de uno de los criminales políticos más despreciables de un siglo pródigo en ellos. Nos permitimos no transcribir las preguntas ni las asépticas respuestas de aquel homunculejo, como solía decir Chaves, cuyo demoníaco talento para la intoxicación a gran escala provocó tanto sufrimiento a la humanidad indefensa.

dictaba mientras iba y venía por la redacción arrastrando su pata coja, llegó a ser lo que todos los periodistas quisieran que fuesen sus artículos: un suceso, un verdadero suceso que se producía en la conciencia del lector cada vez que en el metro, en el café, en la calle, donde fuese, alguien cogía el periódico y se ponía a leerle. Tenía esa misma facultad prodigiosa que en nuestro tiempo han tenido León Daudet, el reaccionario, y Trotski, el comunista. Goebbels escribía como hablaba: claro, sucinto, terminante. Hay en él la misma capacidad de sugestión y de dominio que en todos los grandes iluminados, en todos esos tipos nazarenoides de una sola idea encarnizada: Robespierre o Lenin. Lucirá mucho menos que Hitler en las paradas, pero es más certero. Creo que no se pone nunca la camisa parda, pero debajo de su gabardinita insignificante lleva la guerrera más ajustada de Alemania. Es de esa estirpe dura de los sectarios, de los hombres votados a un ideal con el cual fusilan a su padre si se les pone por delante. En España no ha habido así más que algunos curas carlistas, hace ya muchos años.

LA CONQUISTA DE LA JUVENTUD

1933

EL NIÑO NAZI

De aquí en adelante, todos los niños que nazcan en Alemania traerán la cruz gamada en el ombligo. No desconfío de que los sabios alemanes lleguen a aislar el principio biológico del nacionalsocialismo, ni de que encuentren la manera de inyectárselo a las embarazadas.

Ya no habrá en Alemania más que niños nazis. A los alemanes que Hitler ha cogido adultos y barbados no ha habido más remedio que molestarse en convertirlos al nacionalsocialismo, y a los que eran incapaces de conversión, el *Führer* ha tenido que tomarse el trabajo de *extirparlos* —es su expresión favorita—; pero con los que nazcan de aquí en adelante no está dispuesto a tomarse esos penosos trabajos. Nacerán ya como convenga.

A partir de ahora, el niño alemán vendrá al mundo con el convencimiento indestructible de que es un niño privilegiado que pertenece a la mejor raza de la Tierra; antes que a enderezarse sobre sus extremidades abdominales y a salir marcando el paso de oca, habrá aprendido que es miembro de un Estado totalitario que tiene una misión providencial que cumplir; estará convencido de que no todos los hombres son iguales ni todos los pueblos tienen los mismos derechos, y sentirá gravitar sobre sus hombros todo el peso de la herencia del heroísmo de los hermanos; considerará subversivos los conceptos de paz, libertad y humanidad; aceptará que la vida es milicia y la milicia cuartel; estudiará una historia universal que será sólo la historia de Alemania; leerá únicamente en libros impresos con caracteres góticos y no entenderá los caracteres latinos; lo que hasta aquí se ha llamado «la invasión de los bárbaros», él lo llamará «la migración de los pueblos»; crecerá y se hará hombre sólo para imponer al mundo estas convicciones, y con este fin exclusivo cultivará las ciencias y las

Publicadas en el mismo año de la llegada al gobierno de los nazis, sólo unos meses después de que el cabo austriaco fuera nombrado canciller, las crónicas dedicadas a «Alemania bajo el poder de Hitler» se presentaron como parte de un reportaje, «Cómo se vive en los países de régimen fascista», donde iban a incluirse otras no escritas —o no publicadas— sobre la Italia de Mussolini. Con razón han sido celebradas por la independencia de criterio de que hace gala el cronista, y por su capacidad para prever las perversas intenciones de los nazis en un momento muy temprano, incluso antes de que las llevaran a cabo. En esta que reproducimos, Chaves comprende muy claramente que en la capacidad de la propaganda para envenenar a los jóvenes desde que son niños, es decir en lo que él llama con toda propiedad «corrupción de menores», se cifra una de las fortalezas de las ideologías totalitarias.

artes, practicará los deportes y, sobre todo, se adiestrará en el boxeo. Porque este niño alemán viene al mundo con el compromiso de andar siempre entristecido, pensando que hay unos millones de alemanes que viven bajo el yugo extranjero y con la promesa formal de que se hará fuerte y sabio para acudir a libertarles cuanto antes.

Los alemanes están orgullosísimos, relamiéndose sólo de pensar en lo que será capaz de hacer este niño que van a producir en serie. Pero uno —que no pertenece a la mejor raza del mundo— se queda pensando que es triste el destino de estos niños alemanes, para los que ningún acento verdaderamente humano será jamás inteligible. Es indudable que serán unos niños magníficos, fuertes, sabios, valientes; pero en cambio, todas las voces que no sean exclusivamente alemanas serán para ellos trágicamente incomprensibles. Cuando, como hace unas semanas, unos niños ingleses lancen al mundo un patético mensaje dirigido a todos los niños de la Tierra, en el que se hable con un acento hondo y universal de la «sed de paz», estos magníficos niños alemanes no lo entenderán. Y uno espera, en cambio, que haya unos rapaces en las montañas de Galicia o unos chavalillos en las vegas andaluzas más débiles, acaso, peor preparados tal vez, que cuando suenen en el mundo esas voces humanas y las oigan y las entiendan, sean para ellos una lengua inteligible, porque aunque es posible que no tengan zapatos —procuraremos que los tengan— conservarán íntegro, puro, el sentimiento de la libertad, el de la justicia, el de la paz y el de la humanidad.

Y entonces se siente una gran pena por esos niños que van a producir los nazis.

HAY QUE SABER CÓMO SE HACEN BIEN LAS COSAS

Hay que tener un poco de imaginación para comprenderlo. Imaginemos que el señor Casares Quiroga reuniese un día en su despacho del Ministerio de la Gobernación a los rectores de las universidades, a los directores de los institutos y a los inspectores de primera enseñanza y, sobre poco más o menos, les dijese:

—Señores; es indispensable que ustedes se encarguen de que la juventud y la infancia españolas sean penetradas hasta lo más hondo por el sentimiento republicano. El niño español tiene que aprender a odiar al monárquico, y ustedes, señores, tienen la misión de inculcárselo. Han de barrer de las conciencias infantiles todo lo que no sea exclusivamente republicano, porque la República es España, y, en cambio, la Monarquía no fue más que una traición al sentimiento nacional, a la verdadera patria española. Tienen ustedes que llamar la atención de los niños sobre la situación trágica que la Monarquía ha creado a los españoles. Si España es hoy una nación empobrecida, ustedes van a decir constantemente a los niños que se debe única y

exclusivamente al antipatriotismo de los monárquicos y a las infamias del régimen desaparecido. Estas afirmaciones no son unos postulados políticos, sino que ustedes, los maestros de los niños españoles, las tomarán como base indestructible de todas las ciencias y las artes que de aquí en adelante se cultiven en las universidades, los institutos y las escuelas de España. Esto que yo digo aquí ahora es la doctrina que se va a repetir todos los días y con todos los pretextos en todas las aulas del territorio nacional. ¿Estamos?

Los rectores de las universidades, los directores de los institutos y los inspectores de primera enseñanza bajarían respetuosamente la cabeza y se irían a sus cátedras a repetir estas palabras una y mil veces todos los días con la mejor voluntad y el más meritorio celo. Con la mejor voluntad y el más meritorio celo, porque previamente el señor Casares Quiroga se habría cuidado de que no fuesen ya rectores, ni directores, ni inspectores los que no estuviesen en tan favorable disposición de ánimo.

Pues esto es —traducido al español— lo que ha hecho en Alemania el doctor Frick, un señor que se ha sentado en un despacho de un Ministerio que es igual, exactamente igual, que el que tiene el señor Casares Quiroga en la Puerta del Sol.

LA ÚNICA ESPERANZA DE LAS DICTADURAS: LA CORRUPCIÓN DE MENORES

Hay que grabar de manera indeleble las doctrinas nacionalsocialistas en las imaginaciones infantiles. Ésta es la principal preocupación de los hombres que hoy gobiernan Alemania. Para lograr esta deformación espiritual del niño y conseguir esta servidumbre de la inteligencia infantil a una concepción política que se ha proclamado dogma del Estado, todos los medios se consideran lícitos. Además de la coacción sobre los educadores se ha recurrido al arma de la propaganda por la imagen, arma formidable en manos de estos hombres de Hitler, que se jactan de decir que los regímenes anteriores no han sabido esgrimirla y que consideran desdeñable y de poca monta incluso el ejemplo de Mussolini.

El Ministerio de Propaganda es, efectivamente, una de las piedras angulares del nacionalismo. Ya en aquel gobierno clandestino que tenía Hitler en la Casa Oscura de Múnich había no uno, sino dos Ministerios de Propaganda confiados a los hombres más activos e inteligentes del partido. No se espera a que las gentes se convenzan por las buenas de la excelsitud de los gobernantes nazis y de la legitimidad de sus doctrinas, sino que se sale en avalancha a las calles y a los campos para cazar al ciudadano con un formidable reclamo. Prensa, carteles, charangas, banderas,

uniformes; toda Alemania está bajo la acción proselitista de este aparato gigantesco de publicidad.

Pero cuando se dirige a los chicos esta campaña de propaganda es realmente aterradora. Los grandes almacenes están llenos de juguetes nacionalsocialistas; todos los juegos infantiles en boga tienen un sentido nazi, y lo mismo ocurre con los deportes. Las chaquetillas bávaras, las insignias, los uniformes, las banderas, las armas, las estampas, todo lleva al chico hacia el nacionalsocialismo.

En el cine, los muchachos no verán más que películas de las paradas hitlerianas, ni oirán más que discursos del *Führer*; folletines a base de espionaje y escenas de guerra; *Alemania sangrante*, *Los camisas negras*; en todo caso, nada que pueda suscitar una crítica del partido o de sus doctrinas. Hace poco se ha prohibido la exhibición de *Muchachos de uniforme* porque es una película que tiende a humanizar la férrea disciplina prusiana.

Es la misma táctica del Partido Comunista. Cuando en los primeros tiempos del bolchevismo las doctrinas soviéticas fracasaban y el régimen estaba a punto de perecer, Lenin seguía imperturbable, consagrando sus mayores esfuerzos a la propaganda infantil, y afirmaba: «Por mal que vaya todo, si me dejan a los chicos en mis manos durante unos años, no habrá nada después que derribe el régimen soviético».

Esta misma preocupación ha tenido Mussolini en Italia y tiene ahora Hitler en Alemania. Todas las dictaduras convencidas de que el régimen de represión, por violento que sea, a la larga trae la ruina del dictador, ponen su esperanza en la fabricación artificial de una juventud que consolide su obra. Si durante los años que tuvo el poder en sus manos Primo de Rivera se hubiese dedicado como Lenin, Mussolini e Hitler a la corrupción de menores con fines políticos, no hubiese sido tan fácil la tarea de implantar un régimen democrático en España.

UN CAUCE A LAS REBELDÍAS JUVENILES

Hitler fue directamente a captar a la juventud. Desde el comienzo, el nacionalsocialismo tuvo un aire radical, impetuoso, violento, que halagaba a los jóvenes. La propaganda se hace todavía entre los muchachos a base de que no hay en el mundo una doctrina que satisfaga tan plenamente los impulsos juveniles. Todos los radicalismos y todas las audacias de la juventud caben en la actuación de las tropas de asalto de Hitler.

A los desheredados, a los millones de muchachos que andan por las carreteras alemanas convertidos en vagabundos por no encontrar trabajo, el nacionalsocialismo les ofrece una revolución antiburguesa dirigida principalmente contra los explota-

dores del pueblo. Más, mucho más de lo que pueda ofrecer el comunismo a las masas proletarias, lo ofrece Hitler a los rebeldes alemanes. ¿Cómo va a cumplir el *Führer* sus promesas demagógicas? Esto no se ve claro todavía. Pero lo cierto es que le han creído. En los últimos tiempos, los propagandistas nazis iban a los millares de «albergues de juventud» que hay por toda Alemania para proporcionar refugio a estos muchachos vagabundos, medio mendigos, medio deportistas, que con un morral a la espalda y una mandolina en el pecho cruzan sin rumbo los caminos de Alemania, y allí, ante el fuego del hogar, hacían su campaña proselitista. Son millares y millares los comunistas de hace unos años que hoy se hallan convertidos al nacionalsocialismo sin que les quepa en la cabeza que han saltado limpiamente de un mundo a otro, considerándolo como una evolución natural.

A las juventudes universitarias que desde el primer momento se inclinaron hacia el nacionalsocialismo, Hitler les ha restablecido de un golpe todas sus viejas franquicias. Ha restaurado los antiguos derechos de los estudiantes y ha utilizado sus asociaciones para que delatasen y eliminasen a los profesores contaminados de liberalismo, judaísmo o marxismo.

La gran fuerza de Hitler para la conquista del poder ha sido indiscutiblemente los jóvenes. No nos equivoquemos: la juventud rebelde alemana está con el *Führer*.

YA NADA PUEDE DETENER LA AVALANCHA

Estando en Berlín, hace ya cinco años, fui una tarde a la redacción del *Berliner Tageblatt* para hablar con Teodoro Wolff. Los periodistas españoles teníamos candente entonces aquella vergüenza de la previa censura, y fui, naturalmente, con nuestro pleito al gran periodista. Pero Teodoro Wolff, que tenía ya ante los ojos el panorama de la Alemania de hoy, me habló de una manera insospechada para mí. Vino a decirme:

—La censura para la prensa es necesaria; cada vez más necesaria. Pero no para que la ejerza un gobierno en beneficio de sus fines particulares o de sus hombres, eso es siempre condenable. En cambio, cada día estoy más convencido de que es indispensable una censura de prensa ejercida no a beneficio de los gobiernos, sino precisamente en contra de ellos. Nunca será tan dañino lo que un periodista rebelde escriba como lo que un gobierno inspira y hace escribir. Las campañas de un periódico de oposición pueden ser fatales para un político o un régimen; pero las campañas alentadas por los gobiernos pueden desencadenar una nueva catástrofe mundial. Censura, sí; pero para los políticos y los gobernantes que se valen de la prensa. Lo horrendo, lo espantoso, lo que tiene consecuencias incalculables es el estado de opi-

nión unánime que en un momento dado un gobierno puede provocar en un país por medio de los periódicos. Yo sueño en una censura de prensa ejercida por un tribunal internacional con un alto sentido de la justicia y una autoridad indiscutible; un organismo análogo al Tribunal de Justicia Internacional de La Haya, que llegado el caso pudiera cortar ciertas propagandas infames que los gobiernos mismos alientan. ¿Cree usted que en estos momentos no sería la salvación de Europa que una censura internacional de prensa impidiese las campañas ferozmente nacionalistas de los gobiernos que están dispuestos a lanzar nuevamente a sus pueblos a una guerra?

¡Pobre Teodoro Wolff! ¿En qué oculto rincón de Alemania estará a estas horas contemplando despavorido cómo el gobierno de Hitler desencadena la campaña de prensa más fuerte que se ha hecho en el mundo para lanzar a la guerra a un pueblo? ¿Qué pensará el iluso demócrata de esta captación del adolescente y del niño para los fines imperialistas del nacionalsocialismo que ya nadie puede frenar?

¡Pobre Teodoro Wolff! Su periódico, el *Berliner Tageblatt* es hoy uno de los más furiosos defensores del belicoso nacionalsocialismo; uno de esos periódicos hitlerianos de nuevo cuño que hacen decir al ministro Goering, con el mayor desprecio del mundo: «El celo de la antigua prensa pacifista convertida ahora al nacionalsocialismo es tal, que los viejos y auténticos nacionalsocialistas nos ruborizamos leyendo las fervorosas demostraciones de estos recién llegados».

GUERRA Y AMOR EN IFNI LAS BELLAS MUJERES DE TILIUIN

1934

Gente guerrera toda esta de Ifni, gente que durante siglos ha venido haciendo de la guerra un deporte y un medio de vida, gente movida por el gusto del botín y por el placer del riesgo, lo poco que se conoce de la historia de los Ait Ba Amaran es una cadena ininterrumpida de luchas con el sultán, con los vecinos, con los franceses e incluso entre ellos mismos, cabila contra cabila, fracción contra fracción, poblado contra poblado y hasta familia contra familia.

La guerra es para los Ait Ba Amaran el régimen normal de vida. Han llegado a estabilizarla y tienen ya unas reglas caballerescas para la guerra tan inmutables como las que rigen, por ejemplo, para el juego de fútbol. Ya se sabe que durante los días de romería los caminos están libres y no se pueden cobrar las deudas de sangre; en esos días los que se andan cazando a tiros por los riscos conviven pacíficamente a la puerta de los morabitos. Es frecuente también que a mitad de la campaña las hostilidades se interrumpen y los beligerantes vuelvan a sus casas por la sola razón de que ha llegado la época de la sementera; ante todo hay que vivir, aunque no sea más que para poder continuar matándose; así, pues, cuando llega la hora de las labores los santones sirven de mediadores y se pactan las treguas; los guerreros descargan sus fusiles al aire, y después de esta salva de paz echan mano al arado, sin perjuicio de volver al campo a solventar sus querellas tan pronto como dejen sembradas sus tierras. Para comenzar las hostilidades tienen también su ritual; la ausencia a una romería de los hombres de determinada fracción quiere decir indiscutiblemente que se hallan en pie de guerra; los Azwafit, antes de entrar en combate, ejecutan una vistosa parada, que consiste en hacer desfilar a todos los combatientes bajo una especie de arco de triunfo formado por la tela de un turbante sujeta al extremo de dos fusiles que sostienen en alto dos jinetes puestos en pie sobre los estribos. Todos los guerreros, por mucho que sea su odio contra el enemigo, respetan caballerosamente estos ritos y estos convencionalismos, que hacen tolerable, hasta cierto punto, este estado de guerra permanente.

La falta de *hazañas bélicas* en el episodio de la ocupación española de Ifni, dirigida por el coronel Capaz, obligó al cronista a practicar un cronismo de costumbres, amable y bienhumorado, del que es buena muestra esta pieza donde Chaves bromea sobre la distancia que separa la prosaica realidad de las leyendas o de la literatura.

En una sociedad que ha conseguido hacer de la lucha armada un modo normal de convivencia, la mujer tiene naturalmente una función bélica también. Es costumbre entre los habitantes de Ifni que las mujeres sigan a sus hombres a la guerra llevando medicinas para los heridos, estigmas para los cobardes y premios —en sus propios cuerpos cimbreantes— para los héroes. Las medicinas para los heridos son pocas: unas hierbas, unas cebollas y unos ungüentos aromáticos. En cambio, los castigos para los cobardes, que las mismas mujeres son las encargadas de aplicar, tienen una gran variedad: botes de alquitrán y alheña con los que embadurnan la espalda del que la ha mostrado en el combate; escobas de palma con las que rocían de manera burlesca a los fugitivos; haces de espino que le cuelgan en la silla de sus cabalgaduras; pencas de higuera bravía, que les tienden en la punta de una pica al pasar...

En cambio, para el héroe, estas terribles mujeres de los Ait Ba Amaran deben de ser ambrosía. Poco se sabe sobre cómo puedan ser las mujeres de los bereberes, pero algo extraordinario deben de ser cuando, a pesar de la discreción con que los musulmanes hablan siempre de sus mujeres, un poeta de Ait Ba Amaran se atreve a ensalzarlas con estos versos:

¡Oh! Quién fuese herido en las calles de Tiliuin
para que las mujeres de Tiliuin se inclinasen sobre él
preguntando: ¿está muerto?, ¿está vivo?

LOS CASTOS CONQUISTADORES

Caminábamos a la cabeza de la columna por las barrancadas del Noun, camino de Tiliuin, y el bravo capitán que iba al frente de la tropa aliviaba nuestra fatiga diciéndonos con gracia o énfasis, mientras su caballo trotaba dando al aire la gran bofetada de su *sulham* encarnado:

—¡Adelante! Las bellas mujeres de Tiliuin nos esperan estremecidas en sus azoteas para recibirnos con sus jubilosos *yuyus*.

¡Cómo se reirá ahora aquel capitán de buen humor leyendo estas alusiones literarias a las bellas mujeres de Tiliuin!

Porque no es verdad. No hay bellas mujeres en Tiliuin. Ni nos esperaban estremecidas en las azoteas. Ni lanzaban al aire sus gloriosos *yuyus* cuando pasaban triunfales por sus callejas los bizarros cristianos que por primera vez las profanaban.

Esta de Ifni ha sido una humilde conquista. Los castos y honestos conquistadores han visto con los ojos bajos, igual que colegialas, cómo se desvanecían a su paso las

sombras fugitivas de las mujeres. Las órdenes del coronel Capaz habían sido terminantes: «No quiero —había dicho al salir las columnas— que se moleste a una sola mora; estas mujeres son tan españolas como las nuestras y han de ser respetadas a todo trance». Esperemos que las moras hayan comprendido que esto de la castidad «estar cosa de gobierno» para que no padezca el crédito de esforzados que en las lides de amor han merecido siempre nuestros soldados. Yo lamento de veras no tener el menor pretexto para prolongar el mito erótico de los conquistadores, pero, la verdad, la pura verdad, es que allí en Ifni no se ha preocupado de las bellas mujeres ni las ha perseguido nadie más que nuestro fotógrafo, que andaba por las calles de Tiliuin máquina en ristre, ganándose los improperios y las maldiciones de todas las viejas arpías del poblado, que no son pocas.

En África, y sobre todo en lo que se refiere al amor y a las mujeres, es donde mayor desproporción existe entre la realidad y la fantasía. Todo es mentira; desde la belleza de las hembras hasta los celos de los varones; he descubierto que por no ser nada, ni siquiera son polígamos.

Todas las fantasías eróticas del islam se han resuelto allí en la dantesca aparición de unas bandas tristes de prostitutas que han venido del desierto al olor de los soldados. Famélicas mujeres del desierto, envueltas en harapos, que han llegado con los desnudos pies llenos de quemaduras producidas por la candente arena del Sáhara a trocar su sífilis negra por el blanco pan que fabrican los hornos de Intendencia.

Al anochecer, estos espectros femeninos merodeaban por los campamentos de la mehala, procurando atraer a sus jaimas, comidas de pulgas y piojos, a los heroicos mejznies de Ghomara; los atildados soldaditos de aviación, salidos semanas antes de Getafe con el regusto de las criaditas madrileñas, les tenían a estas horribles mujeres del desierto un santo terror; y los bizarros oficiales se encerraban en sus tiendas desesperados preguntando: ¿ha venido el último número de *Crónica*?

Ésta es la verdad; la pura verdad. Todo lo demás es literatura.

Había únicamente alguna mañana en el silencio del campo estremecido de brisas el aleteo súbito de una tórtola, y allá a lo lejos, muy lejos, el *alalá* cristalino de una garganta de mujer que surcaba cadenciosamente la paz geórgica del valle y renacía al llegar a las faldas de la montaña en otro *alalá* lleno igualmente de gracia y alegría.

Pero nos desojábamos mirando y no veíamos nada.

A lo mejor, también aquello era literatura.

EL MARTIRIO DE OVIEDO BAJO EL IMPERIO DE LA DINAMITA

1934

OVIEDO, 27. No creo que haya habido una ciudad en la que una revolución haya hecho tantos destrozos como la rebelión de los mineros ha causado en Oviedo. Las referencias que se tienen de la lucha revolucionaria en las calles de Petrogrado y Moscú en 1917, de las devastaciones de la guerra civil en Ucrania y de las revoluciones comunistas en Alemania y Hungría no acusan un porcentaje tan elevado de edificios destruidos, de tesoros artísticos perdidos y de vidas humanas sacrificadas. Costó mucho menos implantar el bolchevismo en las calles de Moscú de lo que ha costado a Oviedo resistir a los mineros. Aquellos famosos diez días «que conmovieron al mundo» fueron positivamente menos espantosos que los diez días de la revolución en Oviedo.

Este *record* de destrucción lo explica sobradamente una sola cosa: la dinamita. Las cantidades de dinamita de que han dispuesto los revolucionarios son fabulosas. En cualquier rincón de Asturias, en la última aldehuela, aparecen todavía camiones cargados de toneladas —así, toneladas— de dinamita. Si toda ella la hubiesen utilizado, no habría quedado en Oviedo piedra sobre piedra. Quince días después de la revolución, los valles de Asturias siguen retumbando pavorosamente por las constantes explosiones de los depósitos de dinamita que los artilleros van poco a poco inutilizando.

Esto es lo inconcebible. Cuando llegue la hora de aquilatar las responsabilidades últimas de lo ocurrido en Asturias, esta de la dinamita será una de las que más estrechamente deberá depurarse. La gente se preocupa de los alijos de armas, de las compras de fusiles en el extranjero y de los saqueos de las fábricas militares; pero acepta como un hecho lógico y natural que los mineros tuviesen esas cantidades ingentes de dinamita, olvidando que el martirio de Oviedo no hubiera sido posible sin las reservas de explosivos de que disponían los revolucionarios.

La dinamita, además, en manos de una gente que tiene por oficio el manejarla, es un arma de una eficacia combativa incalculable. A los pelotones de guardias rojos

La «crisis de Asturias», una verdadera revolución con focos en otras regiones españolas, sometió a la República a una dura prueba que Chaves, como otros enviados especiales, contó también sobre el terreno. En esta crónica, penúltima de la serie, el reportero se centra en el poder destructivo de los explosivos sobre la ciudad arrasada.

que salían de la cuenca minera en dirección a Oviedo se les entregaban fusiles y cartuchos; pero la verdad es que de poco o nada les sirvieron. Basta apreciar los efectos del tiroteo en las fachadas. Cuando se encuentra una casa cuyas ventanas están enmarcadas por los impactos, mientras el resto de la fachada permanece intacto, ya se sabe que allí estaban refugiados los rebeldes y que contra ellos han tirado los soldados o los guardias. Cuando, por el contrario, se ve un muro acribillado a balazos por todas partes menos por los contornos de los huecos, ya se sabe: contra esta pared tiraban los revolucionarios.

El fusil no les ha servido de nada. En los tres primeros días de asalto a Oviedo, los guardias rojos dispararon al aire millares y millares de cartuchos sin hacer un solo blanco. El día y la noche se lo pasaban consumiendo los peines de balas que les entregaban para cada guardia. Se calcula que en los ocho días han disparado cuatro millones de cartuchos. Así se explica que ya al final tuvieran que rendirse por falta de municiones, sin haber podido acallar los disparos de los soldados y los guardias, que, refugiados en la catedral, el cuartel de guardias de asalto, la cárcel, el cuartel de Pelayo y los cuatro o cinco puestos estratégicos, estuvieron haciéndoles constantemente un fuego mortífero. Los mineros no sabían manejar más arma que la dinamita, y con ella consiguieron sus únicos triunfos. Expertos conocedores de las propiedades del explosivo que a diario manejan, lo utilizaban con una eficacia sorprendente. Los ataques a la dinamita fueron terribles. Avanzaban hacia las fuerzas de asalto, que, con el fusil echado a la cara, les cortaban el paso, y yendo a pecho descubierto con el cinto lleno de cartuchos de dinamita y el cigarrillo para irlos prendiendo, en los labios. Tiraban un cartucho, y como sabían medir exactamente su fuerza explosiva, se retiraban sólo lo estrictamente indispensable, mientras el adversario huía aterrorizado, perdiendo posiciones; apenas sobrevenía la explosión, saltaban sobre el lugar mismo donde se había producido y, envueltos en la humareda, avanzaban un poco más para lanzar otro cartucho y otro y otro. Aquellos diablos perdidos en el humo denso de las explosiones ganaban terreno en el cuerpo a cuerpo con los defensores del orden, que tuvieron que replegarse a los puestos estratégicos, donde resistieron el asedio hasta que llegaron las tropas.

En cambio, cuando los dinamiteros se vieron forzados a sostener el tiroteo con los reductos de la fuerza pública, fracasaron. No consiguieron apenas hacer bajas a los servidores de las ametralladoras que les estuvieron friendo. Días y días, los guardias rojos, parapetados frente a la catedral, con el inútil fusil entre las manos, estuvieron viendo cómo los guardias y los soldados les iban cazando poco a poco, sin que pudieran avanzar un paso.

Su rabia, su impotencia, les hizo volverse entonces contra la ciudad, que tenían inerme en sus manos, pero de la que no podían ser los amos mientras subsistiesen aquellos reductos desde los que la fuerza pública les fusilaba a mansalva. Entonces empezó la destrucción sistemática de edificios. Con cualquier pretexto, por una supuesta necesidad de estrategia, por represalias fundadas en que desde allí se disparaba, metían un barreno en los muros y hacían volar el edificio. Otros los rociaban con gasolina y los incendiaban también por medio de la explosión de cartuchos de dinamita. La fuerza pública, para aislarse y mantener la defensa, tuvo que coadyuvar a la destructora tarea. El teatro Campoamor lo incendiaron los guardias de asalto para que no se les echasen encima desde él los revolucionarios.

Manzanas enteras de soberbios edificios se abatieron. De ellas no quedan más que informes montones de escombros o negros paredones que amenazan desplomarse. La traca final fue la voladura del edificio del instituto, llevada a cabo por los rebeldes cuando ya se sentían derrotados. Una tonelada de dinamita sacudió las entrañas de Oviedo y escupió al cielo aquella ingente mole.

Este cataclismo pudo ser un simple episodio. Con la dinamita que a los mineros sublevados les ha sobrado después de rendirse, tenían para haber volado la ciudad entera.

Que esto haya sido posible es lo que no se concibe. El mundo se horrorizaba antes cada vez que se hablaba de aquellos dinamiteros clásicos cuya sola evocación ponía pavor en todos los ánimos. Eran unos hombres terribles que andaban ocultándose en las entrañas de las ciudades con un paquetito de tres kilos de dinamita bajo el brazo. Cuando ahora, aquí en Asturias, me llevan una vez y otra a los garajes y a las bocaminas donde hay camiones cargados con toneladas y toneladas de dinamita de la que ha sobrado a los rebeldes, me acuerdo de aquel infeliz terrorista de las novelas rusas al que perseguía implacablemente la sociedad considerándose seriamente amenazada por su paquetito de explosivo. En cambio, estos mozos insensatos que manejaban diariamente cajas enteras de dinamita, debieron parecer a las autoridades unos inofensivos aficionados a los fuegos artificiales. De no haber sido así, lo de Oviedo no se comprende.

Yo no sé cómo puede evitarse que los mineros tengan la dinamita que se les antoje en un momento dado; pero estoy absolutamente seguro de que si se quisiera se evitaría. Lo contrario es resignarse a que una ciudad, una región, un país entero estén a merced del coraje de unos millares de mineros arrastrados por una estúpida propaganda revolucionaria.

CÓMO SE VIVE EN PLENA GUERRA CIVIL

1934

Volvieron los bolcheviques como se habían ido, con sus bonos, sus oficinas, sus mítines, sus colas a la puerta de las panaderías y sus destacamentos armados, que esta vez, para irse ganando la voluntad de la población civil, tenían orden de no tirar a bulto contra la gente, como habían hecho durante la primera dominación. Se les había exacerbado la manía reglamentista y en cada esquina montaban una oficina para prohibir o perseguir algo: querían intervenirle a uno hasta la respiración. Como esta vez contaban con más elementos y mejor organización, apretaron aún más las clavijas y puede decirse que los infelices habitantes de Kiev se asfixiaban como pececillos entre las mallas de aquella burocracia soviética, obstinada en quitarle a cada uno su medio de vida.

Desde el primer momento se dedicaron los bolcheviques a hacer una intensa propaganda de sus ideas entre los cinco mil obreros del Arsenal, porque lo curioso era que la mayoría de los obreros de Kiev y la totalidad de los campesinos de Ucrania estaban en contra de aquel gobierno obrero y campesino, que si se apoderaba del mando era sencillamente por la fuerza de las armas, no porque los trabajadores lo impusieran. Los bolcheviques mitineaban a toda hora y en toda ocasión y lugar: era una verdadera obsesión. Por dondequiera aparecía un propagandista rojo discursando, sin que le importase que fuesen muchos o pocos los que le escuchaban. Se daba el caso de que a veces se encontraba uno a un bolchevique desgañitándose como un loco en medio de una plazuela solitaria. Era para que, quisieran o no, oyesen sus predicaciones revolucionarias los vecinos que estaban detrás de las ventanas o bien para que los transeúntes se detuvieran al oírle, como se paran los papanatas ante los sacamuelas.

Tanto el título involuntariamente premonitorio de este capítulo, de hecho previo a la revolución de Asturias y sólo dos años anterior al inicio de la guerra española, como su contenido y el del libro, *El maestro Juan Martínez que estaba allí*, prefiguran el conflicto con su doble reflejo de los terrores rojo y blanco, como lo llama el propio Chaves. Y también la forma de contar las impagables peripecias de su protagonista, inspirado por un personaje igualmente real, adelanta en buena medida el método que seguirá el narrador en su biografía novelada de Belmonte. De nuevo el humor, sumado a la cautivadora naturalidad con la que el flamenco de Burgos narra las mayores barbaridades, atenúa los tonos oscuros. «Había bandas de forajidos blancos, rojos, verdes y negros; es decir, zaristas, bolcheviques, campesinos y anarquistas, todos igualmente ladrones y asesinos». En un mundo castigado por la violencia, la sensata voz del bohemio resuena con la extraordinaria lucidez que se atribuye a los locos.

Una vez, las mujeres comunistas organizaron un mitin en el circo para hacer la propaganda de sus ideales entre las mujeres de Kiev. Yo estuve presente como miembro del Sindicato del Circo, y aquello fue espantoso. Atraídas por los anuncios del mitin acudieron millares de mujeres de obreros y campesinos; pero cuando las propagandistas rojas se pusieron a hablar del amor libre estallaron ruidosas protestas. Hubo una de las oradoras que quiso defender la teoría de que cada cual tenía derecho a buscar en cualquier momento de su vida el hombre o la mujer que le agradasen más, y allí fue Troya.

Llovieron sobre ella los insultos más terribles. Las buenas mujeres del campo y las infelices trabajadoras de la ciudad, que no habían oído nunca una cosa semejante, se levantaron airadas. La bolchevique, que era muy valiente, dominó un momento el tumulto, y dijo que estaba dispuesta a mantener controversia sobre el tema del amor libre con la que quisiera. En aquel caos de imprecaciones saltó al escenario, reman-gándose la amplia falda, una mujeruca del pueblo que, plantada ante las candilejas, se anudó el pañuelo bajo la barbilla, se puso en jarras y dijo, sobre poco más o menos:

—Todas estas tías guarras que vienen contando esas historias del amor libre, lo que quieren es sonsacar a nuestros maridos para liarse con ellos. ¡Que se limpien! ¡Compañeras! A nosotras no nos importa que degüellen a los burgueses si quieren, que con ello nada se pierde; pero lo que no vamos a consentir es que estas tías tales vengán a quitarnos a nuestros maridos en nuestras propias narices ni a soliviantarlos, para que se crean con derecho a buscarse muchachitas guapas y a tirarnos a nosotras a la basura, diciendo que somos viejas y feas. ¡Duro y a ellas, camaradas!

Se armó una tremolina espantosa. Unas docenas de mujeres, rabiosas, saltaron al escenario dispuestas a linchar a las propagandistas bolcheviques, que lo hubieran pasado mal a no haber sido por la oportuna aparición de un cordón de guardias rojos que, con la bayoneta calada, se colocaron ante las candilejas, protegiéndolas.

A pesar de esta animosidad del pueblo por las teorías comunistas, los bolcheviques intensificaban su propaganda. Para ganarse a los obreros perseguían a los burgueses, contra los que dictaban leyes durísimas, cuyas excelencias predicaban luego en los campos y en las fábricas. Decretaron el trabajo obligatorio, y las patrullas de guardias rojos cazaban en las calles a los transeúntes y los llevaban a trabajar en las fortificaciones y en la reparación de los puentes y caminos que habían sufrido desperfectos en los bombardeos. No se paraban en ninguna consideración, y lo mismo tenían ocho horas acarreamo piedra a un barbudo sacerdote que a un magistrado. No creo que el trabajo de aquellos improvisados peones, que no habían visto en su vida un pico ni una pala y que se caían de espaldas al levantar la espiocha, sirviese más que para

ofrecer a los proletarios el espectáculo de la humillación de las clases pudientes bajo el régimen soviético. Yo me metí otra vez en el Sindicato de Artistas del Circo, que, con los bolcheviques, volvió a levantar cabeza. Era un buen refugio; allí, emboscado en el sindicato, se soslayaba un poco la tiranía de los rojos, porque se disfrutaba de la consideración de *rabotchi* sin demasiado trabajo. No tardaron, sin embargo, en encontrarnos aplicación y se les ocurrió que podrían utilizarnos como elemento de atracción para la propaganda soviética, organizando expediciones de artistas de circo a las aldeas y al frente. Nuestra misión era la de divertir a los soldados y congregarse a los campesinos en las plazas de los pueblos con nuestros títeres, para que los propagandistas pudieran discursarles.

Yo procuré zafarme, pues aquellas expediciones eran penosísimas y estaban llenas de peligros. Los caminos se hallaban a merced de las bandas de forajidos; había por todo el país numerosas bandas de cien a doscientos hombres que iban sembrando la muerte y la desolación por donde pasaban. Había bandas de forajidos blancos, rojos, verdes y negros; es decir, zaristas, bolcheviques, campesinos y anarquistas, todos igualmente ladrones y asesinos. Una de las peores era la banda de «los señores», llamada así porque los que la formaban iban magníficamente instalados en automóviles, con soberbios abrigos de pieles y perfectamente armados y equipados. Luego, los bolcheviques, que eran muy audaces, se metían en las aldeas o las isbas que les eran hostiles a hacer propaganda y echaban por delante a los titiriteros, a riesgo de que los campesinos, furiosos contra ellos por las requisas, nos despedazasen.

EN PLENA BARBARIE

No había pasado un mes cuando los blancos atacaron de nuevo. Esta vez los petliuras venían reforzados con las tropas del Ejército Blanco, que se había ido formando en el sur a las órdenes de Denikin. En la vanguardia aparecieron aquellas terribles gentes del Cáucaso, con sus cuchillos corvos como gumías, que iban cortando cabezas a diestro y siniestro con una ferocidad jamás igualada.

Los blancos atacaron Kiev por los mismos sitios que la otra vez; pero los bolcheviques, en vez de abandonar la ciudad ante el bombardeo, resistieron y se entabló una lucha cuerpo a cuerpo en las calles, que fue espantosa. Tres días duró. Millares de hombres de uno y otro bando cayeron defendiendo o atacando palmo a palmo el terreno. Al cuarto día la batalla se decidió a favor de los blancos, y los bolcheviques que pudieron escapar se refugiaron en el barrio judío, donde se hicieron fuertes todavía durante unas horas para cubrirse la retirada en dirección a Kremenchuk.

La población de Kiev volvió a recibir a los blancos con grandes demostraciones de júbilo: se les hizo la ofrenda ritual del pan y la sal, y se arrojaron ramos de flores a su paso. Nunca se hacía este recibimiento a los bolcheviques.

Ocuparon Kiev los ejércitos aliados de Petliura y Denikin; pero no con esto volvió la paz. Un destacamento de cosacos perteneciente al ejército de Denikin fue el primero que llegó al palacio de la Duma, y minutos después ondeaba en el edificio la bandera imperial del zar. Poco después llegaron los destacamentos del atamán Petliura, que subieron tras los cosacos, arriaron la bandera del imperio e izaron en su lugar la bandera separatista de Ucrania. Sin una vacilación los cosacos de Denikin montaron a caballo, y en la plaza misma de la Duma atacaron a sablazo limpio a sus aliados los petliuras, ante los ojos espantados de la muchedumbre, que había acudido jubilosamente a vitorear a los triunfadores. Arrollados por aquellos feroces guerreros del Cáucaso, huyeron los nacionalistas ucranianos, y sobre el palacio de la Duma se mantuvo enhiesta la bandera imperial de Nicolás II.

Pasado el primer momento de estupor, Petliura rehizo a su gente y volvió al ataque; pero las tropas cosacas de Denikin cargaron contra los ucranianos y los dispersaron, obligándoles a salir precipitadamente de Kiev. Detrás de los bolcheviques salieron los hombres de Petliura, y la ciudad quedó en poder del Ejército Blanco, que venía a restablecer íntegramente el régimen autocrático del Imperio de los zares. Libres ya de aquella canalla de bolcheviques y separatistas, los cosacos la emprendieron con los judíos del Podol. Hicieron allí una carnicería espantosa, asesinaron a centenares de infelices, lo saquearon todo. Dondequiera que encontraban un arma, por insignificante que fuese, no dejaban un ser vivo. Fue tal la matanza, que los judíos, a pesar de lo cobardes que naturalmente son, intentaron la resistencia con las ansias de la muerte, convencidos al fin de que doblando la cabeza como corderos no conseguirían sino que los degollasen en masa aquellas hordas de cosacos, sedientos de sangre y ansiosos de botín. Por toda la ciudad se extendió el terror. El zarismo volvía.

UN RÍO DE ORO Y BRILLANTES

Y yo me volví a ver metido en mi *smoking* de *croupier* y cantando: «Hagan juego, señores. No va más».

Con la llegada del ejército de Denikin se despertó en Kiev una pasión universal por el juego. Se abrieron garitos a docenas y a todos ellos acudía una muchedumbre febril que se jugaba las pestañas, porque nadie sabía lo que iba a ocurrir al día siguiente, ya que las cosas y el dinero mismo tan pronto valían como dejaban de valer, y la

verdadera locura hubiera sido en aquellos momentos pensar en ahorros y seguridades para el porvenir. Empezó entonces a circular el dinero de Denikin. Había dinero del zar, dinero de Kérenski y hasta dinero de los sóviets, que empezó a correr clandestinamente. Claro es que este dinero era papel. Unas estampitas en las que el que mandaba firmaba por su palabra que aquello valía tanto y había que creerle. Hasta que se marchaba, naturalmente. Ante una moneda de oro auténtica, ante una libra esterlina, por ejemplo, aquellos papelotes vanidosos se achicaban, perdían toda su importancia y quedaban reducidos a la nada. Yo he pagado miles y miles de rublos papel por una sola monedita reluciente. Empezó a circular también la valuta extranjera, sobre la que se tiraba la gente entusiasmada: marcos, francos, libras, dólares, circulaban profusamente; pero hubo también muchos chascos, y al final sólo el que tenía libras o dólares podía decir que tenía dinero.

En sustitución de aquel falso dinero, que de la noche a la mañana perdía su valor, aparecieron las joyas y las piedras preciosas. Las transacciones se hacían a base del valor intrínseco de los brillantes, el oro o la plata, y como moneda circulaban las pitilleras, los alfileres de corbata, las sortijas, los pendientes o sencillamente los cubiertos de plata. Una aristocracia y una burguesía que durante siglos habían estado acumulando el oro y las piedras preciosas, salían bajo la protección de la bandera del imperio, plantada en Kiev por Denikin, a cambiar las viejas joyas familiares por pan.

Yo estaba de *croupier* en una mesa de oro, llamada así porque las apuestas únicamente se admitían en monedas de oro, contantes y sonantes. Era una gran casa de juego, establecida en el número 42 de la Kreschatik, adonde iban únicamente jefes y oficiales del ejército de Denikin. Ganaba de ocho a nueve mil rublos diarios y a veces hasta quince mil, que ya era un buen jornalito. Hacía además mucho dinero con la compraventa de las alhajas, porque los oficiales, cuando perdían y se quedaban sin poder jugar, sacaban las joyas que tenían y las vendían por lo que les daban, con tal de seguir jugando. Con la promesa de que se les devolverían al día siguiente si venían a rescatarlas, las daban por la mitad, a pesar de que casi ninguno volvía. Era ley caballeresca entre los *croupiers* la de esperar efectivamente durante veinticuatro horas antes de desprenderse de la joya, por si el perdidoso podía venir a recobrarla. Pasado aquel plazo de un día, los *croupiers* negociaban libremente la alhaja. Una madrugada un oficialillo joven, que había perdido todo su dinero, me pidió mil rublos, con la garantía de una pitillera de oro con preciosos esmaltes del Cáucaso, que debían de valer un dineral. Me porfió mucho para que no la vendiera, diciéndome que al día siguiente volvería a recogerla, porque era un recuerdo de su padre. Pero al día siguiente

te no volvió, ni al otro, ni en muchos días más. Echaron al Ejército Blanco de Kiev, y yo seguía con la pitillera guardada. Cinco o seis meses después, cuando volvieron los blancos, se me presentó el oficialito aquel, y cuando le dije que aún conservaba su pitillera se volvió loco de contento, me pagó lo que le había dado por ella, y llorando de alegría me regaló unos cuantos miles de rublos de propina.

En aquella época mi casa era una joyería. Tenía de todo: bolsos de señora, relojes de oro, sortijas, pitilleras, pendientes, hasta un icono bizantino con incrustaciones de brillantes que se jugó un creyente. Todo esto lo íbamos escondiendo cuidadosamente, con la ilusión de marcharnos de Rusia algún día llevándonoslo. Era aquél un momento magnífico para hacerse millonario. Los aristócratas y los burgueses, arruinados, perseguidos, perdida la moral, salían a malbaratar sus joyas familiares, y con un poco de habilidad y algún dinero para especular se podía juntar un fortunón en oro y brillantes. A la casa de juego de la Kreschatik, donde yo estaba, venían frecuentemente muchos obreros e incluso bolcheviques, amigos míos, con la pretensión de comprar alhajitas para sus mujeres, y se daba el caso de que a lo mejor en el mercado se veía a una campesina sucia, con el pañuelo por la cabeza, luciendo en el pecho un *pendentif* de brillantes. Claro es que andando el tiempo todo aquello fue a parar a manos de los judíos del Podol. De los pocos judíos que habían dejado vivos los cosacos de Denikin.

«¡AY, MADRE!, ¡AY, MADRE!»

En el mes de septiembre atacaron de nuevo los bolcheviques. Eran las seis de la mañana cuando empezaron los tiros. La casa de juego de la Kreschatik, donde yo trabajaba, estaba en aquellos momentos llena de oficiales, que tuvieron que salir corriendo. Se levantó la partida y yo me fui a casa, dispuesto a esconder de nuevo el *smoking* y a transformarme una vez más en proletario oprimido.

Esta vez los rojos tenían hasta cañones, con los que estuvieron bombardeando el centro de Kiev desde la estación. Duró el bombardeo un par de horas, y los cosacos de Denikin, contra lo que podía esperarse, no se defendieron mucho. Al mediodía ya habían evacuado la ciudad. Yo me asomé a la ventana de mi hotel. En lo alto de la Fondukreschatik, ante el Gran Teatro, cuya plaza se divisaba desde allí, estaba todavía uno de los cañones de Denikin. Sonaron unos cuantos estampidos, se advirtió allí en la plaza un momentáneo revuelo, y segundos después bajaba por la cuesta de la Fondukreschatik a todo meter un cañón de los blancos, arrastrado en una carrera vertiginosa por los cuatro caballos que le quedaban. Montado en uno de los caballos iba un cosaco, que descargaba furiosos latigazos sobre las bestias, lanzadas al galope,

y encaramados en la cureña del cañón iban otros dos, uno de ellos, boca arriba, con la cabeza colgando y las manos tintas en sangre puestas en el vientre; su camarada le sujetaba apuradamente para que no resbalase y se dejase los sesos en el empedrado. Perdidos en el estrépito del galope se oían los gritos desgarradores del herido: «*¡Uvuy, mama! ¡Uvuy, mama!* (¡Ay, madre, ay, madre!)», se le oía decir.

Minutos después apareció en la plaza del Gran Teatro el primer destacamento de soldados con la escarapela roja, que echó a andar por la Fondukreschatik abajo con la bayoneta calada. Un soldado de Denikin, que se había quedado rezagado, vio venir la patrulla enemiga y no tuvo tiempo más que para pegarse como una lapa a la jamba de un portal, con la esperanza de que al pasar no le viesen. Le vieron. El soldado que iba delante en la patrulla le dio un bayonetazo que le atravesó el pecho, el que le seguía le ensartó a su vez y el otro, y el otro. Todos los soldados del destacamento le fueron dando su lanzada al pasar. Cuando pasó el último, el cuerpo del infeliz cosaco no era más que una piltrafa sanguinolenta.

A la una de la tarde todo estaba en calma, y los vecinos de Kiev se echaron a la calle disfrazados, claro es, de mendigos, pues ya se sabía que cuando venían los rojos lo más prudente era andar hecho un pordiosero. Pero cuál no sería el asombro de la gente al advertir que el ejército vencedor, que había expulsado a Denikin de Kiev, no era el Ejército Rojo, sino el del atamán Petliura, cuyos hombres se había puesto la escarapela roja para asustar a los cosacos, y al mismo tiempo para que, al atacar, les ayudasen desde dentro los obreros bolcheviques de Kiev.

Esta estratagema no sirvió más que para favorecer a los verdaderos bolcheviques, que venían atacando detrás de los petliuras. A las nueve de la noche comenzó de nuevo el cañoneo; hubo además un fuego muy intenso de fusilería y ametralladoras; pero los petliuras no pudieron resistir, porque, descubierta su verdadera significación, los judíos y los obreros se revolviéron contra ellos, tiroteándolos desde las ventanas y los tejados. Ni siquiera llegaron a ocupar la ciudad. Entraron por un lado y salieron por otro.

Y ya tuvimos bolcheviques para rato.

ANARQUÍA Y JERARQUÍA

1935

No llegué a meterme en aquellas tertulias de torerillos del Altozano, postineros y bien caracterizados que cursaban, paso a paso, su carrerita de toreros en los tentaderos donde, con la venia de los señoritos, hacían sus pruebas de aptitud como estudiantes que se presentan a examen y que, de vez en cuando, se dejaban ver por la calle Sierpes y el Café Central, con sus ternos de buen corte y el asa de la coleta colgando por debajo del sombrero de ala ancha. Dejé a un lado aquella torería *oficial*, con la que no simpatizaba, y fui a caer en un grupo de zagalones que se reunían para hablar de toros en un puestecillo de agua adosado al muro del convento de San Jacinto.

Me gustaban los toros y me molestaban los toreros. A medida que me entusiasmaba con el toreo, sentía mayor antipatía por el tipo clásico del mocito torero. Yo no sabía entonces si aquella repugnancia mía por la torería castiza era sencillamente una reacción elemental de orgullo determinada por el desairado papel que hacía entre aquellos aficionados presuntuosos, que ni siquiera se dignaban mirarme, o si realmente respondía a una convicción revolucionaria que me llevaba a combatir desde el primer momento los convencionalismos del arte de torear. Probablemente en el principio fue sólo el despecho, el resentimiento, si se quiere, lo que me apartó de las normas académicas y el escalafón. El arte de los toros está tan hecho, tan maduro, tiene una liturgia tan acabada, que el torero nuevo ha de someterse a una serie de reglas inmutables y a una disciplina educadora, para la que yo no estaba bien dotado. Lo vi claro desde el primer momento. En la liturgia de los toros yo sería siempre el último monaguillo. En cambio, me creía en condiciones de ser el depositario de una verdad revelada.

Me junté con aquellos zagalones del puesto de agua de San Jacinto, que tenían todos la misma actitud protestataria y revolucionaria que yo. Era aquélla una gente desesperada, que había roto heroicamente con todo. ¿Toreros? Ni iban a los tentaderos a lucirse, ni usaban coleta, ni se dejaban ver de los empresarios en los cafés de

Situado en el escenario ya familiar, para los lectores de Chaves, de la sevillana dehesa de Tablada, este capítulo del *Belmonte* es uno de los más emocionantes de un libro, el dedicado al matador de Triana —que en realidad había nacido en Ancha de la Feria, muy cerca de la Macarena— repleto de momentos inolvidables. Tanto la incorporación del joven Juan a los «anarquistas del toreo» como las noches clandestinas en la dehesa, en la que los muchachos se empuñan desnudos a la luz de la luna, desprenden el genuino sabor de las leyendas.

la calle Sierpes, ni respetaban prestigios, ni tenían padrinos, ni estaban en camino de conseguir nada práctico en la vida. Era una gente un poco agria y cruel, que todo lo encontraba despreciable. Bombita y Machaquito eran entonces las figuras máximas del toreo; para la pandilla de San Jacinto eran dos estafermos ridículos. No teníamos más que una superstición, un verdadero mito que amorosamente habíamos elaborado: el de Antonio Montes. Lo único respetable para nosotros en la torería era aquella manera de torear que tenía Antonio Montes, de la que nos creíamos depositarios a través de unas vagas referencias. Todos nos hacíamos la ilusión de que toreábamos como toreó Montes, y con aquella convicción agredíamos implacablemente a los toreros que entonces estaban en auge.

No se crea que mi incorporación a aquel grupo de anarquistas del toreo fue cosa fácil. Tenía aquella gente un orgullo satánico. Más difícil era entrar en aquel círculo de resentidos que hacerse un puesto entre los toreros diplomados. Pero yo me sentía atraído irresistiblemente por ellos y a ellos iba, a pesar de sus repulsas. ¿Qué me atraía? No sé. Acaso ese tirón hacia abajo que al comenzar la vida siente todo hombrecito orgulloso cuando quiere afirmar su personalidad y tropieza con el desdén o la hostilidad de los que son más fuertes que él y están mejor situados. Cuando la dignidad y la propia estimación le impiden a uno trepar, no queda más recurso que dejarse caer, tirarse al hondón de una actitud anarquizante. El aire altivo de aquella gente desesperada y su desdén por los valores consagrados le vengaban a uno de las humillaciones. En definitiva, aquella actitud anarquizante tenía, por lo menos, dignidad y honradez. No conducía a nada; probablemente nos moriríamos de asco en nuestro puesto de agua, al que no iban a ir los ganaderos ni los empresarios a buscarnos, pero jera tan halagador aquello de despreciar los valores aceptados, desdeñar las categorías establecidas y romper altivamente con el complicado artificio tauromáquico! ¡Nos divertía tanto abuchear y correr a los novilleritos presumidos que se atrevían a pasar por delante de nuestro puestecillo de agua!

La conquista de aquellos rebeldes fue penosísima. Por lo mismo que tenían una postura anarquista, eran muy celosos de sus privilegios de grupo y no aceptaban como igual suyo al primero que llegaba. Para ganarme su voluntad, tuve que hacer duras pruebas. Lo primero era llevar tabaco siempre; aquellos rebeldes, de convicciones tauromáquicas insobornables, se dejaban sobornar, en cambio, por un cigarrillo. Luego, había que hacer al grupo los más penosos servicios. Ir a los recados, secundar en el sitio de peligro sus burlas sangrientas y hacer grandes caminatas para averiguar si había toros en las dehesas y cerrados.

Tenía aquella gente un sistema nuevo para practicar el toreo. Lo clásico del aficionado era ir a las capeas y conseguir permiso de los ganaderos para tirar algún que otro capotazo en los tentaderos, siendo con su miedo y su inexperiencia el hazmerreír de los señoritos invitados. A la pandilla de San Jacinto le parecía todo aquello poco digno. Ellos se echaban al campo a torearle los toros al ganadero sin su venia, contra los guardas jurados, contra la Guardia Civil y contra el mismísimo Estado que, armado de todas sus armas, se opusiese. Eran los enemigos del orden establecido, los clásicos anarquistas. Andando el tiempo, aquellos rebeldes de San Jacinto han conservado en la vida la misma postura anarquizante que tenían en el toreo. A casi todos he tenido que mandarles dinero y tabaco a la cárcel, donde han ido cayendo, uno tras otro, en calidad de extremistas peligrosos.

EL RESPETO A LAS JERARQUÍAS

Comisionado por la pandilla salía yo de Triana por la tarde y me iba a la dehesa de Tablada, para averiguar si había ganado encerrado que pudiésemos torear. Eran dos o tres leguas de caminata, a campo traviesa, para esquivar el encuentro con los guardas, recelosos de todos los muchachillos que se acercaban al ganado. Volvía a dar cuenta a mis amigos del resultado de mis pesquisas, y si efectivamente había toros en los cerrados, se organizaba la expedición. Nos juntábamos en el puesto de agua de San Jacinto y salíamos a la hora precisa para que la luna nos diese de lleno cuando estuviésemos en el cerrado. Había que ir por las trochas para no tropezar con la Guardia Civil, y no llevábamos capote ni muleta, porque en el caso de ser detenidos, estas prendas nos hubiesen delatado. Se toreaba siempre con una chaqueta, la misma, que era de Riverito, al que tácitamente reconocíamos toda una superioridad indiscutible.

Cuando llegábamos al cerrado, apartábamos una res, la que mejor nos parecía, de ordinario la más grande que encontrábamos. Por lo general, lo que había allí era ganado de media sangre, reses que llevaban al matadero. El animal, penosamente apartado por nosotros, no se decidía a embestir más que cuando después de mucho acosarle daba dos o tres vueltas y se convencía de que no tenía escapatoria. Toreaba primero Riverito, que era el que tenía más prestigio en la pandilla. Los demás esperábamos pacientemente a que nos llegase nuestro turno, sin que ninguno se atreviese jamás a dar un capotazo inoportuno. Cuando Riverito terminaba de torear, alargaba la chaqueta al segundo de la pandilla, y así, siguiendo un orden estricto, toreaban todos, cada cual en el puesto que le correspondía. Las jerarquías de aquella pandilla de anarquistas se respetaban religiosamente. El que toreaba mejor cogía primero la chaqueta; el menos diestro era, inexorablemente, el último en torear. La categoría de

cada uno se reconocía tácitamente por los demás, y jamás hubo entre nosotros más privilegio que el del propio mérito, unánimemente acatado. Yo empecé siendo el último. Cuando ya todos habían toreado a placer me alargaban la chaqueta para que hiciese lo que pudiera. Naturalmente, poco podía hacer.

Pero una noche surgió un incidente que trastocó las jerarquías de aquella sociedad de anarquistas. Siguiendo nuestra costumbre de torear la res más grande que encontraríamos, apartamos un torazo que, en vez de corretear buscando la salida como hacían todos cuando se veían acorralados, se nos arrancó certero desde el primer momento. Acostumbrados a aquel ganado de media sangre que no embestía más que cuando se veía hostigado, nos desconcertó el ataque codicioso de aquel toro imponente, que apenas veía la sombra de un torerillo se precipitaba sobre ella como una exhalación. Con cuatro o cinco arrancadas el toro sembró el pánico en la pandilla y se quedó solo en el centro de la plaza, con la cabeza en las nubes y corneando a la luna. Los torerillos, atrincherados en los burladeros, apenas se atrevían a llamarle la atención.

—Llévatelo para allá —pedía uno.

—Llámalo por allí —aconsejaba otro.

—¡Quítamelo de encima! —suplicaba un tercero.

Pero la verdad pura era que no había quién le hiciese «ju» y que el toro triunfante era el amo de la plaza.

¿Va a poder con nosotros este toro?, pensé.

¿Pero es que nos va a lidiar él a nosotros?

Aguardé unos segundos vibrante, no sé si de miedo o de júbilo. No era a mí a quien correspondía desafiar a la fiera. Hubo todavía un tiempo que se me antojó larguísimo, en el que ninguno de mis camaradas se movió. El toro seguía allí en el centro del corro que formaban los torerillos agazapados. A pocos pasos de mí estaba en el suelo la chaqueta con que toreábamos, perdida en un derrote. Alargué el brazo. Cuando la tuve en la mano me erguí y me fui paso a paso hacia el toro. Me vio llegarle poquito a poco, midió reposadamente el terreno mientras escarbaba con la pezuña, y en el momento preciso se arrancó sobre mí con el ímpetu de un huracán. Aguanté de firme y le marqué la salida con la chaqueta. Se revolvió rápido, arrollando el suelo con las patas y levantando una nube de polvo. Volví a hacerle pasar. Apenas me había repuesto cuando otra vez se me venía encima. Yo sentía su mole estremecida rozándome el cuerpo. Y así una vez y otra hasta que, al salir de un recorte, se quedó clavado en el suelo mirándome, como si no comprendiese lo que le pasaba; le volví la espalda altivamente y tiré la chaqueta para que torea el que quisiese.

¡Cómo me sonaba en los oídos la ovación que yo mismo me estaba dando!

A partir de aquella noche no fui más el último en torear. Cuando el jefe de la cuadrilla dejaba la chaqueta, yo me adelantaba y la recogía como si ejerciese un derecho indiscutible. Había conquistado el puesto en buena lid. Nadie regateó ya mi superioridad. No fui nunca, sin embargo, el primero de la pandilla. Ésta es la verdad.

LA ATRACCIÓN DEL PELIGRO

Yo no vivía más que para el toreo. Mi casa iba de mal en peor, y la miseria nos iba a los alcances. Mi padre se cargaba de hijos, a los que difícilmente podía mantener con su menguado y claudicante negocijejo, y yo, que era el mayor, me desentendía de aquella catástrofe familiar, indiferente a todo lo que no fuese mi pasión por los toros y la sugestión que sobre mí ejercía aquella pandilla de torerillos a la que, con alma y vida, me había unido. La fascinación que aquel grupo de amigotes me producía, sólo pueden comprenderla quienes en la adolescencia hayan caído fervorosamente en uno de esos núcleos juveniles que, por disconformidad con el medio, se forman en torno a un misticismo cualquiera, social, político o artístico, y que con su prestigio revolucionario absorben íntegramente al hombre nuevo.

Por la mañana, después de haber hecho muy amargas reflexiones al verme en contacto con la ruina de mi casa, me iba contrito al puesto de quincalla y ayudaba a mi padre con la mejor voluntad y el más firme propósito de enmienda.

Pero no tardaba en asomar por allí alguno de los zagalones de la pandilla que venía a soliviantarme.

—Oye, tú; esta noche vamos al campo.

—Yo no puedo ir; déjame.

—¿Qué? ¿Te rajas? Hay ganado bravo; te lo advierto.

Mis buenos propósitos se derrumbaban al presentir la aventura fascinadora de la noche próxima.

—¿De veras hay ganado bravo?

—Lo hay. Sale la luna a las doce y media. A las once nos reunimos en San Jacinto.

Esto bastaba para perderme. Ya no pensaba más que en el azar de la noche, en sus riesgos innumerables y en el placer de vencerlos. Abandonaba el puesto de quincalla, se me borraba de la imaginación la angustia de mi gente y hasta la figura sugestiva de la novia que tenía delante cuando estaba esperando el agudo silbido con que me avisaba el compañero se desvanecía, como si fuese una sombra que tuviese ante los ojos distraídos.

No sentía yo entonces esa absorción que, según dicen, ejercen los primeros amores. Tenía unas novias que se sucedían unas a otras como fugaces apariciones. Era mi pasión por el toreo lo único que me absorbía. Los amores, las novias, eran una distracción pasajera que no dejaba huella. Aquellas muchachas de barrio de las que fui novio en los patios oscuros de los corrales de Triana pasan sin pena ni gloria por la pantalla de mi memoria, dejándome sólo un vago recuerdo de sus gracias. Perdura en mí, si acaso, el halago sensual de sus blusillas de seda y sus delantalitos de encaje, y, sobre todo, el penetrante olor de los jazmines que se ponían en el pelo. Aquel olor a jazmines de las mocitas de barrio que fueron mis novias fue quizá lo que más despertó mi sensualidad. Luego, a lo largo de toda la vida, el olor del jazmín en la noche de verano ha sido lo que más agudamente me ha producido una emoción erótica.

Dejaba sin pena la novia, y a medianoche íbamos los siete torerillos por el camino bajo de San Juan de Aznalfarache en busca del riesgo y la aventura del toreo. Para cruzar el río andábamos sigilosamente por los espigones hasta que conseguíamos robar una barca. Chapoteando en el légamo de la orilla, la empujábamos hacia la corriente, saltábamos a ella, empuñábamos los remos, y allá íbamos río abajo jubilosos. Uno de los torerillos, doblado sobre la borda, escupía a la luna, quebrada en las ondas del río, y, como una confidencia, nos decía una siguiuriya. La angustia arrastrada y morosa del canto gitano rodaba sobre la estela que iba dejando nuestra barca y se quedaba cuajada en las juncias de la orilla. Pasábamos junto a una barcaza cargada de melones, que el melonero había amarrado en un remanso para dormir a pierna suelta. Robábamos al pobre melonero sus melones y nos dejábamos ir con la corriente mordisqueando la pulpa fría que acariciaba nuestras fauces.

Cuando llegábamos a Tablada, la luna clara bañaba en leche azul la dehesa. Al aproximarnos al cerrado enmudecíamos; los remos trabajaban sordamente con lentas paletadas hasta que la barca se quedaba varada en el limo. Uno saltaba a tierra primero para explorar el terreno. Nadie. Desembarcábamos todos y avanzábamos por el cerrado salvando la cerca de alambre de espino. Los cardos y las jaras nos tapaban. Caminábamos cautelosamente por la dehesa, cuando de improviso escandalizaba la noche el esquilón abaritonado de un cabestro.

—¡Hay toros! —nos decíamos, triunfantes.

Venía entonces la dura faena de correr por el campo erizado de espinos para apartar la res que queríamos torear, cansarla y acorralarla. Algunas noches, cuando estábamos enfrascados en la tarea de mover el ganado de un lado para otro, nos sorprendía el galope del caballo de un guarda jurado. Frente a los guardas del cerrado teníamos los

torerillos una actitud de franca rebeldía. Procurábamos que no nos sorprendiesen, pero cuando no tenían más remedio que sorprendernos, lo más que nos consentía nuestra dignidad era retirarnos sin torear, pero sin asustarnos ni echar a correr. Empezábamos una retirada estratégica, sin descomponernos ni perder nuestro aire de jaques, y el pobre guarda, «por no buscarse una ruina», se contentaba con cubrir las apariencias y nos dejaba ir tranquilamente.

En vista de la ineficacia de los guardas jurados, se encomendó a la Guardia Civil la persecución de los torerillos. Una noche estaba yo vigilando mientras mis camaradas torearban, cuando vi avanzar dos bultos sospechosos. Les salí al paso y, parapetado tras un árbol, les interpele:

—¡Alto! ¿Quiénes sois? ¿Adónde se va?

Los bultos aquellos se separaron un poco y siguieron avanzando sin responder.

—¡Si dais un paso más os mato! —grité al mismo tiempo que les apuntaba con aquellos cañones de pistola sin culata ni gatillos que había comprado en el Jueves cuando era cazador de leones. Hice chascar dos monedas para dar la sensación de que montaba los gatillos de una pistola, y vi que los dos bultos se aplastaban precipitadamente contra unas gavillas. Orgulloso de mi audacia, volví a amenazarles:

—Quietos ahí hasta que nos vayamos; al que se mueva, lo aso.

Los dos bultos no se movieron. Me pareció que cuchicheaban. Yo di un silbido a mis camaradas, conforme a nuestro código de señales, para que dejaran el campo libre, y mientras ellos se iban hacia la barca, me las tuve tiesas con aquellos dos intrusos. Poco a poco, mis ojos fijos en ellos, fueron acostumbrándose a la oscuridad, y pude determinar sus contornos. Algo les brillaba en las manos y en la cabeza. Cuando descubrí los tricornos y los cañones de los máusers, se me heló la sangre en las venas. Si echo a correr ahora, pensé, me matan como a un perro. Fui retrocediendo lentamente y, cuando me creí a prudente distancia, volé más que corrí hasta la barca, donde ya me esperaban mis camaradas.

Pocas noches después, la Guardia Civil le partió el pecho de un balazo a un torerillo. ¡Cómo lloraba su madre!

EN CARNE VIVA

Una noche, en el cerrado, un toro alcanzó a un muchacho, le dio un puntazo y lo dejó tendido en el suelo sin conocimiento. Cargamos con él y nos fuimos hacia la orilla. Íbamos todos como nuestra madre nos parió. Habíamos atravesado el río a nado, para lo cual siempre dejábamos la ropa en la otra orilla. Como era imposible

que el herido, que seguía desangrándose, se echase al río a nadar, tuvimos que recorrer un buen trozo de ribera buscando una barca. Dimos al fin con una, y hacia ella nos fuimos llevando en brazos a nuestro pobre camarada. Éramos cinco y el herido.

Estaba baja la marea, y entre la tierra firme y la barca quedaba una ancha faja de fango y juncias en la que se nos hundían los pies al caminar agobiados por el peso de nuestro compañero herido. Avanzábamos lenta y trabajosamente cuando vimos que salía del río y venía hacia la orilla, a nuestro encuentro, un toro grande, gordo y bien puesto de cuerna, que al descubrirnos se quedó encampanado mirando aquella extraña procesión de los cinco torerillos que llevaban a otro en vilo. Hizo el toro un extraño y agachó la cabeza como si fuese a arrancársenos. Creo que lo primero que se nos pasó a todos por las mientes fue tirar al herido y echar a correr. Afortunadamente, el barro en el que teníamos hundidos los pies paralizó nuestra instintiva huida, y de grado o por fuerza nos quedamos allí apiñados con el herido en alto. Al toro debió pasarle algo semejante. Sus patas se clavaban también en el limo, impidiendo la arrancada que había iniciado. En aquel preciso instante alguno musitó:

—¡Quietos! ¡Quietos! ¡Haced el Tancredo!

Fue maravilloso. Cada cual se quedó, como si fuera de mármol, en la postura en que le cogió la advertencia. Desnudos, inmóviles, apiñados y sosteniendo en alto el cuerpo exánime de nuestro camarada, debimos componer un curiosísimo grupo escultórico. El miedo nos dio una rigidez sorprendente. Había uno al que le cogió con el brazo levantado, y así se estuvo quieto, quieto, como si lo tuviese fundido en bronce.

El toro, sorprendido, nos miraba de hito en hito. Avanzó lentamente. Se azotaba con el rabo los ijares, acechando la provocación del más leve ademán. Nosotros, ofreciéndole impasibles nuestros cuerpos desnudos bañados por la luna, permanecemos como si fuésemos estatuas. Dio el toro unos pasos más, nos miró, volvió a mirarnos, cada vez más extrañado ante aquel raro monumento escultórico en carne viva erigido en sus dominios. El maldito animal no acababa de convencerse. Cuando parecía que se iba, volvía otra vez la cabeza. Y así toda una eternidad, hasta que definitivamente volvió grupas aburrido, y arrancando sus pezuñas del fango, una a una, con una lentitud desesperante, se alejó.

Respiramos cuando en Triana nos dijeron los médicos de la Casa de Socorro que la herida del muchacho no era grave. Contamos que se había herido casualmente con un clavo.

LAS COFRADÍAS Y LA REPÚBLICA

1935

Cuarenta y dos cofradías hay en Sevilla. Salir procesionalmente en la Semana Santa, con sus dos o tres pasos cuajados de flores y joyas cada uno, sus largas filas de penitentes quemando cera y sus bandas de música, cornetas y tambores, les cuesta un dineral. A la más pobrecita de las hermandades, a la más humilde, a la que se resigna a llevar su Cristo con unas docenas de cirios y a su Virgen con unos puñaditos de clavellinas no le sale la procesión por menos de mil duros. Esto es lo menos que se gasta la cofradía de la Estrella o la de los Gitanos, que son las más pobres. El Gran Poder o San Antonio Abad gastan diez veces más, veinte veces más.

Este año el Ayuntamiento ha votado una consignación de setenta y cinco mil pesetas para subvencionar a las hermandades. Estas subvenciones, que se reparten entre todas, son más o menos cuantiosas según la antigüedad de la hermandad y según el recorrido de la procesión. Tocan, unas con otras, a dos mil pesetas. La Macarena cobra cuatro mil quinientas; San Juan de la Palma, tres mil setecientas cincuenta; en cambio, San Lorenzo y San Antonio Abad, que son cofradías de ricos, no cobran subvención o la regalan a las Casas de Beneficencia. A la de los Gitanos, que, como decimos, se gasta a lo menos mil duros, le da el Ayuntamiento mil setecientas cincuenta pesetas. ¿De dónde van a sacar los trece mil reales que les faltan estos pobres gitanitos?

Todos los años, cuando se plantea el problema de salir en procesión, los tres clavarios de la Hermandad de los Gitanos se reúnen solemnemente, y con sus tres llaves distintas abren las tres cerraduras del arca donde se guarda el tesoro de la hermandad. ¡El tesoro! Los tres gitanos clavarios revuelven, cabeceando, el fondo de aquel arcón en el que tan aparatosamente se guardan la humilde saya de la Virgen, el apollillado faldón de la parihuela y las cuatro alhajillas de Nuestra Señora. Un tesoro que no llega a las mil pesetas. ¿Cómo va a salir decentemente la Virgen? ¡Si no tiene qué ponerse, la pobre! ¡Si es una vergüenza!

Se reúne el cabildo y los tres gitanos clavarios exponen a sus cofrades la angustiosa situación.

A lo largo de los años, Chaves abordó la Semana Santa de Sevilla en varias piezas que permiten apreciar distintos matices desde su primera aproximación a la materia. Esta de absoluta madurez, primera del reportaje publicado en *Ahora*, combina el certero retrato costumbrista con la recreación del agitado contexto de los últimos años de la República, que como relata el propio cronista había afectado de lleno a la celebración de la fiesta.

—¡Y nos vamos a quedar sin salir!

—¡Y no vamos a ser capaces de encontrar todo lo que se merece la Virgen de los gitanitos!

Esta tragedia se plantea todos los años a los pobres gitanos imprevisores, y todos los años se hace el milagro de que en la madrugada del Viernes Santo la Virgen de las Angustias, a costa de las que han pasado sus cofrades, salga triunfalmente sin que le falte un detalle. Pidiendo la limosna de unas flores de azahar a los señoritos naranjeros, dejándole a deber la cera al cerero Carrasquilla, zurciendo y remendando las túnicas, colgándole al cuello a la Virgen toda la bisutería de las gitanillas devotas, la cofradía recorre esplendorosa las calles de Sevilla para orgullo de la gitanería.

El mismo problema económico que se le plantea a la cofradía de los gitanos se les plantea en mayores o menores proporciones a otras muchas hermandades. ¿Cómo va a salir este año la Virgen de San Julián, a la que se le quemó —o le quemaron— la iglesia, dejándola sin un mal trapo que ponerse? Tendrá que pedir un manto prestado aquí y una corona allá. ¿Pues y la Virgen de la Estrella? Todas tienen sus apuros. Porque la verdad es que, aparte vanidades, el sacrificio y la abnegación de los cofrades, sus apuros económicos y su capacidad para contraer deudas que no pueden pagar son la única razón de ser de esta magnífica conmemoración de la Semana Santa que se hace en Sevilla.

Como no es mi propósito servir la propaganda del Patronato Nacional de Turismo o de la Comisión Municipal de Festejos de Sevilla, me creo en el caso de ponerme a contar limpiamente, con sus grandezas y sus pequeñeces, sus secretillos y sus anécdotas pintorescas, cómo llega a producirse ese maravilloso espectáculo de la Semana Santa. Veamos la función entre bastidores. Queremos ser como esos sacristanes que, sin caer en irreverencia, andan con desenvoltura entre las imágenes sagradas, y las llevan y las traen sin demasiados miramientos, familiaridad obligada del oficio, que no excluye el debido e implícito respeto. ¿No somos siempre los periodistas un poco sacristanes de todos los cultos?

Los cofrades sevillanos son gente de buen sentido y sabrán perdonarnos la desenvoltura.

LA REPÚBLICA Y LAS COFRADÍAS

Después del colapso de los primeros tiempos de la República vuelve este año la Semana Santa a tener su antigua magnificencia. En el año 1931, días antes de la proclamación de la República, se celebró por última vez con todo su esplendor. Fue

una Semana Santa de las que hacen época; las hermandades se gastaron el dinero a manos llenas, acudieron a Sevilla millares y millares de turistas y sólo con el alquiler de las sillas y los palcos para presenciar el desfile ganó el Ayuntamiento más de ciento cincuenta mil pesetas.

Después vino el diluvio. En 1932, el nuevo Estado laico no daba subvenciones. Las hermandades se negaron a salir en procesión. Los acaudalados hermanos mayores habían emigrado. Los capillitas, tildados de *cavernícolas*, se escondían bajo siete estados de la tierra. El pistolerismo anarcosindicalista mantenía en estado de alarma a la ciudad, y *Sevilla la Roja*, como la denominaba la pintoresca prosopopeya comunista, no quería procesiones.

En 1933 los republicanos conservadores de la ciudad pusieron todo su empeño en que hubiese procesiones con la República. Los monárquicos no querían. ¿Habéis traído la República? —decían—. Pues se acabaron las cofradías. ¿No sois laicos? Pues quedaros sin procesiones. Vinculaban a su monarquismo la conmemoración de la Semana Santa como en toda España se pretendía por entonces que la religión fuera patrimonio único y exclusivo de monárquicos. Pero los sevillanos, republicanos o monárquicos, no estaban dispuestos a que su tradicional conmemoración se perdiese para siempre. Se consiguió al fin arrastrar a una hermandad, la de la Estrella de Triana, para que saliese en procesión. Fue un desastre. Le dieron una pedrada al Cristo y al pasar por la Puerta del Perdón le hicieron dos disparos a la Virgen. A la hermandad, una de las más pobres, le habían dado hasta tres mil pesetas para los gastos. No hubo ni para pagar a los carpinteros que debían desmontar el paso después de la procesión. Montado se quedó semanas y semanas. Nadie anticipaba una peseta ni daba un martillazo sin cobrarlo con arreglo a la tarifa del sindicato. El capataz Canela decía, desesperado:

—Cualquier día vendrán los ladrones y se lo llevarán todo.

Y añadía, con heroica conformidad:

—Quizás sea una solución. Los ladrones desmontarán las cosas que hay en el paso para llevárselas, y ya nos las devolverá la Guardia Civil cuando las encuentre.

Aquel primer intento fue una verdadera catástrofe, de la que lógicamente sacaron partido político los enemigos del régimen.

En 1934, el Ayuntamiento, todavía por aquello del laicismo, no se atrevió tampoco a subvencionar a las hermandades, pero se encontró una fórmula ecléctica: cedió el arrendamiento de palcos y sillas a la Cámara de Comercio, y por intercesión de ésta, se auxilió económicamente a las cofradías. Salieron casi todas las hermandades. Hubo

mucho fervor. La gente tenía ganas de Semana Santa. Pero se perdió dinero. Hubo pocos forasteros. Los *irreductibles* seguían con su bolsa irreductiblemente cerrada.

Este año es ya otra cosa. La Semana Santa sevillana vuelve, al fin, a su tradicional magnificencia. Ya no se atreven a boicotearla los enemigos del régimen, ni los creyentes, ni los ateos. El Ayuntamiento, todo lo laico y republicano que se quiera, se lanza a subvencionar cuantiosamente a las hermandades, y con el apoyo oficial del municipio y el Estado, Sevilla volverá a ofrecer el maravilloso espectáculo del Jueves Santo, que lleva a la ciudad, como en peregrinación, a gentes de todas las latitudes.

No se crea, por este favor oficial de que hoy vuelve a disfrutar, que la Semana Santa sevillana es sencillamente potestad de unos gobernantes; ni el cardenal arzobispo puede decretar esta manifestación de piedad, ni el Ayuntamiento puede permitirse el lujo de costearla como festejo municipal. Es una conmemoración arraigada en la entraña misma del pueblo y que sólo de la savia popular se nutre. Necesita, sí, un ambiente propicio y un clima social favorable; cuando le faltan, como en estos años de transformación política, social y económica, nada ni nadie puede hacerla florecer. Ha habido en Andalucía, y particularmente en Sevilla, unos años de confusión, de perturbaciones revolucionarias, de honda y callada evolución económica. Todo lo que está latente en la Semana Santa fue arrastrado por la inundación. La Macarena era la *Virgen roja*; la taberna donde se reunían los cofrades, caía derribada a cañonazos; en el Sindicato de Transportes, Carlos Marx y sus exegetas decidían si los costaleros debían o no cargar sobre sus hombros al Cristo del Cachorro.

Después de este diluvio, en el que han naufragado muchas cosas, cuya desaparición todavía no hemos advertido bien, la Semana Santa sevillana sale nuevamente a flote. ¿Por qué?

DEMOCRACIA, HASTA CIERTO PUNTO

El cabildo de las hermandades se reúne dos veces al año: una, antes de la Semana Santa, para acordar la salida procesional, y otra, después, para la aprobación de las cuentas. Las hermandades tienen una constitución democrática, naturalmente, corrompida. Teóricamente, todos los cofrades tienen los mismos deberes y derechos; pero, en realidad, cada cofradía es una organización caciquil perfecta. Lo decimos, no en su daño, sino en su elogio; ya hubiese querido España que su régimen político se hubiese cimentado sobre una fórmula de convivencia como la que disfrutaban las hermandades. Una cosa así hubiese sido lo que, seguramente, soñaron Cánovas, el conde de Romanones o Lerroux.

Cuando se reúne el cabildo, todos los hermanos tienen voz y voto. Claro está que sólo osa hablar y votar a su antojo quien tiene autoridad para ello. Autoridad quiere decir solvencia económica para pagar las deudas que se contraigan, espíritu de sacrificio para trabajar sin remuneración o bien tradición dentro de la hermandad. Cuando un capigorrón cualquiera, un hermanuco trashumante e insolvente, toma la palabra en el cabildo y quiere que se haga esto, lo otro o lo de más allá, sólo para ejercitar su democrático derecho como cualquier orador de mitin, no se le hace ningún caso, y si protesta se le hace callar. En la hermandad se hace siempre lo que quiere el hermano mayor, que muchas veces suele ser un simple cofrade oculto detrás de un aparatoso hermano mayor puramente decorativo. Así, ya se sabe de siempre en Sevilla que la Hermandad del Silencio es Luis Ibarra; la del Gran Poder, los Camino; la del Valle, Piazza; la del Cachorro, Daniel Herrera; la de la Macarena, Manuel Aguilar, y la de San Juan de la Palma, Montañó, que son los que han de decir la última palabra cuando la ocasión se presenta, y, en definitiva, los que han de dar la cara. La cara y el dinero.

LAS GRANDES PARADAS DE LA CIUDADANÍA

1936

Un millón de personas en las calles. Ni un solo guardia. El espectáculo era bonito.

He recorrido el trayecto que hay desde Castelldefels hasta el Palacio de la Generalidad, al costado del coche descubierto y rebosante de flores en que volvía del presidio el presidente de la Generalidad de Cataluña, el honorable don Luis Companys, un poco avejentado, embutido en un gabancito insignificante, un pañuelo de seda al cuello y sobre la testa demacrada, como la de un San Sebastián laico, una pintoresca boinita, la misma que se puso aquella madrugada en que le sacaron de Barcelona entre guardias civiles para llevarle al penal del Puerto de Santa María.

Con el mismo aspecto patético, a fuerza de sencillez e insignificancia, con que salió, ha vuelto. Al ir, únicamente jalonaban su paso las parejas de la Guardia Civil que vigilaban la carretera. Al volver, miles y miles de hombres gritaban hasta enronquecer, tronaban los altavoces asordando con su zumbido toda la tierra catalana, chirriaban las coblas, alzaban el vuelo millares de palomas simbólicamente libertadas y flameaban, sacudidos por el ventarrón de Levante, banderas y gallardetes izados en todas las alturas de la urbe. Creo, sin embargo, que este hombrecito que hoy rige los destinos de Cataluña iba de cara al infortunio, después de la derrota, con el corazón más ligero y con más ánimos de los que hoy traía para soportar la presión del triunfo. He visto un hombre abrumado por la carga sobrenatural de la responsabilidad sin límites que gravita sobre sus hombros débiles. Los vítores estentóreos de la muchedumbre que se desgañitaba a su paso esta mañana debían proporcionarle una pesadumbre más honda que la que debía de producirle el hecho de sentirse aniquilado. Es que, indudablemente, ha cambiado. Companys empieza a ser otro hombre sustancialmente distinto del que fue, y hasta los que más reacios somos a aceptar esta metempsícosis tenemos que rendirnos a la evidencia. Aquel agitador de multitudes,

El contenido entero del reportaje que Chaves dedicó a la perpetua cuestión nacionalista, «¿Qué pasa en Cataluña?», publicado días antes de la liberación de Companys y de la restitución del gobierno autónomo de la Generalitat, tras el fallido golpe de Estado del dirigente de Esquerra, mantiene por desgracia intacta su vigencia. Esta entrega en particular, con su viva descripción de las fervorosas y coloridas manifestaciones patrióticas y el testimonio, lleno de lo que los catalanes llaman *seny*, aportado por un anónimo entrevistado, podrían haberse escrito ayer mismo. Quizá no sea inoportuno precisar que tras la caída de Barcelona en poder de los facciosos esas mismas avenidas, engalanadas con banderas otras, reflejaban un entusiasmo no distinto.

aquel revolucionario audaz, aquel hombre de acción que proclamó el 14 de abril la República catalana antes que la española, es ya casi un personaje simbólico. Dentro de poco Companys será, como lo fue Macià, un puro símbolo. Reconozcamos que Cataluña tiene esta virtud imponderable: la de convertir a sus revolucionarios en puros símbolos, ya que no puede hacer de ellos perfectos estadistas. Lo uno vale lo otro.

Nadie puede prever de qué será capaz este hombre todavía. Pero quienes le hayan visto pasar esta mañana por las calles de Barcelona con aquel aire suave y triste de mártir que llevaba, han debido tener la sensación de que Companys representa, a partir de ahora, una fuerza espiritual casi indestructible en Cataluña. Bien es verdad que los tiempos son duros y gastan pronto a los hombres, aun a los que están revestidos de simbólicas corazas, pero si hay en España un lugar donde el pueblo conserve el amor y el respeto al hombre y al símbolo, ese lugar es Cataluña.

A despecho de la mecánica sutil de las ideas políticas y del artificio de los partidos, Companys está asistido por una enorme fuerza sentimental que emana directamente del pueblo catalán. Ese millón de catalanes que hoy le aclamaba frenéticamente, ese pueblo que se echó a la calle y durante todo el día fue amo absoluto de ella, sin guardias y sin más control que el de su propio sentir, esos millares de mujeres que dándose las manos cubrían largos trozos de la carrera, representan una fuerza espiritual de tal consistencia que no es aventurado prever un interregno de paz para la labor gubernamental que los triunfadores de hoy han de desarrollar.

Los hombres de la Esquerra tienen un amplio crédito abierto por el pueblo. Se obstinan los militantes de los demás partidos, sobre todo de los partidos proletarios, en regateárselo y en acordar todo lo posible ese margen de confianza —algunos sostienen que es simplemente una letra a noventa días—, pero la verdad es que durante una etapa de muchos meses no habrá en Cataluña más fuerza que la de la Esquerra. Sólo una errónea interpretación de la verdad de ese sentimiento popular que les ha hecho triunfar puede acelerar el desgaste de Companys y sus hombres. Yo he visto hoy mismo cómo el fervor de la muchedumbre estacionada en la plaza de la República cedía súbitamente y se trocaba en perplejidad y vacilación cuando alguien —que no era, naturalmente, el presidente de la Generalidad ni ninguno de los consejeros— alzaba el puño desde el balcón. Y he visto, en cambio, que cuando al final de sus breves palabras, el señor Pérez Farrás, también desde el balcón de la Generalidad, gritaba: «¡Visca Catalunya!», la muchedumbre volvía a rugir de entusiasmo unánimemente. Es curioso. No se ha gritado esta mañana en Barcelona el «¡Visca Catalunya lliure!». Ya no es necesario gritarlo. Donde sí se ha gritado, según

relataban los emocionados consejeros que venían con Companys, ha sido anoche, en el corazón de Castilla, al paso del tren que les traía. Los mozos de Jadraque —me cuentan— salieron a la estación a gritarlo. Y Ventura Gassol, el hombre que, no sé por qué, personifica la antipatía que siente el no catalán por el catalanismo, decía estupefacto al oírse vitorear en los pueblecitos de la provincia de Guadalajara: «Cada vez tengo que sentirme más españolista».

Hasta la una de la tarde ha durado el estruendoso ceremonial callejero del recibimiento. Después, la muchedumbre se ha desparramado jubilosa por las calles. Los *rabassaires*, los militantes de Esquerra y los simples jornaleros llegados de todos los rincones de Cataluña en unas espantosas camionetas, siguen siendo los amos de las ramblas seis horas después. Un gran día de fiesta para el pueblo.

Al atardecer, en uno de esos locales impresionantes, en los que suele reunirse la burguesía barcelonesa para consumir pastelillos de nata, he oído comentar el gran espectáculo de la jornada a quienes seguramente no han sido actores en él.

—El desfile —decía alguien— ha sido impresionante y revela la gran fuerza espiritual del pueblo catalán. A nuestro pueblo le entusiasman estas grandes paradas de la ciudadanía. No sabe pasar muchos meses sin provocar alguna. Pero acaso entre una y otra, aunque sólo mediasen tres o cuatro meses, tendría alguien que preocuparse de rellenar el tiempo con una tarea que tal vez no sea del todo superflua; la de gobernar, la de administrar, la de hacer por el pueblo algo más que ofrecerle ocasión y pretexto para estos deslumbrantes espectáculos. Si entre una manifestación de entusiasmo y otra no hay siquiera unos meses de silencioso y honesto trabajo en las covachuelas, llegará un día en que este pueblo catalán, tan entusiasta, tan fervoroso, tan bueno, cambiará.

Y entonces será peor.

ANDALUCÍA ROJA Y LA BLANCA PALOMA

1936

Voy por los caminos de Andalucía sirviendo de lazarillo a uno de estos periodistas franceses, *envoyé spécial*, que tan circunstanciadamente y con tan mala intención cuentan a sus lectores lo que está pasando en España para ejemplificación y escarmiento de burgueses veleidosos de Francia. Y digo que voy de lazarillo, porque orientar a mi *envoyé spécial* por el laberinto de pasiones, resentimientos, esperanzas y desesperación que juegan en las contiendas políticas, sociales y económicas de Andalucía en esta hora es como llevar de la mano a un ciego. Ya me he resignado a que, no obstante su agudeza y su probidad informativa, mi periodista francés sea absolutamente incapaz para ver la realidad a través del prisma del andalucismo, y me limito a hacerle pasar sucesivamente por zonas de luz vivísima y tinieblas absolutas con la esperanza de que, a lo menos, los fuertes contrastes hieran su ceguera y al desconcertarle le hagan ser cauto en sus juicios. Corremos el grave riesgo de que de un momento a otro este hombre telegrafe a París la sensacional noticia de que los andaluces viven en puro régimen soviético, o la no menos sensacional de que en España no pasa absolutamente nada.

Apenas hemos entrado por Despeñaperros, nuestro hombre ha adquirido la firme convicción de que viaja por un país que se halla en plena descomposición revolucionaria. En las plazas de los pueblos unos centenares de campesinos sin trabajo, que nos miran torvamente y levantan el puño a nuestro paso, le hacen creer que nuestras vidas burguesas corren un riesgo cierto. No hemos encontrado en la carretera más turistas que nosotros, y, en cambio, nos cruzamos frecuentemente con camionetas de carga erizadas de obreros y campesinos, que van de un lado para otro tremolando banderas rojas y llenando el campo de gritos revolucionarios. Le explico que este día se celebran en Córdoba, Sevilla y Huelva varios actos de propaganda socialista, comunista y sindicalista y que únicamente al deseo de oír hablar a los líderes se debe esta movilización. Por si este ajeteo revolucionario fuera poco, a la entrada de un pueblo nos cierra el paso una masa compacta de campesinos con el puño levantado. Mi *envoyé spécial* cree que, al fin, hemos caído de lleno en el caos revolucionario que viene buscando. Detenido ante la

Sumado a su valor como testimonio de orden casi antropológico, el reportaje de Chaves sobre la ya entonces multitudinaria romería tiene el interés añadido de ser el último de los que publicó casi en las mismas vísperas de la rebelión militar que daría inicio a la guerra civil. El «estruendo infernal» de las descargas de los almonteños en honor a la Virgen volvería a escucharse muy pronto, en un contexto infinitamente más triste.

barrera humana nuestro auto, nos vemos rodeados por un grupo francamente hostil de campesinos. Su líder se acerca a la ventanilla del coche y nos dice en tono desabrido:

—En este pueblo hay cuatrocientos obreros sin trabajo; los patronos se han marchado por no pagar jornales. Estamos recaudando, como podemos, el dinero para no morirnos de hambre. ¿Con cuánto van a contribuir ustedes?

—¿Hace un duro? —pregunto al mismo tiempo que se lo enseño.

—Hace —contesta el líder, embolsándose sin más contemplaciones.

—Salud —nos dice, haciendo señal a sus huestes para que nos dejen expedito el camino.

Mi enviado especial, al verse en franquicia, saca su *carpet* y anota apresuradamente: «Los revolucionarios atracan a los turistas y les imponen contribuciones».

—¡Hombre, no! —le he dicho—. Esto no es cierto.

—¿Cómo que no? ¿No hemos sido asaltados?

—No, hombre, no. Nos han detenido, con mayor o menor cortesía, para pedirnos que auxiliemos a unos hombres necesitados.

—¿Pero usted ha dado el duro espontáneamente?

—Espontáneamente, no; forzado acaso por las circunstancias. Pero, en fin de cuentas, sin que me hayan dado derecho a decir que he sido atracado.

—¿Hubiéramos podido negarnos a dar ese dinero?

—No lo sé.

—¿Qué habría pasado si nos negamos?

—No lo sé; probablemente, nada.

—¡Oh! ¡Es usted optimista! ¡Si nos negamos hubiésemos sido linchados!

Y la verdad es que yo mismo no sé qué es lo que hubiera pasado. Me gustaría conocer la experiencia personal de algún otro viajero menos resignado y comprensivo. Me dicen que en este mismo pueblo, y por idéntico procedimiento, le sacaron el día anterior cinco duros al expresidente de la República don Niceto Alcalá-Zamora. Le pidieron el doble, pero, a lo que parece, hubo un poquito de regateo y quedó la cosa en veinticinco pesetas. Don Niceto siempre ha sido hombre ahorrativo.

Seguimos nuestro camino. Vamos ahora por los cabezos de Sierra Morena. Nuestro amigo francés va cada vez más soliviantado y receloso. Al borde de las carreteras no hay hombre, mujer, niño ni anciano que no levante el puño amenazadoramente. De vez en cuando, alguien levanta el brazo extendido a la romana. De una manera o de otra, nadie que ande por la carretera se abstiene de hacer la demostración de su fe política al paso de un automóvil.

Cerca de Andújar volvemos a encontrarnos unas camionetas cargadas de gente. Nuestro francés teme toparse con nuevas cuadrillas de revolucionarios movilizados. Pero éstos no llevan banderas rojas ni dan gritos.

—¿Más revolucionarios? —me pregunta.

—No —le digo—; son, sencillamente, devotos. Gentes humildes de Andújar que van a la novena de Nuestra Señora de la Cabeza, que se venera en el corazón de Sierra Morena.

—¡Imposible! ¿Que por las carreteras de Andalucía circulan en este momento peregrinaciones piadosas? ¡Imposible!

—Sí, hombre, sí. Esas gentes son humildes devotos que van en romería.

Llegamos a Andújar. Nuestro coche necesita una pequeña reparación. Imposible encontrar un mecánico capaz de hacerla; los que hay en el pueblo han ido en peregrinación a la novena de la Santísima Virgen de la Cabeza.

Nuestro *envoyé spécial* está a punto de enloquecer.

—No se sorprenda. Voy a llevarle a usted a presenciar en esta Andalucía roja el espectáculo de piedad religiosa más extraordinario que hoy se puede presenciar en Europa. Venga.

—¿Adónde vamos?

—A la romería del Rocío.

LA VIRGEN DE LAS MARISMAS Y SU CULTO

La historia de la Virgen del Rocío es la misma historia de casi todas las vírgenes hispanas. Alguien las escondía cuando la invasión de los sarracenos, y, luego de la Reconquista, alguien las encontraba. Celebrábanse entonces las milagrosas apariciones con grandes extremos; erigíanse santuarios y ermitas en los recónditos lugares en que eran halladas; se las vestía y retocaba según la moda sacra del siglo XVII; algún aventurero del lugar, que hacía fortuna en las Indias, fundaba al morir una capellanía para que se les rindiese culto, y, andando el tiempo, la fama de los milagros que hacían estas vírgenes salvadas del furor sarraceno iba extendiéndose por la comarca hasta que sus devotos organizaban peregrinaciones y romerías a sus santuarios. Así fue como se incorporó a la piedad andaluza esta Virgen del Rocío, Virgencita un poco selvática y de gustos primitivos que, a través de los siglos, ha conservado hasta hoy una cierta preferencia por las formas de adoración también selváticas y primitivas que siguen tributándole sus fieles almonteños.

A la Virgen del Rocío la encontraron los perros de un cazador que iba al ojeo por lo más abrupto de la dehesa de las Rocinas —de aquí el nombre que a la Virgen

le dieron—, a tres leguas de Almonte, cerca ya del coto de Oñana, donde la tierra fértil se cambia en arenal marismoso en el que sólo las fuertes raíces de los pinos consiguen afincar. Era poco después de la Reconquista. Cuentan las crónicas que el cazador quiso llevarse a la iglesia de Almonte a la Virgencita que había encontrado en el tronco de un árbol, pero ella se negó y milagrosamente se volvió al corazón de la dehesa, donde había tenido su augusta morada quién sabe el tiempo.

Desde entonces, aparte el culto regular que se le rinde, merced a las rentas de su capellanía, los vecinos de Almonte, los cazadores de la marisma, los leñadores, los labrantines, le rinden un culto primitivo y un poco salvaje que no parece desagradar demasiado a los ojos de Nuestra Señora. Los ritos de ese culto son en nuestros días sorprendentes. No se concibe cómo es posible que sigan practicándolo unos hombres que probablemente están hoy afiliados a la CNT o al Partido Comunista.

[...]

Más que una procesión, es un rapto; un verdadero rapto mitológico. Antes de entregarla a la desesperada huida de los almonteños, el capellán despoja a la Virgen de todas sus preseas, quita de las andas las flores, las velas, todo cuanto puede ser derribado en la loca carrera, y deja sólo la imagen sólidamente atornillada a las andas. Cubre el rostro de la Virgen con un pañuelo y, así tapada, se la llevan los mozos.

Es un culto primitivo, casi salvaje. Tras los jayanes que corren a la desesperada por la marisma, con la Virgen a cuestas, tiene que ir el cura dando zancadas y jadeando. Si sale al paso algún arroyo que viene crecido en demasía, el cura habrá de vadearlo remangándose la sotana, aunque el agua le llegue a la cintura.

A la entrada de Almonte, en el ejido, espera a la Virgen el vecindario en masa. Llegan triunfantes y extenuados los portadores de la imagen, quienes depositan las andas en el suelo. El cura, sofocado, llega tras ellos y se dispone a quitarle a la Virgen el pañuelo que le ha ocultado el rostro durante el extraño simulacro del rapto. ¡Atención! ¡Preparados!

En este instante todos los vecinos de Almonte rodean a la imagen con el corazón batiéndoles el pecho y los cañones de cuantas armas de fuego hay en el pueblo levantados hacia el cielo. ¡Una, dos, tres! ¡¡¡Fuego!!!

Cae el pañuelo que tapa la cara de la Virgen y una espantosa descarga rasga la atmósfera y envuelve el cuadro en una gigantesca humareda. Todas las armas de fuego de que disponen los almonteños —las escopetas de caza, los viejos revólveres y los modernos rifles, como los cachorrillos de pedernal y los trabucos naranjeros— se descargan a un tiempo, produciendo un estruendo infernal. Armas de hace dos siglos

concienzudamente cargadas a golpe de baqueta con pólvora y sal revientan atronadoramente. Un hombrón hercúleo, con un trabuco espantable cargado hasta la boca, que se afianza en el abdomen, hace saltar la chispa del cebo y recibe estoicamente el formidable culatazo, mientras su compadre le apuntala por detrás, sujetándole con ambas manos la cabeza. Trabajo inútil, porque el culatazo ha sido tan fuerte que los dos compadres ruedan por tierra magullados. Una humareda densa lo envuelve todo, y mientras va ascendiendo a lo azul hasta convertirse en una nubecilla, estalla en todas las bocas el grito jubiloso:

—¡Viva la Blanca Paloma!

El vecindario de Almonte está salvado. En una hora se han consumido las que los almonteños han ido poco a poco almacenando.

TRIANA LA ROJA

Procuro así ir poniendo en antecedentes a nuestro sorprendido y desconcertado *envoyé spécial* que venía a presenciar una revolución y se encuentra metido en una peregrinación religiosa. Estamos en el corazón de Triana, mientras en plena calle se organiza procesionalmente la hermandad para emprender a través de los campos la marcha hacia el santuario de Almonte. Piafan briosas las jacas de los pintureros caballistas, que lucen orgullosos sus verdes escapularios; las carretas de los romeros cubiertas con blanquísimas sábanas y adornadas con finos encajes se alinean lentamente ajenas al nervioso tintinear de los tranvías que les piden paso libre; suben a ellas las mocitas, dando aire a sus amplias faldas de faraloes; repiquetean alegres las castañuelas, y hasta la calle llega desde la iglesia de San Jacinto, el olor del incienso que están quemando en la solemne misa de los romeros.

Y mientras deletrea trabajosamente los cartelones rojos incitando a la rebelión, que en las fachadas de todas las casas de Triana han colocado los sindicalistas y los comunistas, nuestro *envoyé spécial* se coge la cabeza con las manos.

IV. GUERRA CIVIL Y POSGUERRA: CIVILIZACIÓN CONTRA BARBARIE

[UN PEQUEÑO BURGUEÉS LIBERAL]

1937

Yo era eso que los sociólogos llaman un «pequeño burgués liberal», ciudadano de una república democrática y parlamentaria. Trabajador intelectual al servicio de la industria regida por una burguesía capitalista heredera inmediata de la aristocracia terrateniente, que en mi país había monopolizado tradicionalmente los medios de producción y de cambio —como dicen los marxistas—, ganaba mi pan y mi libertad con una relativa holgura confeccionando periódicos y escribiendo artículos, reportajes, biografías, cuentos y novelas, con los que me hacía la ilusión de avivar el espíritu de mis compatriotas y suscitar en ellos el interés por los grandes temas de nuestro tiempo. Cuando iba a Moscú y al regreso contaba que los obreros rusos viven mal y soportan una dictadura que se hacen la ilusión de ejercer, mi patrón me felicitaba y me daba cariñosas palmaditas en la espalda. Cuando al regreso de Roma aseguraba que el fascismo no ha aumentado en un gramo la ración de pan del italiano, ni ha sabido acrecentar el acervo de sus valores morales, mi patrón no se mostraba tan satisfecho de mí ni creía que yo fuese realmente un buen periodista; pero, en fin de cuentas, a costa de buenas y malas caras, de elogios y censuras, yo iba sacando adelante mi verdad de intelectual liberal, ciudadano de una república democrática y parlamentaria.

Si, como me ocurría a veces, el capitalismo no prestaba de buen grado sus grandes rotativas y sus toneladas de papel para que yo dijese lo que quería decir, me resignaba a decirlo en el café, en la mesa de la redacción o en la humilde tribuna de un ateneo provinciano, sin el temor de que nadie viniese a ponerme la mano en la boca y sin miedo a policías que me encarcelasen, ni a encamisados que me hiciesen purgar atrocemente mis errores. Antifascista y antirrevolucionario por temperamento, me negaba sistemáticamente a creer en la virtud salutífera de las grandes conmociones y aguardaba trabajando, confiado en el curso fatal de las leyes de la evolución. Todo

Del prólogo de *A sangre y fuego* ya se ha dicho todo, y sólo cabe releerlo una y otra vez, nosotros y quienes nos sucedan, mientras tengamos un país —España, ojalá nunca más entre dos guerras— donde los fanáticos sigan agrupándose en minorías inocuas, o no tan minoritarias pero sólo relativamente dañinas; mientras haya lectores que no sucumban al veneno del odio, el rencor y la venganza. Sólo por haberlo escrito, digan lo que digan los herederos de los dos bandos a los que se refiere el prologoista —porque hubo bandos, y hubo una República abandonada, y hubo quienes conspiraron desde el principio para derribarla—, merecería Chaves devoción eterna.

revolucionario, con el debido respeto, me ha parecido siempre algo tan pernicioso como cualquier reaccionario.

En realidad, y prescindiendo de toda prosopopeya, mi única y humilde verdad, la cosa mínima que yo pretendía sacar adelante, merced a mi artesanía y a través de la anécdota de mis relatos vividos o imaginados, mi única y humilde verdad era un odio insuperable a la estupidez y a la crueldad; es decir, una aversión natural al único pecado que para mí existe, el pecado contra la inteligencia, el pecado contra el Espíritu Santo.

Pero la estupidez y la crueldad se enseñoreaban de España. ¿Por dónde empezó el contagio? Los caldos de cultivo de esta nueva peste, germinada en ese gran pudridero de Asia, nos los sirvieron los laboratorios de Moscú, Roma y Berlín, con las etiquetas de comunismo, fascismo o nacionalsocialismo, y el desapercibido hombre celtíbero los absorbió ávidamente. Después de tres siglos de barbecho, la tierra feraz de España hizo pavorosamente prolífica la semilla de la estupidez y la crueldad ancestrales. Es vano el intento de señalar los focos de contagio de la vieja fiebre cainita en este o aquel sector social, en esta o aquella zona de la vida española. Ni blancos ni rojos tienen nada que reprocharse. Idiotas y asesinos se han producido y actuado con idéntica profusión e intensidad en los dos bandos que se partieran España.

De mi pequeña experiencia personal, puedo decir que un hombre como yo, por insignificante que fuese, había contraído méritos bastantes para haber sido fusilado por los unos y por los otros. Me consta por confidencias fidedignas que, aun antes de que comenzase la guerra civil, un grupo fascista de Madrid había tomado el acuerdo, perfectamente reglamentario, de proceder a mi asesinato como una de las medidas preventivas que había que adoptar contra el posible triunfo de la revolución social, sin perjuicio de que los revolucionarios, anarquistas y comunistas, considerasen por su parte que yo era perfectamente fusilable.

Cuando estalló la guerra civil, me quedé en mi puesto cumpliendo mi deber profesional. Un consejo obrero, formado por delegados de los talleres, desposeyó al propietario de la empresa periodística en que yo trabajaba y se atribuyó sus funciones. Yo, que no había sido en mi vida revolucionario, ni tengo ninguna simpatía por la dictadura del proletariado, me encontré en pleno régimen soviético. Me puse entonces al servicio de los obreros como antes lo había estado a las órdenes del capitalista, es decir, siendo leal con ellos y conmigo mismo. Hice constar mi falta de convicción revolucionaria y mi protesta contra todas las dictaduras, incluso la del proletariado, y me comprometí únicamente a defender la causa del pueblo contra el fascismo y

los militares sublevados. Me convertí en el «camarada director», y puedo decir que durante los meses de guerra que estuve en Madrid, al frente de un periódico gubernamental que llegó a alcanzar la máxima tirada de la prensa republicana, nadie me molestó por mi falta de espíritu revolucionario, ni por mi condición de «pequeño burgués liberal», de la que no renegué jamás.

Vi entonces convertirse en comunistas fervorosos a muchos reaccionarios y en anarquistas terribles a muchos burgueses acomodados. La guerra y el miedo lo justificaban todo.

Hombro a hombro con los revolucionarios, yo, que no lo era, luché contra el fascismo con el arma de mi oficio. No me acusa la conciencia de ninguna apostasía. Cuando no estuve conforme con ellos, me dejaron ir en paz.

Me fui cuando tuve la íntima convicción de que todo estaba perdido y ya no había nada que salvar, cuando el terror no me dejaba vivir y la sangre me ahogaba. ¡Cuidado! En mi deserción pesaba tanto la sangre derramada por las cuadrillas de asesinos que ejercían el terror rojo en Madrid como la que vertían los aviones de Franco, asesinando mujeres y niños inocentes. Y tanto o más miedo tenía a la barbarie de los moros, los bandidos del Tercio y los asesinos de la Falange, que a la de los analfabetos anarquistas o comunistas.

Los *espíritus fuertes* dirán seguramente que esta repugnancia por la humana carnicería es un sentimentalismo anacrónico. Es posible. Pero, sin grandes aspavientos, sin dar a la vida humana más valor del que puede y debe tener en nuestro tiempo, ni a la acción de matar más trascendencia de la que la moral al uso pueda darle, yo he querido permitirme el lujo de no tener ninguna solidaridad con los asesinos. Para un español quizá sea éste un lujo excesivo.

Se paga caro, desde luego. El precio, hoy por hoy, es la patria. Pero, la verdad, entre ser una especie de abisinio desteñido, que es a lo que le condena a uno el general Franco, o un kirguís de Occidente, como quisieran los agentes del bolchevismo, es preferible meterse las manos en los bolsillos y echar a andar por el mundo, por la parte habitable de mundo que nos queda, aun a sabiendas de que en esta época de estrechos y egoístas nacionalismos el exiliado, el sin patria, es en todas partes un huésped indeseable que tiene que hacerse perdonar a fuerza de humildad y servidumbre su existencia. De cualquier modo, soporto mejor la servidumbre en tierra ajena que en mi propia casa.

Cuando el gobierno de la República abandonó su puesto y se marchó a Valencia, abandoné yo el mío. Ni una hora antes, ni una hora después. Mi condición de ciu-

dadano de la República española no me obligaba a más ni a menos. El poder que el gobierno legítimo dejaba abandonado en las trincheras de los arrabales de Madrid lo recogieron los hombres que se quedaron defendiendo heroicamente aquellas trincheras. De ellos, si vencen, o de sus vencedores, si sucumben, es el porvenir de España.

El resultado final de esta lucha no me preocupa demasiado. No me interesa gran cosa saber que el futuro dictador de España va a salir de un lado u otro de las trincheras. Es igual. El hombre fuerte, el caudillo, el triunfador que al final ha de asentar las posaderas en el charco de sangre de mi país y con el cuchillo entre los dientes —según la imagen clásica— va a mantener en servidumbre a los celtíberos supervivientes, puede salir indistintamente de uno u otro lado. Desde luego, no será ninguno de los *leaders* o caudillos que han provocado con su estupidez y su crueldad monstruosas este gran cataclismo de España. A éstos, a todos, absolutamente a todos, los ahoga ya la sangre vertida. No va a salir tampoco de entre nosotros, los que nos hemos apartado con miedo y con asco de la lucha. Mucho menos hay que pensar en que las aguas vuelvan a remontar la corriente y sea posible la resurrección de ninguno de los personajes monárquicos o republicanos a quienes mató civilmente la guerra.

El hombre que encarnará la España superviviente surgirá merced a esa terrible e ininteligente selección de la guerra que hace sucumbir a los mejores. ¿De derechas? ¿De izquierdas? ¿Rojo? ¿Blanco? Es indiferente. Sea el que fuere, para imponerse, para subsistir, tendrá, como primera providencia, que renegar del ideal que hoy lo tiene clavado en un parapeto, con el fusil echado a la cara, dispuesto a morir y a matar. Sea quien fuere, *será un traidor a la causa que hoy defiende*. Viniendo de un campo o de otro, de uno u otro lado de la trinchera, llegará más tarde o más temprano a la única fórmula concebible de subsistencia, la de organizar un Estado en el que sea posible la humana convivencia entre los ciudadanos de diversas ideas y la normal relación con los demás estados, que es precisamente a lo que se niegan hoy unánimemente con estupidez y crueldad ilimitadas los que están combatiendo.

No habrá más que una diferencia, un matiz. El de que el nuevo Estado español cuente con la confianza de un grupo de potencias europeas y sea sencillamente tolerado por otro, o viceversa. No habrá más. Ni colonia fascista ni avanzada del comunismo. Ni tiranía aristocrática ni dictadura del proletariado. En lo interior, un gobierno dictatorial que con las armas en la mano obligará a los españoles a trabajar desesperadamente y a pasar hambre sin rechistar durante veinte años, hasta que hayamos pagado la guerra. Rojo o blanco, capitán del ejército o comisario político,

fascista o comunista, probablemente ninguna de las dos cosas, o ambas a la vez, el cómitre que nos hará remar a latigazos hasta salir de esta galerna ha de ser igualmente cruel e inhumano. En lo exterior, un Estado fuerte, colocado bajo la protección de unas naciones y la vigilancia de otras. Que sean éstas o aquéllas, esta mínima cosa que se decidirá al fin en torno a una mesa y que dependerá en gran parte de la inteligencia de los negociadores, habrá costado a España más de medio millón de muertos. Podía haber sido más barato.

Cuando llegué a esta conclusión abandoné mi puesto en la lucha. Hombre de un solo oficio, anduve errante por la España gubernamental confundido con aquellas masas de pobres gentes arrancadas de su hogar y su labor por el ventarrón de la guerra. Me expatrié cuando me convencí de que nada que no fuese ayudar a la guerra misma podía hacerse ya en España.

Caí, naturalmente, en un arrabal de París, que es donde caen todos los residuos de humanidad que la monstruosa edificación de los estados totalitarios va dejando. Aquí, en este hotelito humilde de un arrabal parisiense, viven mal y esperan a morirse los más diversos especímenes de la vieja Europa: popes rusos, judíos alemanes, revolucionarios italianos..., gente toda con un aire triste y un carácter agrio que se afana por conseguir lo inasequible: una patria de elección, una nueva ciudadanía. No quiero sumarme a esta legión triste de los *desarraigados* y, aunque sienta como una afrenta el hecho de ser español, me esfuerzo en mantener una ciudadanía española puramente espiritual, de la que ni blancos ni rojos puedan desposeerme.

Para librarme de esta congoja de la expatriación y ganar mi vida, me he puesto otra vez a escribir y poco a poco he ido tomando el gusto de nuevo a mi viejo oficio de narrador. España y la guerra, tan próximas, tan actuales, tan en carne viva, tienen para mí desde este rincón de París el sentido de una pura evocación. Cuento lo que he visto y lo que he vivido más fielmente de lo que yo quisiera. A veces los personajes que intento manejar a mi albedrío, a fuerza de estar vivos, se alzan contra mí y, arrojando la máscara literaria que yo intento colocarles, se me van de entre las manos, diciendo y haciendo lo que yo, por pudor, no quería que hiciesen ni dijiesen.

Luchando con ellos y conmigo mismo por permanecer distante, ajeno, imparcial, escribo estos relatos de la guerra y la revolución que presuntuosamente hubiese querido colocar *sub specie æternitatis*. No creo haberlo conseguido.

Y quizás sea mejor así.

LA GUERRA ESTÚPIDA

1938

En este punto y hora termina la defensa de Madrid, propiamente dicha. Madrid pasa ahora a la ofensiva. El enemigo, perdida ya la ilusión de entrar triunfante en la capital de España, no aspira más que a conservar las posiciones conquistadas.

Desde los primeros días de febrero hasta la segunda quincena de marzo se desarrolla la formidable ofensiva del ejército republicano, dotado ya de una organización comparable a la de cualquier ejército regular. Contando con las Brigadas Internacionales como fuerza de choque y con material de guerra abundante y modernísimo suministrado por la URSS los rojos toman la iniciativa y se lanzan al asalto de las posiciones fascistas de la Ciudad Universitaria, que son la garra que Madrid tiene clavada en el cuello.

La batalla, iniciada exactamente el día 4 de febrero, es incesante a lo largo de todo este mes y parte del siguiente. Hay muchas jornadas en las que se lucha durante ocho o diez horas seguidas. Las oleadas de asaltantes se estrellan contra la resistencia de las tropas rebeldes. Son volados con dinamita todos los edificios que han convertido en fortalezas los fascistas: la Escuela de Ingenieros Agrónomos, el Hospital Clínico, la Fundación del Amo, todos. Es inútil. Entre los escombros humeantes los supervivientes resisten.

Los dos ejércitos se quedan al fin jadeantes y agotados el uno frente al otro. De nada ha servido la carnicería. Ni los rebeldes han entrado en Madrid ni la República ha derrotado a los rebeldes. Y allí siguen, impotentes e invictos. La guerra habrá de decidirse en otra parte.

Por encima de la pasión partidista hay que inclinarse ante la bravura de unos y otros. Que nadie, sin embargo, quiera sacar de la incuestionable tenacidad de aquellas tropas ninguna consecuencia favorable a un determinado designio respecto del

En la última entrega del «reportaje novelado» *Los secretos de la defensa de Madrid*, aparecido en la revista mexicana *Sucesos para todos*, el narrador de la heroica gesta del general Miaja deja el relato —emotivo, trepidante, no sólo bien informado sino excelentemente conducido, sin duda el mejor de Chaves junto con los reunidos en la colección de *A sangre y fuego*— para reflexionar sobre el sinsentido de una batalla que ha dejado la partida en tablas. Inaugura de este modo el tono más distanciado y reflexivo que adoptará el autor de los artículos dedicados a la guerra civil y la posguerra, que en su mayor parte podemos leer a través de las versiones inglesas o francesas, traducidas por Yolanda Morató en la *Obra completa*. En adelante, abundará en su doble impugnación del fascismo y el comunismo, exagerando acaso la influencia extranjera, como los verdaderos causantes de la tragedia española.

porvenir de España. Ninguna de aquellas dos aglomeraciones heroicas podía temer el verdadero pabellón español. En aquella batalla de la Ciudad Universitaria se hallaron frente a frente los hombres que representaban genuinamente las fuerzas de destrucción de Europa, la horda que amenaza destruir nuestra civilización.

Esa mala levadura que hay en el comunismo y en el fascismo, así como en la barbarie anárquica o autárquica y en el internacionalismo revolucionario o el nacionalismo reaccionario, fue la que hizo morir y matar a aquellos millares de bárbaros que se acometieron como fieras rabiosas precisamente en el terreno que España había destinado a los más soberbios templos de la cultura que se habían erigido en Europa. No por demasiado fácil es desdeñable el simbolismo de que fuese allí precisamente, en la Ciudad Universitaria, donde el destino quiso que se afrontasen las dos modernas concreciones de la humana bestialidad.

Unos y otros claman que son ellos la civilización y la cultura y que sus adversarios son la única fuerza de destrucción, la verdadera potencia del mal. No se puede creer, sin embargo, que un salvaje cabileño de los confines del desierto parapetado detrás de la ventana de un laboratorio de investigación del Hospital Clínico que para él tiene el mismo valor que un risco de sus montañas del Atlas, sea el depositario, ni siquiera el agente defensor de la civilización occidental con mejores títulos que un analfabeto extraído del fondo de una mina o una cantera de cualquier país balcánico para colocarlo con un fusil-ametralladora al brazo en la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras.

La verdad es ésta. Los heroicos y gloriosos ejércitos que luchaban en la Ciudad Universitaria estaban formados con la escoria del mundo. Basta fijar los ojos en la lista de las fuerzas que los componían. Frente a la Brigada Internacional de los rojos, la Novena Bandera del Tercio Extranjero de los blancos, una y otra, receptáculo de todos los criminales aventureros y desesperados de Europa. En oposición a la funesta Internacional comunista y a su barbarie del nacionalismo más salvaje, ni siquiera europeo, el nacionalismo musulmán al servicio de los militares sublevados. La guarnición de las posiciones que defendían los facciosos en la Ciudad Universitaria estaba formada concretamente por el tercero y quinto tabores de Regulares de Alhucemas —es decir los antiguos guerreros de Abd el-Krim—, el quinto tabor de Regulares de Ceuta y el quinto tabor de Regulares de Larache. Estos millares de salvajes guerreros africanos fueron con la famosa Novena Bandera del Tercio Extranjero la fuerza de choque que pusieron los rebeldes frente a los anarquistas y los comunistas de toda Europa que se habían dado cita en aquella trinchera de Madrid.

¿Que no era esto solo? ¿Que había también españoles a uno y otro lado? Es cierto; desgraciadamente cierto. Hombres de España, genuinos españoles, tipos representativos de nuestra vieja raza, los mejores quizás, los más fuertes, los más honrados, han caído a las puertas de Madrid asesinados no por las balas de los fusiles extranjeros que disparaban unos bárbaros, sino por la infinita estupidez de quienes siendo españoles atrajeron a España a las potencias destructoras de Europa, a las fuerzas del mal, a las monstruosas concepciones de odio que ha ido formando esa nueva barbarie del Estado totalitario, rojo o blanco, comunista o fascista.

El origen de la guerra no es español, no puede ser imputable a los españoles. No hay más culpa española que la de los dirigentes infames que brindaron la tierra de España a la barbarie y abrieron las puertas de su país a la doble y antagónica invasión extranjera. Lo español es acaso el encarnizamiento, la innegable crueldad, el tesón, que el hombre de España pone siempre en defender la causa que abraza. Soldado de la fe, siempre, el español se ha hecho matar, ahora por el dogma de la revolución o el de la autarquía como antes se hacía matar por el dogma del catolicismo.

Ese hombre de España que ha sido asesinado por el comunismo o por el fascismo, es lo único respetable de esta guerra estúpida que el pueblo español, de por sí, no hubiese hecho si unas tropillas de españoles cretinos y traidores no le hubiesen arrastrado a ella criminalmente. ¡Que no pretendan ahora encaramarse sobre ese millón de muertos españoles para consagrar definitivamente su estupidez criminal!

España no será comunista ni fascista. La mayor infamia que se puede hacer aún con el pueblo español es la de tremolar triunfalmente sobre el inmenso cementerio de España cualquiera de esas dos banderas que siendo ambas extranjeras han hecho derramar tanta sangre española.

FRANCO, UNA SEMBLANZA DEL CAUDILLO

1938

¿Quién es Franco? Providencial defensor de la civilización occidental, para unos, siniestro instrumento de la barbarie para otros, arcángel resplandeciente o genio del mal, salvador de su patria o traidor a ella, paladín caballeresco o asesino de inocentes, lo mejor y lo peor, todo cuanto puede decirse de un hombre se ha dicho de él.

La retórica, el énfasis, con que invariablemente se le alude le han convertido en un ser abstracto, un personaje deshumanizado, puro símbolo del bien o del mal. Es comprensible que los españoles, obsesionados por la guerra, hayamos hecho de él un mito pero no se explica cómo la fría y serena mirada del extraño no ha sabido traspasar la aureola que le envuelve para descubrir los verdaderos rasgos del hombre tal cual es. Al cabo de dos años el general Franco sigue siendo un motivo abstracto de polémica. Se está en pro o en contra de Franco, pero nadie se ha preocupado todavía en saber a ciencia cierta si Franco existe o no. Y si luego resulta que no hay tal Franco.

No vamos a negar la evidencia. Franco es hoy el amo indiscutible de la España nacionalista. Pero ¿quién es él, en sí mismo? ¿Qué hombre hay dentro de esa armadura refulgente con que se presenta ante el mundo?

Si se quiere dar una sensación exacta de quién es Franco, lo primero es prescindir de toda prosopopeya. Hay que usar un tono menor constante del que estén excluidos las palabras altisonantes, los superlativos y todo el énfasis del castellano. Franco es lo que menos se parece a un gran hombre. No hay en toda su vida un solo rasgo de grandeza. Se puede desafiar a sus biógrafos a que lo señalen. Lo que más sorprende en este hombre es su absoluta normalidad. Sus íntimos, cuando quieren ser sinceros, dicen de él como máximo elogio que es un «hombre normal».

Así es, en efecto. Sus detractores le han atribuido los vicios más horribles y sus defensores las virtudes más excelsas sin el menor fundamento ni unos ni otros. Fran-

Publicada por la revista cubana *Bohemia*, como la mayoría de los artículos originales de Chaves tras el exilio del cronista, aunque es justamente la última etapa de su trayectoria la que permite esperar que a floren muchos más inéditos en el filón en buena parte inexplorado de la prensa latinoamericana, la demoledora semblanza de Franco aparecía un mes y medio antes del final de la batalla del Ebro, cuando era ya inevitable la derrota de la República pero nadie —ni siquiera Chaves— podía prever la longevidad de la dictadura franquista.

co es un hombre, como todos los hombres. Ésta es su verdadera fuerza. El secreto de Franco es su identificación con la masa, con esa muchedumbre mesocrática y mediocre que lo sostiene. El más mediocre de los ciudadanos españoles se encuentra representado con una fidelidad maravillosa en el ademán y el verbo del Caudillo.

Para ser verdaderamente justos es necesario quitar a las palabras todo el sentido peyorativo. Esta mediocridad fundamental de Franco no presupone su incapacidad para ninguna tarea por ardua y penosa que sea. Con la misma probidad con que ha sido un buen oficial y un perfecto marido, Franco puede serlo todo. Todo menos una cosa: un hombre superior. Su limitación no le impedirá desempeñar con eficacia la función que se le asigne. Estudioso, trabajador, tenaz y valiente, llegó a ser el máximo prestigio de la oficialidad del ejército español. Lo mismo podía haber sido el número uno en las oposiciones a registradores de la propiedad o al cuerpo de archiveros y bibliotecarios. Franco es el hombre de la carrera brillante. Si la Historia la hiciesen los números uno de las oposiciones Franco sería el hombre de la España de hoy.

Pero la preparación profesional, el dominio de una técnica, no bastan para poseer el sentido de universalidad que caracteriza al hombre superior. El sacrificio sistemático de la cultura humanística a la especialización y a la técnica, hace que el especialista y el técnico, tan pronto como salen del cuadro de su actividad peculiar, sean unos bárbaros temibles, unas malas bestias espantosas. Éste es el caso de Franco.

Brillante oficial del ejército, técnico insuperable de la guerra, se encuentra un día con que las fuerzas superiores que rigen el país se hallan en crisis y espoleado por su ambición se cree capaz de sustituirlas y, como única solución a su alcance, decreta la guerra que es lo que sabe hacer, pero con tan desastrosa oportunidad que, en definitiva, ni siquiera la guerra misma puede ganar.

Este grave daño de la especialización no explicaría suficientemente el caso de Franco si no se diese en él otra circunstancia puramente personal que ha sido funestísima para España. Franco es un hombre sin imaginación.

Si Franco hubiese podido imaginar las consecuencias fácilmente previsibles, casi fatales, de cada una de sus resoluciones, se puede asegurar que no las hubiese adoptado. Si hubiese sido capaz de imaginar que al dar a los fascistas las armas que había en los cuarteles de los regimientos sublevados también el gobierno podía dar las que tenía a los comunistas y anarquistas; si al decretar el terror blanco para salvar la rebelión militar fracasada (pura escuela de Lenin), hubiese imaginado lo que iba

a ser el terror rojo; si al convertir el movimiento contrarrevolucionario español en cruzada internacional antidemocrática para ganarse el apoyo de Alemania e Italia se hubiese representado con exactitud el alcance de la reacción universal contra el imperialismo de los países totalitarios, es indiscutible que Franco no hubiese hecho nada, absolutamente nada, de lo que hizo. ¿Hoy mismo, seguiría la guerra si Franco pudiese concebir con claridad la situación en que va a encontrarse España después de su triunfo? No; la guerra sigue porque Franco, hombre sin imaginación, no acierta a representarse la paz, no concibe que ésta sea posible. Prisionero de su técnica, no cree que haya más posibilidad que la guerra; la guerra civil hoy, la guerra europea mañana.

¿Cuántos millares de muertos son necesarios todavía para redimir a este hombre sin imaginación?

Esta amputación de la facultad imaginativa que caracteriza al general Franco no es un grave inconveniente para el ejercicio de una técnica o una profesión cualesquiera en sus grados medios. Hay meritísimos hombres de ciencia y excelentes coroneles con poca o ninguna imaginación. Franco hubiera podido ser incluso el realizador eficaz de una determinada política militar. En manos de Mussolini puede ser tan estimable como el mismo general Graziani. Si la república española hubiese sabido utilizarle y él se hubiese plegado a servirla lealmente, la patria hubiese tenido que estar agradecida a sus virtudes.

Ahora bien; este hombre sin imaginación colocado en la cima del Estado, en un momento de crisis de los valores nacionales, es una espantosa catástrofe para su patria.

Cuando el mundo, horrorizado por las devastaciones de la guerra civil, alza su protesta indignada, los partidarios de Franco arguyen que los daños materiales y la pérdida de vidas humanas no representan nada ante el porvenir de la patria inmortal. «España —dicen— no está dentro del grupo de edificios que pueda destruir un bombardeo aéreo ni siquiera en las vidas de los españoles caídos en la lucha. España, la España imperial, es la idea que de ella se ha forjado en la cabeza del Caudillo.»

Pues bien; en la cabeza de este hombre sin imaginación no hay ninguna idea de España. ¿Puede concebirse mayor tragedia para un pueblo?

Todo su sistema ideológico consiste en la adaptación a la España actual de la doctrina del Estado Totalitario importada de Alemania e Italia que cree posible anudar con la tradición del Imperio español del siglo xvi.

Resucitar la España imperial con el apoyo de Alemania e Italia y a expensas de las potencias del régimen democrático, es la ardua misión histórica que el general Franco se ha propuesto.

Se dirá que para concebir este propósito hace falta una imaginación poco común. Efectivamente; esta imaginación superabundante era la de un muchacho andaluz, intelectual desesperado y patético que fue fusilado en Alicante por el gobierno de la República, José Antonio Primo de Rivera.

Como todo hombre sin imaginación, Franco es cruel. Hay la creencia errónea de que la crueldad es un producto de la imaginación; se habla siempre de refinamientos de crueldad y se concibe al hombre cruel como un genio del mal, pero en la realidad la crueldad no es más que una ausencia mental, una falta de imaginación. Esto fue lo que llevó a Franco a decretar el terror para salvar el fracaso a que estaba condenada la sublevación militar. No supo representarse lo que iba a ser en España —lo mismo en la España blanca que la roja— esta apelación a los asesinos y por pura incapacidad imaginativa lanzó a sus hombres a disputar con los asesinos de la FAI un campeonato que a estas horas es difícil saber a qué equipo debe adjudicarse.

Desde el punto de vista racial, Franco es un tipo perfecto de judío armenoide que si bien no puede ser excluido de la comunidad de la raza española, jamás podrá erigirse en campeón de un celtiberismo tardío y súbitamente antisemita. El antisemitismo del general Franco, que obedece a una reacción característica del semita cuando se siente incorporado definitivamente a una fe y una patria, se apoya exclusivamente en un error; el de creer que es posible anudar el antisemitismo germánico actual con la persecución religiosa que los Reyes Católicos hicieron contra los judíos. El hombre nórdico de las elucubraciones hitlerianas odia al judío sólo por ser judío; el español del siglo XVI le odiaba no por ser judío sino por haber sido deicida. Hace cuatro siglos los españoles hicieron eso que están haciendo ahora los alemanes, pero no porque el judío representase un peligro para la pureza de la raza española, sino porque era el adversario de la fe. Precisamente porque no se trataba de una incompatibilidad racial, sino de una cuestión religiosa, el judío converso fue fácilmente incorporado a la pujante nacionalidad española. Y gracias a esta tolerancia relativa puede hoy el general Franco hacer lo que seguramente harían muchos judíos alemanes si les dejasen vivir en Alemania con la misma libertad con que los antepasados de Franco vivieron en España: antisemitismo.

El talón de Aquiles de Franco es su falta de espíritu cristiano. De la universal incomprensión, que tanto le ha beneficiado, hay que exceptuar la agudeza de percepción de un pequeño núcleo de intelectuales católicos, los únicos que han acertado a descubrir su verdadero visaje de anticristo disimulado y vergonzante.

Todas las mañanas, antes de poner mano a su horrible tarea, el generalísimo oye devotamente la santa misa y todas las noches se encomienda fervoroso al Ángel de la Guarda y a la Virgen María después de aprobar el parte de operaciones de la jornada en el que se consigna triunfalmente el número de cadáveres de enemigos recogidos en el campo de batalla. La *sancta simplicitas* del vulgo católico español se satisface con estas demostraciones rituales y otorga a Franco el título de «defensor de la fe». Al ojo certero de un inquisidor del siglo XVI no se le hubiesen escapado ni la irreligiosidad fundamental del Caudillo ni las proposiciones francamente heréticas en que se basa su Estado.

Los jerarcas actuales de la Iglesia española saben también que no puede hacerse ninguna ilusión sobre la catolicidad de Franco, pero le siguen sumisos y acólitos agarrándose desesperadamente a la teoría del mal menor porque la Iglesia es hoy, en la España nacionalista, más débil que lo que ha sido nunca en España. Esos obispos que levantan el brazo dócilmente para saludar a la manera romana no ignoran que la servidumbre a Franco equivale para ellos a vender su alma al diablo. El interés eterno e inmutable de la Iglesia les exige hasta este sacrificio. Ponen su única esperanza de salvación en que Franco es perecedero. Los obispos españoles esperan que Franco perezca antes que ellos y que les dé tiempo para haber rescatado sus almas cuando les llegue la hora de rendirlas al Creador. Y conste que algunos son octogenarios.

Frente a la revolución, Franco es invulnerable. Todas las armas que utiliza el revolucionario las esgrime Franco con igual destreza y mayor impiedad. La rebelión contra el poder constituido, el ejercicio sistemático del terror, la destrucción del orden establecido, el despilfarro de la riqueza nacional, la ruptura de los compromisos internacionales, todo lo que el revolucionario cree lícito para hacer su revolución, lo practica Franco para no hacerla. Esto es lo único que el revolucionario puede reprocharle; que no la haga.

En cambio el no revolucionario puede pedirle cuentas de todo lo demás, tanto del estrago material que con su acción ocasiona, como de los valores espirituales que para su triunfo no vacila en sacrificar. Si para vencer a la revolución, Franco ha incurrido en todos los pecados de la revolución misma, si no hay error ni crimen

revolucionario que no haya cometido ¿cuál es el fundamento moral de su acción contrarrevolucionaria?

Desde la trinchera de la revolución Franco es invencible. Desde el punto de vista de la contrarrevolución está, en cambio, virtualmente derrotado. El nacionalista puede reprocharle el haber provocado una doble invasión extranjera; el conservador puede considerarse defraudado desde el momento en que no le ha dejado nada que conservar; el tradicionalista puede pedirle cuentas de sus veleidades seudorrevolucionarias y extranjerizantes y el católico puede, con harta razón, alzarse contra el aprovechamiento de sus creencias como arma de guerra civil a favor de un sistema político decididamente anticristiano y anticatólico.

Hay en la vida de Franco tres momentos críticos que revelan la trayectoria rebelde de su espíritu, su íntima sublevación contra la realidad de la patria española que no se ajustaba al esquema que de ella había trazado su mentalidad estrecha de oficial ambicioso e inculto. La Historia dirá que Franco se sublevó el 18 de julio de 1936, porque un gobierno republicano mediatizado por las fuerzas revolucionarias había permitido el asesinato de Calvo Sotelo, pero la rebeldía de Franco contra el país real es muy anterior a todos los pretextos que se han invocado luego para justificar la sublevación militar. El rebelde existía en potencia y sólo esperaba la ocasión propicia para manifestarse.

El primer choque de la ambición personal de Franco se produjo ya en tiempos de la Monarquía y precisamente contra la dictadura militar. Hubo un momento en el que el general Primo de Rivera, dictador de España, creyó prudente y patriótico poner un término a la aventura de Marruecos, que desde hacía veinte años era una sangría constante para el país. Tropezó con la oposición del ejército de África a su política abandonista. Fiado en su prestigio personal y en su autoridad de dictador hasta entonces indiscutible, Primo de Rivera, fue personalmente a Marruecos y reunió en el campamento de Ben Tieb a los jefes y oficiales de la Legión creyendo que podría reducirles a la obediencia. Le recibieron en franca rebeldía, con cartas subversivas en los parapetos y el puño apoyado en el revólver. Cabecilla de la rebelión, el teniente coronel Franco, hizo saber al dictador cuál era la voluntad inquebrantable de la oficialidad de las tropas coloniales contraria en absoluto a la del gobierno.

Aquel día sucumbió moralmente la dictadura del general Primo de Rivera que algún tiempo después había de arrastrar en su caída a la Monarquía del rey Alfonso XIII. La guerra de Marruecos siguió y seguiría aún para la gloria y provecho de la

oficialidad española si el gobierno francés no hubiese decidido acabar de una vez con la rebeldía de Abd el-Krim llevando a España a una acción conjunta y decisiva. ¿Es ésta una de las causas de resentimiento de Franco contra Francia? El desembarco de Alhucemas llevado a cabo con la colaboración de la escuadra francesa y la entrega de Abd el-Krim a los oficiales del ejército francés, frustrando las ambiciones bélicas de los militares españoles al reducir a una simple operación de policía lo que debía ser una larga y costosa campaña pródiga en recompensas y ascensos. Para Franco, como para la generalidad de los oficiales españoles, la colaboración con el ejército francés en Marruecos es un menoscabo, una enojosa limitación puesta a sus ambiciones de conquistadores.

Otro de los momentos críticos de la vida de Franco es el de la disolución por la República de la Academia General Militar. Terminada la campaña de Marruecos, Franco se había encargado de resucitar en Zaragoza la antigua Academia General y se aplicaba fervorosamente a crear un cuerpo de oficiales de élite. Desde el punto de vista exclusivamente militar la Academia era perfecta, pero la estrecha limitación profesional de Franco, su falta de sentido de universalidad y en definitiva esa carencia de cultura humanística que le caracteriza, convertían al oficial que salía de sus manos —profesionalmente irreprochable— en un elemento perturbador y nocivo para la vida del Estado, entre los fines esenciales de éste y el espíritu de los cadetes educados por Franco, la colisión era flagrante. Franco sabía hacer excelentes oficiales, pero era incapaz de reducirles a ser buenos ciudadanos y leales servidores del Estado, fuese republicano o monárquico, de derechas o de izquierdas, revolucionario o reaccionario.

Azaña decreta entonces la disolución de la Academia, pero Franco al despedirse de sus cadetes les emplaza para cuando llegue la hora en que tendrán que cumplir el Destino que él les ha asignado. En tres años han salido de la Academia General setecientos oficiales que van a ser el núcleo de la futura sublevación contra la República. Ésta no se equivocaba al clausurar cualquier otro régimen que no se hubiese plegado al espíritu de casta que se les infundía.

A partir de este momento, Franco se halla en rebeldía contra el Estado republicano y esperando sólo a que suene su hora.

Antes de que ésta llegue, Franco quiere adelantarla y apenas conocido el triunfo del Frente Popular en las elecciones de 1936 llama por teléfono al general Pozas, jefe de la Guardia Civil y pretende arrastrarle al golpe de Estado. «Las masas están en la

calle y temo que se produzcan excesos», le dice. «No pasa nada anormal y creo que sus temores son exagerados; yo respondo del orden público», le replica el general Pozas. Franco se dirige entonces al ministro de la Guerra y al jefe del gobierno incitándoles a declarar inmediatamente el Estado de Guerra. Sabe que esta declaración equivale a un golpe de Estado dado desde el mismo gobierno y comienza a tramitar sus instrucciones personales a los generales de divisiones para crear un estado de cosas irremediable, pero el jefe de gobierno vacilante al principio se opone luego resueltamente a la maniobra y el propósito de Franco se frustra. Al día siguiente está en el poder un gobierno que constitucionalmente refleja el resultado de las elecciones. No le queda más que un recurso: la guerra civil.

Para desencadenarla contaba Franco con una fuerza subversiva que por sí sola no hubiese sido nunca nada, pero que con el apoyo del ejército bastaba para aterrorizar al país y someterlo a su voluntad: Falange Española, el naciente fascismo español.

En beneficio de esta fuerza fascista hizo Franco la sublevación y a ella le entregó el poder desde el primer día, desdeñando a las fuerzas socialmente conservadoras del país en cuyo nombre se había sublevado, para venir a apoyarse en el fascismo internacional, cuyas ambiciones en el Mediterráneo y en el norte de África le han permitido sostener durante dos años una guerra contra su propio pueblo sin más finalidad que la de instaurar en España un poder personal y arbitrario que no va a ser en definitiva ni siquiera el de los delirantes de Falange Española —¡pronto le llegará la hora de la decepción a los falangistas!—, sino el de este militar incapaz, funesto para su patria, que se ha convertido en el ciego instrumento del imperialismo de las potencias de régimen totalitario.

Éste es el hombre.

ACTOS EN PARÍS EN MEMORIA DE ZOLA

1940

PARÍS, abril, 4. Fue muy conmemorado el primer centenario de Emilio Zola, quien nació el 2 de abril de 1840, en un viejo y olvidado caserón, junto a las incansables imprentas de la famosa Rue du Croissant, que desde hace un siglo inundan el mundo con la prensa parisién. He ido a visitar la casa natal de Emilio Zola en este rincón silencioso del corazón de París, a dos pasos de la corte de los milagros, entre los bulevares, la Bolsa, la Rue de Montmartre y las calles que Zola describiera con su fuerte y sugestivo realismo. En este centro de París, donde cada metro cuadrado guarda el recuerdo de un hombre ilustre y donde las lápidas conmemorativas colocadas en las fachadas abundan tanto como los viejos caserones, la gente de nuestra generación pasa aprisa, indiferente e ignorante. Creo haber sido el único curioso que ha ido hoy, al cabo de cien años, a visitar la casa natal de Emilio Zola. Su centenario se celebra oficialmente, con varios actos rituales y solemnes, pero poco populares.

La gloria literaria de Zola, que le ganó erigir estatuas en su homenaje, ha declinado injustamente en el curso de los años a medida que se enfriaba el rescoldo de aquella gran hoguera del «proceso Dreyfus», que iluminó su figura. Todavía hoy Emilio Zola es el hombre admirado y detestado del «Yo acuso», más que el creador literario genial de una época. Todavía frente al Emilio Zola, patrimonio de las izquierdas, se ha pretendido alzar con afán polémico el Alfonso Daudet perteneciente a las derechas, cuyo centenario se celebra también estos días, tremolándolos a uno y otro como banderas de combate. Y es melancólico evocar aquellas luchas políticas de finales del siglo XIX en medio de esta lucha bestial de nuestro tiempo sin ninguna gallardía, sin grandeza y sin hombría, en la que el *gangster* es paladín de las ideologías y en la que los hombres son sacrificados como si fuesen ganado.

Perteneciente al tramo ahora recuperado del periodo de la *drôle de guerre*, donde las crónicas de tintes dramáticos se alternan con otras ligeras e incluso frívolas, preciso reflejo de aquel tiempo extraño en el que desde la perspectiva aliada —instalado en París, Chaves seguía enviando artículos a América, entre ellos los de esta serie publicada por el también habanero *Diario de la Marina*— parecía que los combates en suelo francés iban a demostrarse indefinidamente, esta impresionante reivindicación del novelista que defendió a Dreyfus, inaugurando la controvertida era de los *intelectuales*, adquiere un altísimo simbolismo por su aparición en vísperas de la derrota y la Ocupación alemana de Francia. Nótese que entre los escritores citados por el cronista aparece Stefan Zweig, el gran narrador y ensayista y futuro autor de *El mundo de ayer*, cuya propuesta ética coincidía, como la de su buen y desastroso amigo Joseph Roth, con el «ideal humanista» de Chaves.

Emilio Zola, presidiendo el entierro de Alfonso Daudet, es una estampa simbólica de aquella época de la vida de Francia, hacia la cual se vuelven con enternecimiento los ojos de cuantos vivimos la lucha horrenda y vil de nuestros días. Es una estampa de levita y sombrero de copa, de esas que hacen a Hitler chancearse sarcásticamente en sus discursos de los sombreros de copa. Afortunadamente todavía hay en Europa unos hombres, pocos, es verdad, que siguen siendo fieles al momento en que la civilización alcanzó su más alto grado, y fueron posibles hombres como Daudet que vivieron sin el temor del tiro en la nuca ni el campo de concentración, realizaron plenamente su obra artística y sirvieron a su patria según su conciencia les dictaba. Un grupo de esos hombres de muy distintas patrias, que ya no gozan de aquel clima favorable a la inteligencia y la libertad que era el final del siglo XIX, se han reunido para rendir un modesto y emocionante homenaje a Emilio Zola en su centenario. Estos hombres, algunos de ellos acogidos hoy a la hospitalidad de Francia, son Stefan Zweig, el conde Sforza, Wilhelm Herzog, Sir Norman Agell, Luis Piérard y otros. Se proponen, solamente, publicar un pequeño folleto dedicado a Emilio Zola y a su tiempo, que será, en cierto modo, como una profesión de fe hecha en medio de las tormentas. Gracias a este puñado de hombres la conmemoración de este primer centenario de Zola tendrá un cierto aspecto universal. Confiemos en que para el segundo centenario el mundo le sea más propicio.

[LA PATRIA Y EL PATRIOTISMO]

1941

Con los cañones apuntando al cielo, los servidores de las piezas inmóviles en sus puestos, los oficiales en las torrecillas y el puente manejando los telémetros, en perfecto zafarrancho de combate desde el momento mismo de largar amarras, zarpaba del puerto de Burdeos el contratorpedero británico gracias al cual un reducido grupo de personalidades francesas, escritores, políticos, periodistas, los más significados, los más representativos de Francia, los que con mayor tesón y coraje habían luchado contra el hitlerismo, se libraban en el último instante no ya de la muerte, la deportación o el confinamiento en los campos de concentración hitlerianos, sino de la servidumbre oprobiosa al vencedor, mil veces peor y más aflictiva ahora que todas las esclavitudes clásicas. Reunidos silenciosamente en la cámara en torno a la mesa de oficiales, aquellos hombres, que tenían plena conciencia de la tragedia inmensa de su patria, permanecían anonadados. De vez en cuando alguno de ellos se levantaba como un autómata para contemplar las orillas fugitivas del estuario del Garona que el contratorpedero cruzaba a veinte nudos por hora, todo erizado de cañones y tremolando orgullosamente el pabellón británico. La fértil tierra con sus bosquecillos y sus viñedos huía vertiginosamente ante la mirada espantada de aquellos buenos franceses que temían no volverla a ver. Hubo un momento en el que *Pertinax*, el frío e impasible *Pertinax* de los agudos esquemas internacionales, se agarró nerviosamente a mi brazo para decirme con mal velada emoción:

—¡Ése es mi pueblo! Ahí nació yo.

Y me señalaba con el dedo una casita aldeana rodeada de una huerta frondosa que pronto perdimos de vista en un recodo del Garona.

Tomado del final del capítulo que hace de prólogo a *La agonía de Francia*, último de los libros de Chaves publicados en vida, el fragmento aquí recogido narra la huida del cronista y otros compañeros de profesión —entre ellos André Géraud *Pertinax*, Émile Buré y Geneviève Tabouis— ante el avance de las tropas hitlerianas, en junio de 1940. Era, como él mismo dice, «la segunda patria que perdíamos», pero su modo de evocar ese episodio dramático invita a la esperanza en un momento —1941, no lo olvidemos, aún durante la fase que señaló el punto más alto de la hegemonía nazi en Europa— en el que muy pocas naciones, salvo sus nuevos huéspedes británicos, confiaban en invertir el signo de la contienda. Chaves resistirá junto a sus anfitriones, contribuyendo con sus artículos al esfuerzo de guerra y dejando ya aquí, en este mismo libro, algunas de las páginas más hermosas que se han escrito nunca —no digamos entonces, cuando el desprecio a las formas de la vida parlamentaria era la norma incluso en las sociedades no sometidas a los credos totalitarios— sobre el valor de la libertad y el insoslayable deber, obligado en cualquier circunstancia, de defender la democracia.

Otros, menos contenidos, se desolaban. Émile Buré, el gordo y desbordante Émile Buré, francés hasta las cachas, trepidaba de angustia al ver cómo se le escapaba la tierra francesa.

—¡Yo no puedo vivir fuera de Francia! —exclamaba—. ¡Yo no quiero vivir fuera de Francia!

Y con una volubilidad trágica detenía en la cubierta del contratorpedero a los oficiales ingleses para explicarles en un francés sabroso y coloreado que ellos no entendían, cómo toda su vida estaba vinculada a aquella tierra fugitiva de la que se alejaba y para suplicarles que diesen orden de detener el contratorpedero y le desembarcasen.

—Aunque Pétain me encarcele. Aunque los alemanes me fusilen. Yo soy un hombre de esta tierra y no sabré vivir sino en ella.

Luego se apaciguaba, pensando que el Canadá es tierra francesa y se ponía a soñar en la trasplatación de París, su París, a Montreal.

Madame Tabouis, agotada, extinta, hecha una pavesita, iba y venía por el barco como un alma en pena preguntando acá y allá qué pasaría en Francia en aquellos momentos, buscando radiogramas, queriendo a todo trance mantener el contacto con el país, contacto ininterrumpido que había sido hasta entonces su verdadera razón de vida.

Y así todos. Para el francés de raza el país es algo más que para la generalidad de los hombres, es la vida misma, el aire que se respira. Aquellos hombres, que al día siguiente habían de ser tachados de antipatriotas y denunciados a los tribunales de Francia, daban al alejarse de ella un espectáculo emocionante de patriotismo, de ternura y devoción por la tierra nativa de la que no sabían apartarse. El francés, que en estos momentos pierde sin un dolor excesivo su imperio colonial, no se siente, sin embargo, con fuerzas bastantes para afrontar el trance horrible de la emigración para el que no estaba preparado espiritualmente y sólo una minoría muy fuerte de espíritu soportará estoicamente la dura prueba del exilio.

Yo, que soy español, veía serenamente convertirse la tierra de Francia en una línea azul tenue que se desvanecía como fueron desvaneciéndose en el curso de los últimos meses las ilusiones que había puesto en aquella tierra. En Francia, país de asilo, convertido ahora en una inmensa cárcel, quedaban tras las alambradas de espino de los campos de concentración muchos miles de españoles que habían tenido fe en ella. El viejo y acendrado amor que profesábamos a Francia no podrá en mucho tiempo vencer el dolor de la traición que se ha hecho a sí misma y al mundo que creía en ella.

De cara al mar abierto, cuando la tierra de Francia se había borrado ya del horizonte, sentimos renacer nuestra fe y nuestra esperanza. Era la segunda patria que perdíamos.

Pero la catástrofe de Francia, como la de España, no era la derrota definitiva. Era sólo una nueva etapa dolorosa de una lucha que no tiene patrias ni fronteras porque no es sino la lucha de la barbarie contra la civilización, de las fuerzas de destrucción contra el espíritu constructivo y el instinto de conservación de la humanidad, de la mentira contra la verdad...

El mar abierto nos mostraba sus rutas innumerables. Aún hay patrias en la tierra para los hombres libres. Sobre nuestras cabezas tremolaba orgullosamente el pabellón de la Union Jack.

LOS PUEBLOS LATINOS Y LA GUERRA

1943

Los resultados de la batalla de Egipto y la ocupación por los norteamericanos del Marruecos francés y Argelia, han creado una nueva situación política y estratégica en el Mediterráneo, cuyas repercusiones son imprevisibles.

Las tres naciones latinas, Italia, Francia y España, se encuentran ahora por primera vez desde que comenzó la guerra ante la incógnita de su verdadero destino histórico como naciones libres. Al relajarse en estos momentos por la acción militar de las Naciones Unidas la coacción que venía ejerciendo sobre ellas el germanismo imperialista que de una manera o de otra las había asido a su carro triunfal, las tres naciones latinas plantéanse el mismo problema que con toda serenidad y libertad han podido ir estudiando y resolviendo los pueblos latinos de América. ¿Cuál es el destino de los pueblos latinos en la lucha de los pueblos anglosajones y eslavos contra el pangermanismo?

Alemania se había hecho la ilusión de tener en el puño a los pueblos latinos que parecían resignados a ser meros escuderos de los arios, señores del mundo. Italia, atada de pies y manos por el fascismo, había sido entregada a los alemanes; Francia estaba definitivamente vencida y humillada y España había hipotecado su independencia en la guerra civil que Hitler mismo había provocado y sostenido. Convertidas las tres naciones latinas en tributarias suyas, Alemania soñaba crear con ellas un Bloque Latino que le aseguraría el dominio mediterráneo y le permitiría proyectar su injerencia sobre África y América. El designio alemán de alzar la América Latina

Publicado también por *Bohemia*, este artículo es uno de los últimos conocidos del poco conocido itinerario final de Chaves, magistral a nuestro juicio por la amplitud y la riqueza de su enfoque global, pero también por su grandiosa perspectiva histórica. «¿Qué es la latinidad sino un mar abierto siempre ante el espíritu?», se preguntaba Chaves en una de las entregas de *La vuelta a Europa en avión*, precisamente cuando al entrar en contacto con los teutones diferencia el «tipo de alemán cerrado, auténtico, podríamos decir castizo», a quien atribuye la belicosidad que llevó a la guerra del 14, de aquel otro que conoce algo más que su propio país —requisito que el cronista consideraba ineludible— y «llega a dar un tipo de tan fina sensibilidad como el latino». Más allá de lo que estas clasificaciones puedan tener de arbitrarias, Chaves maneja las etiquetas, que son eso, etiquetas, en un sentido moral. Dicho con otras palabras, latinidad equivale aquí a civilización —no por casualidad un término maldito, sinónimo de corrupción y cosmopolitismo, para quienes en los tiempos de aquella otra gran guerra le oponían en Alemania el de cultura o *Kultur*, entendiéndolo por tal la propia, basada en el suelo y la sangre de los mayores—, que es justo lo que lograría salvarse, tras la derrota de los fascismos históricos, aunque fuera sólo a medias. Que es lo que está siempre en peligro, a poco que aflojemos la guardia.

contra la América anglosajona, como dos mundos adversos y rivales, era el punto de partida para conseguir en el futuro la hegemonía germánica en el Nuevo Mundo convirtiendo Sudamérica en lo que los nazis llaman la Alemania Austral.

Para ello los alemanes, utilizando las posesiones francesas y españolas de la costa occidental de África, han intentado controlar la gran ruta imperial del porvenir, el camino del Atlántico Sur. Puertos, aeródromos y bases submarinas jalonadas a lo largo de la costa de África hasta Dakar eran el brazo de Hitler extendido hacia el hemisferio austral. El camino era ése. El vehículo, el instrumento de penetración, era la lengua castellana. La justificación ideológica la habían creado los alemanes interpretando a su manera las doctrinas de la hispanidad, el iberoamericanismo y la latinidad, los tres grandes mitos que los nazis han elaborado como arma ofensiva contra la unidad continental americana y la doctrina del panamericanismo. Tras los profesores hispanófilos del Instituto Iberoamericano de Berlín dirigidos por Von Faupel irían a las repúblicas hispanoamericanas las bandas de pistoleros, agentes provocadores y expertos en guerras civiles de Von Stohrer.

Esta maniobra de gran envergadura contra América que debía ser el coronamiento triunfal de la hegemonía hitleriana en Europa estaba ya teóricamente fracasada cuando los primeros soldados norteamericanos pusieron pie en Agadir y Mogador, porque los pueblos latinos de América habían podido reaccionar libremente según sus intereses específicos y sus deberes históricos como no habían podido hacerlo las naciones latinas del viejo mundo, colocadas bajo la presión directa de los ejércitos alemanes. Los pueblos latinos de América se pusieron al lado de las Naciones Unidas como México y Brasil, reaccionario el uno, revolucionario el otro, rompieron sus relaciones con las potencias totalitarias como la generalidad o, cuando menos, se atrincheraron en una neutralidad estricta como Argentina y Chile. Cada uno, guiándose por sus propios intereses, sin aceptar mixtificaciones ideológicas, habían comprendido ya que el denominador común de la latinidad, el iberismo o el hispanismo, no debía ser utilizado como arma de combate de Alemania, esgrimida contra los pueblos anglosajones y en general contra las Naciones Unidas.

Por primera vez en la Historia eran las repúblicas latinoamericanas, las antiguas colonias españolas y portuguesas las que, llegadas a la mayoría de edad política, alcanzada la madurez nacional, dictaban el camino a seguir a las viejas metrópolis latinas caídas en servidumbre.

Italia, Francia y España han sido manejadas hasta ahora por Hitler que las ha utilizado a su antojo conjugando para ello las ambiciones y las esperanzas contrapuestas

de cada uno. Italia, Francia y España han estado a merced suya y dispuestas a servirle dócilmente por granjearse sus favores. Pero este juego hitleriano que consistía en tener a los tres países latinos como aliados de recambio no podía durar eternamente. A la larga hubiese sido imposible y el famoso Bloque Latino se hubiese deshecho por sí mismo. El golpe de fuerza de las Naciones Unidas ha venido a terminarlo de una vez.

Ya en los últimos tiempos el absurdo de la sumisión del bloque latino al pangermanismo había sido denunciado y los alemanes, desde que adquirieron la convicción de que no podrían ganar la guerra —aunque todavía no hubiesen llegado al convencimiento de que, además, tienen que perderla— habían ya iniciado una nueva maniobra para seguir utilizando, dentro de lo posible, la pasiva y resignada actitud de las naciones latinas y seguir sirviéndose de sus posesiones en África y su influencia espiritual en Sudamérica.

Consistía esta maniobra en la creación artificial de un núcleo ajeno al pangermanismo e incluso antihitleriano y antitotalitario con lo doctrinal, formado por las naciones latinas con el denominador común del catolicismo y el grito de guerra unánime del anticomunismo. Tratábase de una especie de eje sucedáneo que iría desde el Vaticano a través de Madrid y Lisboa hasta Buenos Aires. La posición irreductible de la Santa Sede que no se ha dejado arrastrar a la falsa cruzada hitleriana, pero que mantiene íntegramente su anticomunismo, podía todavía ser aprovechada por los hitlerianos, ya que no para ganar la guerra, al menos para no perderla.

Alemania, que ha hecho toda su guerra a costa de los neutrales, que sabe valerse de la neutralidad de los otros esgrimiéndola como un arma de combate y que sigue todavía guerreando gracias al sacrificio implacable de los pueblos ingenuos que se creyeron protegidos por su neutralidad, contaba ahora con que la formación de este bloque de neutrales, al que servirían de aglutinantes el catolicismo, el antibolchevismo y la latinidad o hispanidad, sería el muro de contención levantado al paso de los pueblos anglosajones y eslavos en su avance victorioso.

Esta última maniobra política de Alemania ha quedado desbaratada en el momento en que la presencia armada de los aliados en todo el Mediterráneo permite a las naciones latinas recobrar su independencia de espíritu, que tenían hipotecada, y decidir libremente sobre su porvenir. ¿Hay realmente una opción para ellas? ¿Tienen los pueblos latinos una misión específica, un destino histórico que cumplir más noble que el que les adjudicaba el pangermanismo haciendo de ellos su humilde escudero? Alemania les ha mantenido hasta ahora en servidumbre, tremolando ante

ellos la doble amenaza del capitalismo anglosajón y el comunismo eslavo. Estos dos espantajos han desviado a los pueblos latinos de su ruta histórica hasta el extremo de haber llegado a negarse a sí mismos. El ejemplo más típico es Francia. En cuanto a la hispanidad, el tácito consentimiento de la España falangista y pronazi a la destrucción por los japoneses de la obra grandiosa llevada a cabo a lo largo de los siglos por los misioneros católicos españoles en el Pacífico, es un ejemplo revelador de esta perversión espiritual llevada por el totalitarismo a los países latinos. En medio año los japoneses, aliados de Alemania, han causado mayor estrago al cristianismo que los comunistas en un cuarto de siglo.

Esta falsa ruta puede ser ahora rectificada. El verdadero destino de los pueblos latinos no puede cumplirse más que a base de dos postulados esenciales: a) la derrota del pangermanismo, b) la inteligencia y coordinación con todos los pueblos que luchan unidos por la libertad de cada uno y su derecho a disponer de su propio destino.

Esto lo habéis visto ya claramente los pueblos latinos de América. Cúmples el honor de su clarividencia. Las viejas metrópolis de la latinidad que se hallaban bajo la amenaza directa de las divisiones blindadas de Hitler y al alcance de su Luftwaffe, argumentos mucho más contundentes que las mixtificaciones ideológicas del nazismo, habían tenido que cerrar los ojos y dejarse engañar. Ahora pueden abrirlos.

PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS

Todos los textos de Chaves se transcriben conforme a la nueva edición de la *Obra completa* de Libros del Asteroide, Barcelona, 2020, a la que pertenecen los *inéditos*, localizados y aportados para esa edición por Rocío López-Palanco, que aparecen también en esta: la cuarta entrega del artículo «Gente del Sur», el artículo «Los escritores de provincias», la crónica «El ansia de paz», el relato «El hombre que fue mujer» y la crónica «Actos en París en memoria de Zola». Consignamos a continuación la datación y la procedencia de cada uno de ellos.

I. PRIMERA ÉPOCA: BAJO EL SIGNO DEL MEDIODÍA. «Apostillas a una crónica» apareció en *El Noticiero Sevillano* el 12 de mayo de 1918. El fragmento que hemos titulado «[Divagación sobre los patios]» pertenece al Libro primero de *La ciudad. Ensayos* (Talleres de *La Voz*, Sevilla, 1921). «El hispanoamericanismo de la Exposición» fue publicado por *El Liberal* de Sevilla el 17 de enero de 1922. Las cuatro entregas del artículo «Gente del Sur» aparecieron en la revista *España*: n° 340 (21 de octubre de 1922), n° 341 (28 de octubre de 1922), n° 345 (25 de noviembre de 1922) y n° 371 (26 de mayo de 1923). El artículo «Los escritores de provincias», también publicado por *La Voz* de Madrid y *La Vanguardia* de Barcelona, apareció en el *Noticiero de Soria* el 27 de marzo de 1924.

II. CONSAGRACIÓN DEL PERIODISTA: EL TIEMPO AVIADOR. «El desastroso fin de la humanidad» apareció primero con el título de «Cómo acabó el mundo» en *La Opinión* de Madrid, el 9 de septiembre de 1923, y más tarde fue recogido en la tercera sección de *Narraciones maravillosas y biografías ejemplares de algunos grandes hombres humildes y desconocidos* (Caro Raggio, Madrid, s/f [1924]). «El hombre que fue mujer» fue publicado por *El Sol* el 14 de julio de 1925. «Mosú se divierte» apareció en el n° 53 de la revista *Estampa*, el 1 de enero de 1929. «El ansia de paz» fue publicado por *El Liberal* de Madrid el 4 de diciembre de 1929. «Montmartre, sede de la flamenquería» apareció en el n° 114 de *Estampa*, el 18 de marzo de 1930. El fragmento «[Nuevo periodismo]» pertenece al «Prospecto» de *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja* (Mundo Latino, Madrid, 1929). «[El tiempo es aviador]» está tomado del primer capítulo del mismo libro, «Desde Madrid al mar», que se titulaba «Desde «Castilla al mar» en la edición seriada y fue publicado por el *Heraldo de Madrid* el 6 de agosto de 1928. El fragmento «Novela de la vieja bailarina y el gran duque arruinado» pertenece a *Lo que ha quedado del imperio de los zares* (Estampa, Madrid, 1931), parte del capítulo titulado «El destino de los grandes duques» en *Ahora*, el 21 de febrero de 1931.

III. LOS AÑOS DE LA REPÚBLICA: UNA ESPERANZA MALOGRADA. «Comunismo indígena» fue publicado como tercera entrega del reportaje «Con los braceros del campo andaluz» en *Ahora*, el 19 de noviembre de 1931. «[Manuel Azaña, presidente del Consejo]» abrió la serie de entrevistas «[Habla el gobierno de la República]», aparecida en *Ahora* el 8 de noviembre de 1931. La crónica «[Patriotismo republicano]» pertenece a la serie «[El viaje del presidente de la República]», publicada por *Ahora* el 1 de abril de 1932. «Todos, anarcosindicalistas» apareció como segunda entrega de la miniserie «Los enemigos de la República» en *Ahora*, el 20 de enero de 1933. «[Una semblanza de Goebbels]» reproduce el preámbulo a la entrevista «¿Habrá fascismo en España?», publicada por *Ahora* el 21 de mayo de 1933. «La conquista de la juventud» apareció como quinta entrega de «Bajo el signo de la esvástica», primera de las dos partes de que iba a constar el reportaje «Cómo se vive en los países del régimen fascista», en *Ahora*, el 23 de mayo de 1933. «Guerra y amor en Ifni» fue la penúltima entrega de la serie «Nuestra última empresa colonial», publicada por *Ahora* el 13 de mayo de 1934. «El martirio de Oviedo bajo el imperio de la dinamita» fue la quinta entrega de la serie «La crisis de Asturias», publicada por *Ahora* el 28 de octubre de 1934. «Cómo se vive en plena guerra civil» es el capítulo XVI de *El maestro Juan Martínez que estaba allí* (Estampa, Madrid, 1934), publicado antes en el n° 338 de la revista *Estampa*, el 30 de junio de 1934. «Anarquía y jerarquía» es el capítulo IV de *Juan Belmonte, matador de toros; su vida y sus hazañas* (Estampa, Madrid, 1935), publicado antes en el n° 392 de la revista *Estampa*, el 20 de julio de 1935. «Las cofradías y la República» fue la primera entrega de la serie «Semana Santa en Sevilla», publicada por *Ahora* el 31 de marzo de 1935. «Las grandes paradas de la ciudadanía» fue la quinta entrega de la serie «¿Qué pasa en Cataluña?», publicada por *Ahora* el 3 de marzo de 1936. «Andalucía roja y la Blanca Paloma, I» reproduce la primera entrega de la serie homónima, publicada por *Ahora* el 7 de junio de 1936.

IV. GUERRA CIVIL Y POSGUERRA: CIVILIZACIÓN CONTRA BARBARIE. El texto que hemos titulado «[Un pequeño burgués liberal]» reproduce el prólogo íntegro de *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España* (Ercilla, Santiago de Chile, 1937). «La guerra estúpida» es el último capítulo de *Los secretos de la defensa de Madrid*, publicado por la revista mexicana *Sucesos para todos* el 22 de noviembre de 1938. El artículo «Franco, una semblanza del Caudillo» apareció en la revista cubana *Bohemia* (año 30, n° 40) el 2 de octubre de 1938. La crónica «Actos en París en memoria de Zola» fue publicada por el periódico habanero *Diario de la Marina* el 4 de abril de 1940. «[La patria y el patriotismo]» reproduce el final del prólogo de *La agonía de Francia* (Claudio García & Cía, Montevideo, 1941). «Los pueblos latinos y la guerra» apareció en *Bohemia* (año 35, n° 2) el 10 de enero de 1943.

ÍNDICE

<i>La mirada luminosa de Chaves Nogales</i> , por Patricia del Pozo Fernández.....	7
<i>El ideal humanista</i> , por Ignacio F. Garmendia.....	9

I. PRIMERA ÉPOCA: BAJO EL SIGNO DEL MEDIODÍA

Apostillas a una crónica.....	19
[Divagación sobre los patios].....	21
El hispanoamericanismo de la Exposición	25
Gente del Sur	28
Los escritores de provincias.....	36

II. CONSAGRACIÓN DEL PERIODISTA: EL TIEMPO AVIADOR

El desastroso fin de la humanidad	41
El hombre que fue mujer	43
Moscú se divierte.....	46
El ansia de paz.....	48
Montmartre, sede de la flamenquería.....	50
[Nuevo periodismo]	54
[El tiempo es aviador].....	56
Novela de la vieja bailarina y el gran duque arruinado.....	59

III. LOS AÑOS DE LA REPÚBLICA: UNA ESPERANZA MALOGRADA

Comunismo indígena	65
[Manuel Azaña, presidente del Consejo]	68
[Patriotismo republicano]	78
Todos, anarcosindicalistas	80
[Una semblanza de Goebbels]	85
La conquista de la juventud	87
Guerra y amor en Ifni. Las bellas mujeres de Tiliuin	93
El martirio de Oviedo bajo el imperio de la dinamita	96
Cómo se vive en plena guerra civil	99
Anarquía y jerarquía	106
Las cofradías y la República	114
Las grandes paradas de la ciudadanía	119
Andalucía roja y la Blanca Paloma	122

IV. GUERRA CIVIL Y POSGUERRA: CIVILIZACIÓN CONTRA BARBARIE

[Un pequeño burgués liberal]	129
La guerra estúpida	134
Franco, una semblanza del Caudillo	137
Actos en París en memoria de Zola	145
[La patria y el patriotismo]	147
Los pueblos latinos y la guerra	150

PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS	155
---------------------------------	-----



La antología *En tierra de nadie*
de Manuel Chaves Nogales
se terminó de imprimir el 27 de julio de 2020,
día del 100 cumpleaños de doña Pilar Chaves.

Al cuidado del responsable de la edición de la *Obra completa* de Chaves, que analiza en la introducción su estrecha relación con Andalucía, su brillante escritura y su admirable ideario, esta antología, que se sirve de la nueva transcripción establecida en aquella e incorpora cinco de los inéditos allí aportados, recorre todos los registros y las etapas del gran narrador y cronista sevillano, desde sus inicios como articulista en los diarios locales hasta su espectacular proyección europea y americana de los últimos años, en los que el exiliado, primero en París y después en Londres, persistió en su defensa a ultranza de la libertad y la democracia, erigiéndose como una de las pocas voces europeas que plantaron cara al doble rostro de la barbarie totalitaria.

